

ALDANA, FRANCISCO DE (1537-1578)

POESÍA

INDICE:

GLOSA DEL SONETO «PASANDO EL MAR LEANDRO...»
EPÍSTOLA A UNA DAMA
PUES TAN PIADOSA LUZ
FÁBULA DE FAETONTE
QUIÉN VE VENIR DE ROSAS
SOBRE LA CREACIÓN DEL MUNDO
EL JUICIO FINAL
SOBRE EL BIEN DE LA VIDA RETIRADA
MARTE, DIOS DEL FUROR
RESPUESTA A COSME DE ALDANA
CANCIÓN A CRISTO CRUCIFICADO
TERCETOS ESCRITOS A UN AMIGO
AL DUQUE DE ALBA
SIETE OCTAVAS A DIOS NUESTRO SEÑOR
PARTO DE LA VIRGEN
CARTA AL SEÑOR DON BERNARDINO DE MENDOZA
CARTA A UN AMIGO
DIÁLOGO ENTRE CABEZA Y PIE
OCTAVAS PASTORALES
OCTAVAS A DON JUAN DE AUSTRIA
OCTAVAS AL REY DON FELIPE
CARTA PARA ARIAS MONTANO
SONETOS

GLOSA DEL SONETO «PASANDO EL MAR LEANDRO...»

Entre el Asia y Europa es repartido
un estrecho de mar, do el fuerte Eolo,
con ímpetu terrible embravecido,
muestra revuelto el uno y otro polo:
de aquí la triste moza, desde Abido,
siente a su amigo entre las ondas solo;
aquí dio fin al último reposo,
pasando el mar, Leandro el animoso.

De un ardiente querer, de un mozo ardiente
la más ardiente llama aquí se muestra,
que de un pecho gentil, noble y valiente,
da aquel furor que el fiero niño adiestra.
¡Oh milagro de amor, que tal consiente!
¡Oh estrella en rodear mil glorias diestra,
pues mansa le aguardaste feneciendo,
en amoroso luego todo ardiendo.

No torbellino de aire ni nublado,
no por las aguas, con helado viento,
subirse el ancho mar al cielo airado,
temblar el alto y bajo firmamento,
al animoso mozo enamorado
pudieron detener solo un momento;
el cual, la blanca espuma ya partiendo,
esforzó el viento, y fuese embraveciendo.

Los brazos y las piernas ya cansadas
mueve el mozo gentil con pecho fuerte
y lucha con las ondas alteradas,
mas antes con el fin ya de su suerte.
¡Oh Parcas!, ¿cómo sois tan mal miradas
en no aguardarle, a la tornada, muerte?,
pues ya cortando va el pecho amoroso
las aguas con un ímpetu furioso.

Déjale, ¡oh Parca!, ver dentro en los brazos
de su querida y de su amada Hero,
concédeles que den sendos abrazos
en remembranza de su amor primero;
aplaca el mar que en tantos embarazos
por evitar, se puso, un gozo entero;
¿ya no le ves sin fuerza y sin reposo,
vencido del trabajo presuroso? [...]

[...] Los brazos con flaqueza y pesadumbre,
ya de puro cansado, mueve apenas:
ora se ve del cielo allá en la cumbre,
ora revuelto en medio a las arenas.
Dice, volviendo a ver su clara lumbre:
«Luz que tan dulce escuridad me ordenas»;
mostrando por tal fin ser más dichoso,
que de su propia vida congojoso.

En esto el viento, con furioso asalto,
hiere la torre de la bella Hero,
que, muerta y desmayada, en lo más alto
está esperando a su amador primero,
mas viendo al mar tan intratable y falto
y el mundo triste, al espantable agüero,
regando sus mejillas, casi helada,
como pudo esforzó su voz cansada.

Probó esforzar su voz, mas cuando quiso
detúvola el dolor que la ocupaba,
y el órgano, forzado, al improviso,
en sospirar profundo lo exhalaba;
de aquí tomó la desdichada aviso
que su caro Leandro ya faltaba,
y tornando a cobrar la voz primera,
a las ondas habló desta manera:

«¡Oh turbias aguas que so el gran tridente
del repentino dios vais gobernadas.
paz a mi bien metido en la corriente,
paz ya, por Dios, corrientes alteradas;
socorro al dulce esposo prestamente,
socorro, que en mi mal vais concertadas,
socorro -dice- a mi Leandro y vida!»
Mas nunca fue su voz dellas oída.

Mas ¿quién podrá contar, ¡oh avaro cielo!
las quejas que en el viento el mozo pierde
viendo, presente tanto desconsuelo,
quebrarse el tronco de su vida verde?
Dijo a la mar, forzando el sutil velo
del aliento vital que al alma muerde:
«Dejadme allá llegar, ondas, siquiera,
ondas, pues no se excusa que yo muera.»

Y procediendo con el ruego honesto:
« ¡Hero, Hero! -pasito profería-
¡oh cara Hero, oh Hero!, ¿qué es aquesto?
¿quién nos aparta, oh cara Hero mía?»
Un golpe muy furioso le dio en esto
que el aliento postrero en él desvía;
queriendo hablar, su voz fue aquí acabada:
«Dejadme allá llegar, y a la tornada.»

No pudo más porque en el pecho helado

el alma fuerza tanta no cobraba,
y queriendo salir del cuerpo amado
a la fría boca un poco de aire daba.
Al fin, con sospirar breve y cortado
que el nombre de Hero casi pronunciaba,
dijo difuto y muerto en su salida:
«Vuestro furor ejecutá en mi vida.»

EPÍSTOLA A UNA DAMA

¡Ay dura ley de amor que así me obliga
a no tener más voluntad de aquella
que me ordena el rigor de mi enemiga!

Navío que en alto mar perdió la estrella
es, de tan rico don desnuda, el alma,
siendo la voluntad nueva alma della.

Tiene de mí la vitoriosa palma
otro querer, cual suele otro elemento
distribuir al mar tormenta o calma:

es el incontrastable mandamiento
de mi señora, rayo presuroso
a quien se humilla y tiembla el firmamento.

Perder la voluntad caso es lloroso,
mas ¿cómo llora aquel que para el llanto,
sin ajeno poder, no es poderoso?

¡Extrañeza de amor digna de espanto,
que tras tan largo mal sin resentirme,
quiere que el mismo mal no sienta tanto!

Y no sólo me impide el descubrirme,
mas quiere que no pueda y que no quiera,
y mata y, tras matar, niega herirme.

Pues digo que así quiero y que quisiera
poderme anticipar con la obediencia
al mandamiento, aunque más duro fuera,

y pues desnudo estoy de la potencia
para negar, conviértase mi vida
en alta ejecución de la sentencia,

que aquella voluntad, ya reducida
en otra, espero yo que el tiempo vea
negociarme piedad nueva y crecida.

Mas ¿cómo podrá ser que así no sea,
pues forzosa piedad me tiene y debe
la voluntad que allá se está y emplea?

No es corazón humano tan de nieve,
¡oh duro pecho fuerte y de diamante
a quien tanto penar no le conmueve!)

¡ay!, que el que ve a un miserable amante
vivir, morir y amar, luego se inflama
de celo en tanto ardor firme y constante.

Mas nueva voz me acude y me reclama,
dentro del más secreto pensamiento,
que rompedor de fe me nombra y llama,

diciendo: «El mandamiento y juramento
rompes, de no escribir antes ni agora
la causa y ocasión de tu tormento.»

Entiende, pues, hermosa usurpadora
de mi albedrío, cuán libre, sin mentirte,
está de culpa el alma que te adora,

pues si te escribo, es sólo por decirte
que ella obedecerá cuanto quisieres,
y no por ofenderte ni escribirte.

Sola una cosa no querría, si quieres,
y no podré querer, que es el no amarte,
lo cual no está en poder, siendo quien eres.

Y así de nuevo torno a consagrarte
la dada fe, que nunca desconcierte
del punto adonde está por observarte;

puede muy bien la inexorable muerte
romper la nueva estambre de mi vida,
mas no el deseo de siempre obedecerte.

Y no pienses que agora obedecida

dejas de ser porque te escribo, siendo
tu voluntad de mí tan bien cumplida,

pues juro por los ojos do me enciendo
que solamente escribo porque veas
con cuántas fes fundar mi fe pretendo,

y, sólo porque tengas y, poseas
con más seguridad mi fe firmada
y lo que en lengua oíste en carta leas,

no por duda o temor que quebrantada
será jamás de mí ni ha jamás sido,
mas sólo por razón bien ordenada.

Y porque no la cubra ciego olvido
de vil costumbre, bien será que quede
esto por ley de amor establecido,

pues siempre renovar se me concede
la escrita fe, que en el discurso humano
tanto con Dios, y en ti tan poco, puede;

y tú también, con más piadoso y llano
trato, me escribirás que yo confirme
la nueva obligación de propia mano,

y no te agraviarás por escribirme
si escribes por usar tu cetro y mando,
siendo lo ya mandado repetirme.

De nuevo yo mi fe saldré obligando
de jamás escribirte, aunque, escribiendo
uno y otro, escribir fuese alcanzando,

y así, la fe y el mando repitiendo,
imposible será después quebrarse
tan alta convención cual voy tejiendo.

No porque el fuerte pino, al comenzarse
de su nueva raíz, si un brazo extiende,
deja con mil raíces de arraigarse,

con quien después se ampara y se defiende
del riguroso y descortés invierno,
que apenas hoja dél daña y ofende;

tu mandamiento así, pues, blando y tierno
dentro mi pecho está cual niño en cuna,
conservando el poder largo y eterno

para que el tiempo, al fin, muerte, y fortuna,
caso, destino, providencia y arte
no me puedan entrar en suerte alguna.

Aquí verás quien tanto sabe amarte,
si es bien que de Boscán robe el sujeto
para mejor sus males declararte:

así como al más noble y alto efeto
excede amor, del cielo y de natura,
así es más alto y noble mi conceto.

No tiene mi verdad sincera y pura,
cierta, abundante, y de sí misma llena,
necesidad de ajena compostura:

sería de Libia a la quemada arena
agua pedir el húmido oceano,
y a la ortiga su olor el azucena,

del seco invierno el dulce abril temprano
flores coger, y la desierta cumbre
de hierba enriquecer al fértil llano,

robar el claro sol belleza, lumbre,
a la noche, sería, más triste y fea,
y el mundo renovar suerte y costumbre.

Permita Amor que esta verdad se lea
de ti, que siendo así, no dudo cierto
que con más alta luz se entienda y crea:

a pecho que es de amor guarida y puerto,
a frente de valor tan rica y llena,
cualquier cerrado abismo es aire abierto;

a ojos cuya luz viva y serena
al mismo sol, según los alza y mueve
toda niebla de error se le enajena,

a púrpura tan fina y fresca nieve,

tan largo oro sutil, tan ondeado,
esle cualquier secreto cierto y breve;

a encendido coral tan bien cortado,
entre el claro marfil muy liso y puro,
todo le debe ser claro y tratado;

a cuello de cristal, coluna y muro
de todo bien, a mano tan hermosa,
será lo más incierto más seguro.

Quédese, pues, aquí mi dolorosa
y baja pluma, sólo con decirte
que, mientras no mandares otra cosa,
siempre te serviré de no escribirte.

PUES TAN PIADOSA LUZ

Pues tan piadosa luz de estrella amiga
del cielo en mi favor baja y se emplea,
que por premio especial de mi fatiga
ordena esta ocasión que os hable y vea,
mis ojos mueva amor, y amor bendiga
mi lengua, cuya voz tan dulce os sea
que en vos haga el lugar que acá en mi pecho
vuestra gracia y beldad tienen ya hecho.

Mas ¿para qué invocar de la gran diosa
el niño arquero, estando vos presente?
Es toda luz oscura y tenebrosa
en pareciendo el sol en el oriente;
así pues, vos, mi sol, con luz hermosa
herís mi corazón tan altamente.
De vos para con vos el bien yo tenga,
sin que todo otro bien es bien que venga.

Pues ¡sus!, querida y dulce usurpadora
de mi albedrío, volved, piadoso y blando,
ese rostro gentil que me enamora
hacia estos ojos que le están mirando.
¡Oh sobre todas venturosa el hora
que os di mi libertad, dichoso el cuándo
me llamé vuestro, pues tan dulce y cara
me fue y será vuestra hermosa cara!

Dificultad no veo, cosa no siento
debajo el cielo ya que me resista,
pues vuela el animoso pensamiento
con alas del favor de vuestra vista.
Paraíso total de mi contento,
ahora, porque el bien perfeto asista,
os pido que escuchéis lo que procura
deciros mi afición sincera y pura.

Paréceme también que en vos ya veo
grata y dulce atención por colocarme
donde apenas llegar puede el deseo,
y que fortuna al fin llegue a envidiarme;
pues digo, así, que el bien que yo poseo,
en la seguridad de vos amarme,
es tal que (triste yo) si tal no fuera
mil millares por él de vidas diera.

No llamo vida yo, mas baja muerte
el tiempo que viví sin conoceros;
más sin comparación, más noble suerte
es que el vivir el veros y quereros;
mas ¿cuánto y cuál será si alguno acierte
a voluntad recíproca volveros?
No sabe merecer tan rica palma
si no habilita el mismo bien el alma.

Ya que en tan alta silla de fortuna
con las alas de Amor me veo subido,
dos vidas gozo, porque vive en una
la que me aseguró de vuestro olvido;
mas ved cómo debajo de la luna
no hay acabado mal ni bien cumplido,
y cómo la tristeza a la alegría
siguiendo va, como la noche al día.

Mi día sereno y claro es verme amado
de vos, a quien me doy con fuerza tanta
que Amor de su poder queda espantado
(¡ved cuál será mi amor si Amor se espanta!);
la noche, que cubierta de ñublado
tras tanto bien me afloja y me quebranta,
es ver que por mi causa Amor ordena
el destino crüel, congoja y pena.

Bien sé que ese pesar tan descubierto,

ese vivo dolor que os atormenta,
es porque a nuestro amor el hado incierto
dificultades mil nos representa,
llevando, sin tomar playa ni puerto,
nuestro navío cercado de tormenta.
¡Ay hado descortés, cuánta amargura
celaste en el dulzor de mi ventura!

Pero destruya Amor, con dulce celo,
tan amargo pesar que así me alcanza,
no pueda ese atrevido desconsuelo
el fresco abril dañar de mi esperanza.
Muy lejos de los ángeles del cielo
vive el deseo, la pena y la mudanza;
¡sus, haga vuestra luz que me gobierna
en ambas almas primavera eterna!

Huye con el calor de vuestra lumbre
cualquiera tempestad lluviosa y fría;
no puede la terrena pesadumbre
los rayos eclipsar de mi alegría;
los ojos, donde amor tiene costumbre
venir para ilustrar el alma mía,
contra el duro desdén que los indina
harán su tierna aurora matutina.

Si por amarme vos puedo seguro
estar de cualquier pena (pues cualquiera
menos es que ésta) os juro y os conjuro,
por la encendida fe que amando espera,
que más no dure en vos pesar tan duro,
huya cual niebla al sol vana y ligera,
y no queráis que siendo vos mi vida
venga a ser cosa vuestra mi homicida.

Vendrá mi propia vida a ser mi muerte,
viniendo a ser en mí vuestro cuidado,
de más rigor, más poderosa y fuerte,
como rayo del sol reverberado;
después os causará mi dura suerte
pena mayor, más lamentable estado,
por ver de vuestra mano en mis heridas
cortado el rico hilo de dos vidas.

Así vuestra piedad dura adversaria
me verná a ser, en sí no concediendo

dulce y atenta oreja a mi plegaria,
y el mal irá por términos creciendo.
Huye un contrario la virtud contraria,
como la escuridad la luz viniendo,
mas ¿quién vido jamás daño tamaño
quererse así juntar con mayor daño?

No quiero que penséis que pida o hable
cosa tocante a vos, pero si pude
seros en cosa mía nunca agradable
(lo cual mi pura fe no es bien que dude),
con afeto de amor todo entrañable,
por esa misma os pido que en vos mude
nuevo estilo el dolor, porque siquiera
cosa agradable a vos por vos no muera.

No quiero que penséis que pida o hable
nace de la piedad que me tenéis,
piedad podéis tener del sentimiento
que con vuestro dolor me causaréis;
si viene, porque amor tarda, el contento
con las dificultades que sabéis,
el Amor fuerce a la Fortuna y pueda
nuestra conformidad más que su rueda.

Contra el velo mortal Fortuna extiende
su brazo, el cual no llega contra el alma,
mas vos, cuya beldad hiera, arde y prende
todo albedrío que esté en tormenta o calma,
siendo fuerza menor la que pretende
llevar de vos la triunfante palma,
con sólo el revolver de ojos airados
hacéis temblar las suertes y los hados.

Pues no me pienso yo que Amor obrando
y Fortuna crüel que fuese vuestro
me negarán (aquél dichoso cuándo
por quien es mi deseo tan gran maestro);
pueden andarme el tiempo dilatando
mas no el hilo cortar del gozo nuestro,
pues, a dos voluntades hecha una,
se rinde amor, el tiempo y la fortuna.

No tardará, mi bien, por más que tenga
dificil ocasión, nuestro deseo;
do no hay contradición fuerza es que venga

el bien, o por atajo o por rodeo;
aunque en invierno el sol más se detenga
allá con los antípodas, no veo,
por eso, que amanezca a nuestro mundo
menos hermoso, claro y, rubicundo.

Si a nuestro desear menos hiciese
esta dificultad que os turba el seno,
o que después el bien, cuando viniese,
por la tardanza, fuese menos bueno,
admito la razón que se sintiese,
por no perder un bien, de bienes lleno,
pero si el bien está todo en un punto,
¿por qué a mi bien el mal viene tan junto?

No niego que el deseo mientras más crece
tanto más el placer queda encogido,
mas esto es en el bien que compadece,
mas en el desear ni es bien cumplido;
no sólo a un bien cual vos, mi bien, empece
ni le debe empecer mal atrevido,
mas al mismo pesar vestir debería
de alegre luz, cual viste al alma mía.

Por ese oro sutil, nuevo y luciente,
que por mano de Amor se ordena y mueve,
por esa de marfil graciosa frente
donde tiene el abril perpetua nieve,
mi sol, os pido, y por la llama ardiente
que en mí la luz de vuestros ojos llueve,
que abráis a rato más gracioso y tierno
el alma, y gozarán las del infierno.

Salgan por esos ojos, de improviso,
amigos y amorosos resplandores,
el aire al derredor, hecho un Narciso,
trate lleno de luz consigo amores,
descubra mi terreno paraíso
en la desierta arena alegres flores,
y por él arda en amoroso celo
la tierra, el agua, el aire, el fuego, el cielo.

Sabroso ídolo mío, vivid sin duda,
que agora, aunque Fortuna áspera y fiera,
con punta de dolor viva y aguda,
a vos, y a mí por él, maltrate y hiera,

aquella inclinación, que vuelve y muda
su rueda en torno, fácil y ligera,
por fuerza acudirá donde podamos
gozar de todo el bien que deseamos.

No siempre el aire está de nubes lleno,
no siempre el viento mueve a la mar guerra,
no siempre con furor de rayo o trueno
hiere Jove inmortal la baja tierra;
también su manto azul, claro y sereno,
suele el cielo mostrar, también se encierra
el viento, el mar también se pone quieto,
y Jove es apacible y mansüeto.

Después de un gran viaje, el peregrino
vuelve al albergue, de su vida incierto;
corre la nave el húmido camino,
de un polo al otro, y goza al fin del puerto;
a segura salud dudoso vino
el que poco antes se tenía por muerto:
así terná, después de un largo ultraje,
puerto alegre y salud nuestro viaje.

Desdeñan los espíritus gentiles
empresa a su valor no conviniente;
tienen dificultad las cosas viles,
las grandes no se alcanzan fácilmente;
sus obras, la natura, más sutiles
ser muchas y comunes no consiente,
y así sola una Fénix tiene el mundo,
y solo un sol, a vos sola segundo.

Mirad ¡cuánta afición, el mozo hebreo
(aquél que con el ángel vino a brazos)
pasó con su Raquel, cuánto rodeo
del tiempo y trabajosos embarazos!
Dio venturoso fin a su deseo,
después que amor le puso entre los brazos
de la que le hizo andar siete y siete años
amoroso pastor de sus rebaños.

Mirad con cuánta fuerza y cuánta pena,
el mancebo real convierte y tira
en uso alegre la vencida Helena,
tras quien fue lo demás fuego y mentira.
El mismo Jove sale en el arena,

nadando sobre el mar que Creta mira,
hecho un valiente toro, con la bella
ninfa que Europa fue su nombre della.

Mas recogiendo, en suma, lo que quiero,
y lo que con el alma os pido y ruego,
es que huya de vos todo severo
cuidado, usurpador de mi sosiego,
y no pueda pesar, grave o ligero,
escurecer la luz de nuestro fuego;
cosa no valga más, pues todo cuanto
mira acá bajo el sol no vale tanto.

Así como en saber, gracia y belleza,
nacistes para el mundo único ejemplo,
así mi fe, por última riqueza,
por honra suya Amor cuelga en su templo.
No me pudiera dar naturaleza
bien diferente del que yo contemplo,
pues tan nacidamente sois vos mía;
yo vuestro soy, cual es del sol el día.

De aquí podéis hacer cierto argumento
que, contra nuestro amor, jamás ventura
tendrá poder, pues tiene fundamento
en la necesidad de la natura.
Siempre fue claro el sol, movable el viento,
húmeda el agua, fresca la verdura:
así, contra el crúel hado siniestro,
vos siempre mía seréis, yo siempre vuestro.

Mil cosas os diría desta manera
si, en tan dulce ocasión, no me abreviase
el tiempo y alegría perecedera.
¡Cuán tarde vino y cuán temprano vase!
Todo aquello demás que yo dijera,
y escucharlo de vos, por carta pase.
Mi vida, adiós, quedad tan persuadida
de mí cuanto de vos está mi vida.

FÁBULA DE FAETONTE

Alto dios inmortal, sagrado Apolo,
nueva y preciosa luz que a los mortales

luz, vida y criación siempre has causado,
rico engaste especial del alto cielo
cuya luciente y nueva cara de oro
hacer nos puede fe del bien eterno,
infunde tu virtud dentro en mi pecho,
dame tan alto espíritu y aliento
que conforme al deseo vuele mi pluma,
pues conforme al deseo vuela el sujeto.
Si te puede mover plegaria humilde
enderezada al bien de tu Faetonte,
de tu Faetonte, dulce sangre tuya,
no me niegues el don que concedido
das y recibes juntamente a un tiempo;
de tu Faetonte, digo, amado hijo,
que por mucho subir cayó tan bajo.

Y si tan grave agora la memoria
sientes corno sentiste el caso entonces,
elige rubio dios, recibe Apolo,
no dejes de elegir, no dejes Febo
de recibir por único consuelo,
por alivio, quietud, paz y descanso
del triste imaginar, ver en la tierra
otro retrato y semejanza tuya,
tan propio y natural como tú eres.
Razón es, Sol, pues tanto os conformáis,
que en todo lo demás os conforméis
y en recíproco amor viváis conformes,
pues busca cada cual su semejante.

¡Mira a mi sol, ¡oh Sol, verás si sólo
acá como tú allá ser sólo puede;
mira ondear al viento el sutil oro
y jurar osaré con juramento
sobre mi sol (oh Sol, que también juras
por tu misma deidad!) que cierto piensas
aquellos ser tus rayos, y creído
ternás que ella es el Sol aunque el Sol ella
juraré sobre sí que eres tú cierto,
tanto que, en esta diferencia amiga,
serás tú sólo allá y ella acá sola
mirados por dos soles y dos solos
que un solo efeto alcanzan solamente.
Dejo Sol de decir también agora
cuán estrecha amistad, qué deudo estrecho
tiene con tus hermanas el sol mío,

pues ellas lo dirán gloriosas dello.
¡Ay qué nuevo dolor, qué nueva pena
me oprime nuevamente agora el alma!
Triste pienso cantar de ti, Faetonte,
y hago un duro ejemplo de mí mismo,
pues el tuyo y el mío fue un mismo ejemplo,
una misma caída, un mismo daño.
¿Quieres Faetonte ver si es como digo?
Tú, por querer subir tanto el deseo,
del cuarto cielo a la primera madre
veniste a dar, y entre mil turbias ondas
paraste al fin lleno de fuego ardiente;
yo, por querer subir el deseo tanto,
de la más alta cumbre de mi suerte
vine a parar, lleno de ardiente fuego,
en las corrientes ondas de mis ojos,
tal que ya me desea la madre antiga.
Mas deja, musa, ya mal tan esquivo
y busca en este fin nuevo principio.

Lleno del ser, de la beldad y forma
que a hijo del gran dios que alumbra el mundo
y a fruto de tal planta convenía,
en años y en valor crecía Faetonte;
Faetonte, digo, el cual tocaba en parte
aquella verde edad que ciñe en torno,
la nueva flor sutil, los rostros tiernos,
aquella que a las ninfas amorosas
quizá más cara fue, más deseada
en algún tiempo que constante y firme,
y corriendo en edad leda y tranquila,
sin que furia de amor la nueva vela
llevase fluctuando entre las aguas,
ni que el vivo poder de su ponzoña
(así diré), solícita carcoma
del juvenil reposo, allá en su pecho,
o su hado o virtud que lo excusaba,
pudiese penetrar mucho ni poco,
con sus amigos solo y deudos suyos,
con otros de su edad claros mancebos,
por amistad o afinidad estrechos,
el campo abierto, el bosque espeso, el prado
florido, el alto monte, el bajo valle
y las corvas riberas visitaba.

Desosos de honra, agora juntos

ejercitando los robustos miembros,
la fuerza convirtiendo en ligereza,
corriendo acá y allá con firme aliento;
con pies agora juntos, ora abiertos,
tres veces hacia el cielo levantándose
y el ímpetu extendido recogiendo,
hacían a quien dejaba atrás más tierra;
el arce levantado, el ancho foso
que enfrenaran al ciervo fugitivo
cuando del cazador, con alta frente
toda enramada, perseguido viene,
salvaron cada día mil y mil veces.

Después, nuevo deseo de allí tomando
el juvenil furor todo excitado,
que a veces acertar fácil peligro
nos levantó a emprender otros más graves
y nos hizo salir con gloria dellos,
a la lucha corrían diestros y fuertes.
Quién, con los brazos, de añudar buscaba
por el pecho al contrario, y quién quería
tan sólo encadenar brazo con brazo;
la fuerza, el arte, el ejercicio y maña,
con maña, fuerza y arte ejercitando,
el ímpetu sufrir uno procura
del otro, y descargar después con furia
cuando ya flojo a su enemigo sienta.

Otro, en sí mismo reducido todo,
trabaja de tener lejos del pecho
a su contrario, y va mil vueltas dando
por ver si puede así desatinarlo:
agora trueca el pie, y agora dobla
una rodilla y firme está en la otra,
afloja, aprieta, deja, toma, vuelve,
prueba, finge, rodea, mueve y sacude,
ciñe, gime, reposa, tienta, impide,
se cierra, se dilata, se detiene,
se encoge, se suspende, se apresura,
ahora se defiende, ahora acomete,
ahora muestra el lado, ora la cara,
se determina y se arrepiente luego,
hasta que al fin, sudado y polvoriento,
o por suerte o virtud del que más pudo,
en tierra el adversario ve tendido.

Mas sobre todo, y lo que más continuamente el mancebo ejercitar quería y donde más su estudio señalaba, es el arco doblar con fuerza y arte, y despedir la flecha tan certera que nunca se apartó de su deseo; y como aquél que vino acá en el suelo del luciente, inmortal, divino arquero que dio sólo a Pitón gloriosa muerte (al serpiente Pitón, por quien la tierra no tan sólo temió, no sólo el mundo, mas Júpiter allá puesto en su silla) así que como hijo de tal padre y como de tal padre amado hijo, experto y diestro a ejercitar el arco y más docto en herir con él las fieras, Faetonte fue primero en todos ellos.

Mil veces, vencedor desto saliendo, en prueba se ponía con otros mozos a quien podía de sí la dura barra más alejar, teniendo el brazo en alto, y con el pie, del brazo aire tomando, y asentarlos después en par del otro; ora la piedra entre los dedos puesta, aireando también con fuerza el brazo, hacían a quien más alta la volaba y a quien más cerca dél después daría; ora el feroz caballo denodado con espuela hería viva y sangrienta lleno de blanca espuma pecho y cuello; forman agora un círculo de presto en el aire y después, ledo saltando, levanta con los pies la grupa al cielo, con tal compás que do estampó la tierra vuelve a oprimir de nuevo el lugar mismo, déjalo a más correr y al más ardiente ímpetu de su curso, en un instante, lo hace detener con tal firmeza que adelante ni atrás paso no mueve; sueltos después por las campañas libres la fugitiva caza persiguiendo, tras el rojo león, tras la manchada tigre crüel, dio fin a su deseo. En tal orden de vida, en tal concierto su floreciente edad gastaba el mozo,

paz, ornamento y gloria de su tierra.

Mas el fiero destino amargo y duro,
que prometido había con mayor nombre
y con honra mayor cortar sus años,
esta ocasión tomó: que un día cansados
sus amigos con él del gran trabajo
en perseguir las fieras recibido,
dentro un umbroso seno, do corriendo
vio un luciente cristal que en todo el valle
dilataba el rumor que dél nacía,
se fueron a cobrar vida y aliento,
y al fin, después que al canto de las aves
con el son de las ondas acordado
elegieron lugar florido y verde,
dieron con repetir las aventuras
del pasado trabajo y cien mil cosas
que en tanta variedad acontecieron.
Proponía el vencido mil disculpas,
mil excusas del yerro y mil desgracias,
de un honroso color teñido el rostro,
y el claro vencedor, glorioso y ledo,
con doblada jactancia atribuía
el hecho a su valor más que a su suerte.

Con esto comenzó la ciega invidia
a despertar los pechos que durmían
en llano y dulce amor, sincero y puro,
y el hilo de la plática siguiendo
vinieron a contar de sus pasados,
del antiguo valor de sus agüelos
y la limpieza al fin de sus linajes,
que allí ninguno había que nombre o sangre
del cielo no trujese, o de mortales
que parte allá tuviesen con los dioses.
Uno decía venir del claro y alto,
insuperable Alcides y de Tebas;
entre su antigüedad otro nombraba
Baco por principal, otro Mercurio,
otro el sagrado y húmido Neptuno.
Faetonte allí, menospreciando casi
lo que todos decían, medio riendo,
con esquivo desdén, con vista aceda,
soberbio dijo: «¿Quién será tan loco
que donde está Faetonte ose ponerse
a declarar de sí sangre y nobleza?»;

pues Baco y otros dioses a montones
tales como él, vulgares y caseros,
tales como él, vulgares y caseros,
no pueden con razón, cierto, nombrarse
en el número electo de los dioses.

Por cierto ¿juzgaréis loable afeto
que convenga a deidad digna del cielo
estar siempre metido entre licores
que enajenen del todo el albedrío;
después, lleno de hiedra, loco y necio,
ir por cumbres y montes resbalando?
¡Oh gloria conveniente a quien la sigue!
Pues qué ¿Neptuno es este dios tan simple
que a los marinos monstruos solamente,
a los peces y ninfas, manda y rige
entre amargas honduras, donde nunca
con dios comunicó, mas con aquellos
miserables mortales confiados
en un frágil madero vano y roto?
Pues ¿qué diréis también de aquel Mercurio,
mentiroso, apocado mensajero,
que sirve a los demás y nunca habla
sino cuando decir piensa mentira,
y no tiene valor por sí ninguno
mas de el que alcanza en allegarse a otros?

Yo no os quiero contar ni señalaros
mi descendencia antigua, y que presuma
de tan lejos venir que poco a poco,
antes que allegue a mí, deshecha venga
de mis agüelos la memoria ilustre,
mas el mismo diré por quien esta alma,
aquesta alma invencible, eterna y pura,
se vistió del mortal terrestre velo.
Mi padre ha sido y es el sacro, santo,
rubio, claro, inmortal, luciente Apolo,
del cielo, de la tierra, de los dioses,
de los mortales luz alta y divina,
señor del tiempo y sus mudanzas breves,
por cuyo gran poder sólo, en la tierra
vive hoy y expira cuanto expira y vive.
Este mi padre fue, tal y tan grande
que ningún dios, ved, cuanto más humano,
a su digno valor puede igualarse.»

Entre la noble compañía, que atenta
la plática escuchaban del mancebo,
uno callando estaba, el cual no había
hablado aún de sí mucho ni poco,
hijo de Jove, y de la bella Io,
Io que convirtió después en vaca,
por celoso desdén de Juno, Jove,
entregada al pastor que tantos ojos
tuvo en la frente sin poder guardarse;
Io, torno a decir, que en torpe forma
lejos de su gentil beldad nacía,
rabiosa discurrió por cuanto mira
el sol, rodea la tierra y ciñe en torno,
llevada del temor que de sí tuvo,
hasta que al fin en las riberas pudo
del gran Nilo aplacar la diosa injusta,
y deshecho volviendo al fin cual era,
la dura piel, los mal nacidos cuernos,
del blanco pecho y delicada frente;
y así parió luego el gentil Epafo,
éste que en ver hablar así a Faetonte
dijo, sin más tardar, airado y fiero:

«Hijo soy yo del movedor del cielo
que el cetro universal manda y gobierna,
cuya diestra inmortal hace en los aires
correr lleno del fuego el trueno ardiente,
cuya vista real hace que tiemble
la tierra, el cielo, el mar y el hondo abismo.
Mas ¿por qué digo más, decir no basta,
que hijo soy de Júpiter eterno?;
de aquel que no tan sólo mío, de Febo,
de Marte, de Neptuno y Baco, es padre
más general de todos, pues de todo
fue general autor, padre y maestro;
y por mostrar verdad de lo que digo
me sea cierto testigo el ver, en torno
adonde ricamente baña el Nilo,
la engendradora mía, que en altos templos
recibe cada día mil sacrificios,
mil votos, mil inciensos, mil olores,
Iside allá llamada y los que tienen
en custodia los templos, isiacos;
es su nombre y deidad al fin tan clara
que toda ciega envidia vence al mundo.
Mas ¿dime agora tú, que tan altivo

del paterno valor andas y hablas,
dime, por Dios, agora, cuál certeza,
por cuál seguridad puedes mostrarnos
que lo que has dicho aquí cierto así pase?
Climene veo tu madre y tu la ves,
todos la ven también, que tras el hilo
vulgar y bajo de las otras sigue.
Pues ¿qué quieres decir? ¿no saben todos
que con hombre mortal tu madre vive
debajo el conyugal ñudo ligada?;
indina cosa y torpe ciertamente
si nunca grata a Febo fuera y cara,
pero ¿quién diese crédito y quisiese
afirmar que es verdad lo que compone
la lengua mujeril vana y ligera?
¡Oh, cuántas dellas hay que de los bosques,
del campo y del arado, traen el vientre
de cabrero o pastor lleno y pesado,
y finge o que es del cielo o del gran Jove!
Cierto loco es aquél que cosa incierta
por cierta afirma y va glorioso della.»

Dicho esto a replicar tornó. «Y aun ante
que yo sienta señal menos dudosa...»,
y más quería decir, pero Faetonte
con rostro desdeñoso, ardiente, esquivo,
cual víbora encendida, en ira todo,
todo dolor, ponzoña y todo pena,
sin más hablar, sin levantar los ojos,
mudo y lloroso fue, corrido y triste,
do, no lejos, vivía su dulce madre,
la cual, visto su hijo, luego ardiendo
de un afecto materno, prestamente
entre los brazos se lo puso y pecho,
y con mil dulces besos, con mil dulces
tiernos abrazos, dentro allá en su alma
lo quisiera meter. ¡Tanto lo amaba!
Pero pasado el ímpetu primero
que dio lugar al afición, mirando
el hijo demudado, triste y muerto,
ella también helada, muerta y triste,
la causa preguntó, diciendo. «¡Oh hijo,
mi hijo!, ¿qué dolor, qué mal te oprime
mi dulce bien? ¡Ay!, ¿qué dolor te hiere?
¿cómo Faetonte mío, cómo no puedes,
siendo hijo de aquél que el mundo alumbra,

dar más ancho camino a tu tristeza?
¡Ay paz de mi vivir, vive con ella,
no temas, mi quietud, que el rubio Apolo
no nos será de su favor avaro,
que tan ardiente amor, tan caro hijo,
no se entrega al olvido en breve tiempo!»

De lágrimas bañado, colmo y lleno
de suspiros el mozo, tal que apenas
la voz podía coger de roto aliento,
en el cuello materno encadenando
los brazos y su cara con su cara,
así le respondió: «Mi dulce madre,
honrada madre mía, si a tu Faetonte,
si nunca al que salió de tus entrañas
amaste y te fue grato en algún tiempo,
si llama de piedad puede encenderte,
no me encubras, por Dios, madre, no encubras
la verdad a tu hijo desta cosa:
cuéntame ya, dime, si falsa o cierta
corrió de mí la fama que nacido
fuese del claro Sol, porque el injusto
Epafo (¡ay triste!), Epafo libremente,
con deshonor de entrambos me ha llamado,
me osó, madre, llamar fingido hijo
del ministro mayor de la Natura.
Yo, que sufrir jamás (ni lo permita
mi estrella) pude injuria de ninguno
que doblado pesar, con igual pena,
del temerario error no le viniese,
desdeñoso callé, sin saber cómo
lo contrario mostrar de sus palabras.
Pero, mi dulce guía, paz de mis años,
de cuanto yo poseo madre y señora,
si es cierto el caso así como me has dicho,
dame cierta señal con que yo pueda
dar fe que vine acá del alto cielo.»

O que el ruego del hijo o que la ira
a Climene moviese más el pecho,
suspensa, triste y muda un rato estuvo,
después, mirando al cielo de improviso,
con las manos en cruz, dijo: «Mi dulce
hijo, preciada luz destes mis ojos,
por aquella inmortal, divina lumbre
que de mil rayos de oro está ceñida,

por aquel celestial, sagrado objeto,
te juro, que nos mira y siente agora,
que del que alumbra acá nuestro hemisferio,
del que nos lleva y vuelve el claro día,
que del que ves allá, del que miramos,
principio y vida recibiste al mundo;
si no es así, que su deidad sagrada,
hijo, me niegue acá su vista siempre,
y última luz sea de mis ojos ésta;
y si querrás tomar nueva certeza,
no muy lejos de aquí, verás, ¡oh hijo!,
el alto y rico albergue donde asoma
tu padre, en su venir, la rubia cara.
¡Va, pues, do está si más dudar no quieres!»

Apenas esto dijo la piadosa
madre afligida, cuando el mozo, luego,
hacia el celeste nido el paso vuelve,
y las quemadas frentes, los revueltos,
crespos cabellos de la negra gente
y los indios después atrás dejando,
debajo el más ardiente y recio clima,
dio al fin consigo en las paternas casas
do venida la noche el Sol reposa.
En soberbias columnas hacia el cielo
el sagrado edificio se levanta
cuyas altas murallas resplandecen
de carbunco y rubí tejido en obra;
diamantes y zafiros rico extremo
forman al techo, de precioso aborio
que a la perla oriental vence en blancura.

Son las ventanas de cristal luciente,
las puertas de cendrada y fina plata,
y puesto que el valor y precio dellas
al humano deseo vencer pudiera,
del arte era vencida la riqueza,
donde esculpido está con milagrosa
mano del gran Vulcano el mar inmenso,
que en su profundo y ancho seno asconde
la tierra y nos concede parte della,
encima el estrellado y claro cielo
que el universo abraza y comprende.
Con las cejas hinchadas, con los ojos
cual encendida brasa, fiero estaba
Tritón sonando un cuerno entre las ondas,

cuyo oprimido aliento por el cuello
y por la frente descubría mil venas
llenas de aire cuajado y sangre espesa,
y el mutable Proteo, que nunca pudo
vestirse allí de repentina forma;
el crüel Egeón también estaba
con sus doblados miembros, peso extraño
a los peces y al mar y a las arenas.

Una y otra gentil ninfa marina,
nadando en compañía, los blancos miembros
mostraban, sin temer de red o anzuelo:
quién por las duras peñas recogía
mil varias pedrezuelas, y arrojando
alguna allá en lo hondo procuraba
tomalla antes que allegue a no moverse,
quién el cabello enjuga y goza encima
de ligero delfín, que arando el agua
rocía los mansos aires con la cola;
mas sobre todo cuanto el buen maestro
daba a entender y el punto más secreto
de su divino ingenio era que en todas
diversidad de rostros señalaba,
y esta diversidad con tanta fuerza
los ojos reducían a contemplarlo,
que viva y propia semejanza entre ellas
de hermana se juzgara y muy conforme.

Llena después de bosques y collados,
montes, valles y ríos, la tierra asoma,
del bruto irracional cibo y sustento;
se vuelve en torno allí el luciente polo
con sus señales doce y las estrellas
muestran en cantidad ser así ciertas,
que errar no puede quien las corre siempre.
Como el que siente maravilla y gozo
de cosa ver jamás por él mirada,
o nunca vista, peregrina y nueva,
que dar entero crédito a sus ojos
y a la misma verdad no se asegura,
tal fue Faetonte, el cual viendo a su padre
en el divino asiento se detuvo
un poco lejos dél, porque la vista
capaz no podía ser de luz tan alta.

Cubierto estaba de un purpúreo manto

el intonso pastor de Clicia amado,
de perlas, de jacintos lleno en torno,
do jugando corrían todos en rueda
el día veloz, el mes ligero, el año,
y en breve espacio igual, hora y momento.
Enguirnaldada vio de flores toda
la Primavera y vio el ardiente Estío
desnudo, soñoliento, inquieto y rojo,
de polvo lleno, de sudor y espigas,
luego el húmido Otoño que de mosto
todo teñido y pegajoso estaba,
su frente de manzanas coronada,
y el erizado Invierno cuya barba
cuajada de carámbanos se muestra,
blanca de mucha edad y mucha nieve.

Mas luego que el gran dios volvió los ojos
al hijo, conoció quien era y luego,
con dulce acogimiento: « ¡Oh hijo, dijo,
Faetonte mío, planta gentil nacida
del solar, tronco y de mi luz ejemplo
¿qué buscas, dime, aquí Faetonte mío?
Cuéntame el caso ya, dime cuál causa
de tan lejos venir pudo forzarte;
suele vista mortal muy pocas veces,
¡oh hijo!, penetrar tan adelante.»

El mozo respondió. «Gloria celeste
del reino celestial, divino y santo,
padre inmortal que con tu mano riges
la inmensa luz que nos alumbra el mundo,
si vuestro hijo soy, si es cosa cierta
lo que mi madre Clímene me dice,
dadme cierta señal, dadme una prenda
por do venga a entender quien esto duda
que puedo con razón llamaros padre.»
Entonces, despojando el rostro Apolo
de aquel rayo inmortal que a los mortales
no es posible sufrir con vista atenta,
allegándolo más lo abraza y besa,
diciendo: « ¡Oh hijo mío no me pareces
tal que negarte deba, y cierto es todo
lo que tu bella madre te ha contado.
Demanda pues, pide ya libremente,
demanda cualquier don, que afirmo y juro
por el agua infernal que nunca he visto

de dar muy largo fin a tu deseo.»
Los caballos guiar pidió Faetonte
y el carro con sus rayos aquel día.

De improviso dolor, tristeza y pena
herido el padre y todo ardiendo en ira,
al temerario osar callando un poco,
después de un pensamiento amargo y grave,
con triste voz le dijo, arrepentido
de su firme jurar: « ¡Ay dulce hijo!,
¿qué es esto que te vino a la memoria,
¡ay, triste!, sin pensar más adelante?
Si tu hado, tu estrella y tu planeta
te formaron mortal, no en vano tienes
sobre el uso mortal hijo extenderte,
pues no es cosa mortal la que pretendes;
es en tanto más que a los restantes dioses
(bien los puedes nombrar), se excusa y niega,
se niega con razón, que el mismo Jove,
el mismo a cuyo rayo tiembla el cielo,
de mi divino carro no podría
permanecer en las ardientes ruedas;
pues luego piensa en ti, si fuerza y arte,
hijo, ternás mayor que dios cualquiera.

Sube el camino que al principio hago
tan empinado, trabajoso y alto,
que casi apenas mis caballos pueden,
aunque ora dejen la cebada y feno,
cubiertos de sudor, llenos de furia,
en la difícil cumbre levantarme;
después que en la mitad del cielo corro,
tan subido me hallo y tan profunda
la tierra con la mar se me presentan,
que no sin gran temor los ojos vuelvo
a contemplar, con pecho helado y frío;
precipitoso, luego, a lo más bajo
tomo el postrer viaje de improviso,
con tanta furia que Neptuno y Tetis
más de una vez dudaron la caída
del Sol dentro el amargo, húmido seno,
y el estrellado cielo, que volviendo
al contrario se va, después me turba
y me impide el camino, tal que, ¡ay, triste!,
me llevaría a perder si yo por fuerza
no me opusiese con furor contrario.

¿Qué diré, pues, de las rabiosas, crudas,
que se hallan allá, celestes fieras:
del fiero Toro indómito y salvaje
que un monte de diamantes rompería,
del gran Centauro que dispara siempre
y del torvo León con boca abierta,
el Escorpión, Cangrejo y otros monstruos
que a Marte, a Jove, a mí, temblar nos hacen?

Tan feroces después, tan orgullosos
los mis caballos son que llama pura
espiran soplando y todo el aire encienden,
y cuando en el volar más entregados
van al ciego furor, de espuela o freno,
o de mi amenazar muy poco temen,
y menos que tú mismo el freno siente[n].
No quieras hijo mío subir tan alto
que al más ufano vuelo abajes tanto
que seas dolor y ejemplo a quien lo viere.
Grave es el peso y débil es tu fuerza,
y más que prometí me demandaste,
pues yo nunca tu muerte prometiera.
Nunca llamarse generoso debe
(bien que otros le darían aqueste nombre),
mas, a mi parecer, loco y perdido,
el que sobre su fuerza extiende y sube
su querer más allá de lo que alcanza.
No quieras, mi Faetonte, ver tu muerte,
toma un camino más seguro y llano
por mostrar que de mí triste descendes;
mas si quieres así, si el crudo cielo
busca a tu tierna aurora noche eterna,
concédasete ya. ¿Por qué me abrazas
y me importunas, hijo? ¡Ay, tú no sabes
qué fuerza me es hacer lo que me pides
aunque a tu daño sea, pues por las ondas
juré que al derredor Stigie escurecen!»

Después que esto habló, viendo que en vano
de su curso fatal mueve al mancebo,
llevólo al carro que Vulcano hizo.
Era de oro el timón todo y el eje
y el cerco de las ruedas de oro todo,
de fina plata eran los rayos della,
el yugo reluciente, si mostraba,
por mil piedras y mil, la cara de oro,

hacía repercusión del Sol, que luego tenía cercano el rico y alto asiento.

Mientras con libre mano toca y mira la nueva obra gentil Faetonte altivo, la bella Aurora vio, que abría su puerta dorada y clara, y la purpúrea entrada mostrando, de azucenas llena y flores. Delante sí congrega Venus luego, como manadas, las demás estrellas, ella postrera y última quedando.

Después que vio encender nuestro horizonte, y amortiguarse ya la blanca hermana, Febo, las horas luego, diligentes al servicio del dios, trajeron presto los furiosos caballos de su albergue hartos de ambrosia, y los sonantes frenos de humor celeste humedecieron todo con sagrado licor; después bañando Apolo al dulce hijo rostro y pecho, porque del gran calor y el gran viaje ofendido no fuese, con guirnalda de rayos le ciñió la tierna frente, y casi adivinando el mal futuro, con un bajo suspiro, así le dice:

«Faetonte mío, pues no pudieron tanto mis primeros consejos, pueda agora este segundo mío que quiero darte. Al ardiente furor de mis caballos usa la rienda más que las espuelas, porque no hay rayo tan veloz ni presto como ellos. Tu verás, hijo, que encima de ti, Marte y mi padre y el tardío Saturno volverán con lento curso al contrario; verás después abajo Venus, al mensajero y a mi hermana correr con ligereza nunca oída, y bien que cada cual dellos tú veas apartado de ti contrariamente, ten siempre el curso firme y firme el ojo, do ves que estampan, hijo, mis pisadas. De aquellos tres mayores cercos mira, que en medio están, jamás tocar extremo: no declines el paso mi Faetonte

a la siniestra ni a la diestra mano,
a do nieva Aquilón y el Austro llueve,
hacia el mayor serpiente que vecino
a las Osas está, o a do el sagrado
altar se ve que en frente dellas yace,
ni te tome deseo de ver el carro,
fuera de su costumbre, andar jugando
o alto o bajo más de lo que suele,
porque verías arder la tierra o el cielo;
ten siempre el medio y la fortuna sea
de tu querer más que tú mismo amiga.
Mientras yo hablo, al fin la noche oscura
al término venida ya de Atlante
llama que vaya el día adonde estuvo;
toma, por tanto, hijo, el rico freno
si ya no quieres más mi buen consejo,
que tan mal don tomar para tu vida.»

Sobre el dorado carro libre y presto,
sin más considerar, se arroja el mozo
y tomando la brida muy gozoso,
gracias cumplidas dio dello a su padre,
sin ver que de su muerte gracias daba
al triste padre que ya vía su muerte.
En esto, Etoo, Piroo, Flegonte, Eoo,
los cuatro velocísimos caballos
del causador del día, reciamente,
hinchendo de relinchos todo el cielo,
llenas de fuego las narices y ojos,
tomaron hacia el cielo su camino
y con sonantes pies, las blandas nubes
rompiendo y quebrantando, atrás dejaron
Euro que los seguía muy brevemente.

Mas como en alta mar suele navío,
cuando no tiene el lastre o justo peso
que lo haga correr justo y derecho,
ir con duda mortal de quien lo rige,
trastornándose siempre a cada parte,
así sintiendo el carro, los caballos
y el yugo más ligero que solían
cuando los gobernaba otro maestro,
sin respeto y temor, sin más cuidado
que si fuera quién era, comenzaron
por el turquino cielo a dar mil vueltas
sin sujetarse a ley ni a duro freno,

ni al mozo que perdido lleva el tino,
y puesto que perder no lo pudiera
ya tan perdido y tan sin tino corre
que excepto que en perderse no atinara.

Quien primero sintió la recia llama
del frío Setentrión las Osas fueron,
que al insólito ardor, que al fuego extraño,
dentro el profundo mar somergujarse
mil veces intentaron vanamente;
la Sierpe que vecina a nuestro polo
vive durmiendo, al caso extraño y nuevo
su natural pereza despertando,
con terrible silbar toda se enrosca;
bien que ocioso y tardío, bien que ocupado
en largo trabajar, huyó Boote.

El mísero Faetonte abajo mira,
y en tan profunda altura se ve puesto
que ya le tiembla mano, pecho y alma.
La mal guiada luz sufrir no pueden
los ojos y quisiera en tal instante
que el paterno valor no le valiera;
ya se arrepiente el miserable mozo
de haber su ilustre sangre conocido,
de humano y de mortal ya concedía
su origen alcanzar, mas tarde acuerda.

Llevado acá y allá corre cual nave
por las airadas ondas fortunales,
que el piloto dejó entregada al viento
y el gobierno y timón a la fortuna.
No sabe qué hacer: mira adelante
de sí tan gran camino, y después mira
tanto espacio de cielo atrás dejado
que el volver y el seguir todo le es uno;
tirar no puede ni aflojar la brida,
ni por sus nombres sus caballos puede
llamar, que no le escuchan ni él sabía
nombre dellos ninguno. Tantas fieras
y tantos monstruos ve después por todo
que ya de cada cual piensa ser cibo.

Como azogado tiembla, el rostro muerto,
los párpados sumidos, mira y vuelve
triste a mirar, sin regimiento alguno

regido el regidor de los regidos.
Vino do el Escorpión con cola arcada
y con dos bocas corvas va ocupando
dos señales del cielo, el cual sintiendo
al inexperto mozo ya vecino
las bocas levantó, y él temeroso
desamparó la brida y juntamente
casi desamparar mostró la vida.

Los ardientes caballos que sintieron
la rienda sobre el cuello floja y suelta,
tomado el freno en la espumosa boca,
con doblado furor, dieron principio
al fin del triste mozo y libremente
comienzan a buscar nuevas regiones
donde jamás el claro Febo anduvo
y nunca se vio luz de cielo alguna.
Hallar no pudo cosa que pudiese
el camino impedir, mas ¿quién pudiera
el camino impedir si no era Apolo
por la velocidad inestimable?
Después que unas estrellas y otras pasa,
por los abiertos campos vuelve el paso
a las menores dellas, que están fijas
o si se mueven es tan paso y poco
que con dificultad puede entenderse.

Tomando la abajada desde Olimpo
a las terrestres partes, vio la Luna
los fraternos caballos y admirada
de vellos a sus pies, roto el decreto
del orden celestial jamás quebrado;
las nubes humear se ven en llama,
ya se siente encender la tierra el seno,
las verdes plantas, árboles y fuentes,
al más florido abril secan y mueren;
(¿qué diré yo?) las populosas tierras,
los altos muros, las soberbias torres
y la confusa gente, en blanco polvo,
montes y selvas, se esparcieron todos:
Atho, Tauro, Cilice, Etmolo, Oste.
Muy poco te valió la nieve o el hielo
con que la frente armaste, Ida famosa,
y en tí, casto Helicón, las frescas aguas
no pudieron matar la llama ardiente;
con doblado calor de dentro y fuera

Etna se enciende y se convierte en brasa,
el sagrado Parnaso, Erice y Cintho,
Otri, Rodope, Dínclimo y Minanto,
Mical, Cithero, el áspero Caucasos,
el altísimo Olimpo, Pindo y Osa,
todos y todo ardía hacia el ocaso,
el subido Apenin, los duros Alpes;
el Seco Pirineo, frente y espaldas,
sin poderse mover, siente encenderse.

El mundo todo convertido en fuego
y en homicida llama el mozo siente;
no sabe qué hacer: tomar no puede
el resuello vital, que todo es llama;
de mil en mil se esparcen las centellas,
revueltas con un humo espeso y negro,
que mil globos hacían por todo el aire,
y al mísero Faetonte rodeaban.

No sabe por do va, no ve camino
que excepto que al morir ya le encamine.
Así corriendo, el mal guiado carro
dejó Etiopia tal que buen testigo
nos es la gente della, por la sangre
que encendida buscó la extrema parte.
Las lagunas, los ríos, fuentes y arroyos
poco pueden huir, que a cada paso
les falta más el agua, el curso y fuerza.
Beocia se dolió de su querida

Dirce, de su Aminión Argo infelice,
Corinto de Pirene, amada tanto,
y ellas con otras mil descabelladas,
con lamentable voz llorar querían,
mas les faltó el humor perdido y seco.
Entre los citas fue la helada Tana
ofendida también, también Peneo,
Erimanto, Caico, Ismeno, el Xanto
que la segunda vez arder debía;
Isconia el turbio, aquél que con mil vueltas
corriendo acá y allá muere en sí mismo,
cobrando con tal muerte nueva vida;
Meandro, Mela, ardió también Eurota,
el Eufrates, el Tigre, Termodonte,
el babilonio Oronte, el Istro, el Ganges,
el amoroso Alfeo, Pasis y Esperquio

y Meotis también, también Caistro,
Hebro y Timón, hasta el dorado Tajo
que entonces refinó bien sus arenas.

Huyendo el Nilo en las extremas partes
del mundo con temor del nuevo caso
la cabeza escondió, que aun siempre encubre
siete valles quedando aquellas bocas
por donde lleva al mar rico tributo.
Sena, Garona, Ródano y Ceranta,
el germánico Rhin, el hispánico Hebro
y el itálico Po, de todos padre,
el luciente Tesín, Burinia y Dora,
Adige, Brenta, el Tanar, Ada y Magra,
y el paduloso Nuncio, Oglío y el Varo
Tíber también con su famoso hermano,
todos en aquel día de sed murieron.

Se quiebra y hiende hasta el profundo centro
la tierra acá y allá, las aberturas
dan lugar a la luz cuanto más pueden,
tanto que el infernal crudo tirano
más de una vez, maravillado y triste,
con su esposa temió gran desventura.
El albergue mayor del gran Neptuno
vacío, sin ondas, pareció y desnudo
el ancho vientre, y por el bajo inmenso
de la santa Anfitrite, poco a poco,
comienzan a asomar montes y peñas,
crecer al derredor todas las islas;
campos y valles, pedregosas cumbres,
muéstranse acá y allá con grande espanto.

En el seno de Egeo claras se vieron
hasta los pies, desnudas, las ciudades
y el airoso delfín ya, como suele,
no se descubre y huye por cubrirse,
mas luego le penetra el fuego y cubre;
de mil en mil las focas y ballenas,
entre la seca arena, se mostraban
vueltas al cielo, sin aliento y vida.
Doris, Nereo y sus hermosas hijas
con la mano cubrían todos el pecho,
que buscando la mar hallar no pueden
humor tanto que cubra o cubrir baste
lo que en casto deseo vergüenza asconde.

Con su tridente el dios que el mar gobierna
tres veces descubrir la frente quiso,
por dar socorro al destruido reino,
y otras tantas volvió luego a esconderse,
al Sol amenazando, al fin, cual puede,
lleno de lodo y ovas, busca triste
remedio a la gran llama, y no pudiendo
el rincón y escondrijo más secreto
elige por remedio de sí mismo.

La tierra que sintió las aguas todas
apretarse en la mar, y ella entretanto
siempre mostrarse más y descubrirse
y anegada también toda en su centro
por las fuentes y ríos, iba buscando
cómo excusar la irreparable llama;
con seca sangre y cenicienta cara,
con chamuscados ojos, con los niervos
rechinantes y negros, con los huesos
todos ya vueltos de color de brasa,
temblando montes, valles y riberas
y sacudida toda entre su seno
del término y lugar constituido
un poco se abajó más que no suele,
y la arrugada frente descubriendo,
puesta la mano encima de los ojos
como quien contra el Sol hace reparo,
así soltó la voz llorosa y triste:

«Oh gran padre inmortal, dios de los dioses,
santo y sagrado ser, inmenso, eterno,
¡ay!, si tan gran dolor, si tan gran pena
en tu presencia mis pecados piden,
hazme señor que con tu regia mano
sienta el último fin ya de mis años.
No quieras consentir mi rey celeste
que pueda hombre mortal causar mi muerte;
hiérame el padre que criarme quiso
no el hijo a quien crio para matarme,
pues siendo tú el autor contenta muero,
pero si ajena culpa es causa desto
más que tu voluntad (según yo pienso),
mi eterno criador no lo permitas.
¿Es éste galardón, éste es el premio
(¡ay, cuitada de mí!), y el fruto es éste

del daño que por ti siempre recibo?;
¿es ésta la merced de tantas llagas
que padezco paciente cada día
de azadas y de hoces y de arados
y de mil otros géneros de hierro?;
¿éste es mi merecido de las flores,
de las hierbas y plantas que yo crío
para el ganado, ya perdido y muerto,
del cibo, del manjar que a los mortales
ofrezco cada día, de los mineros
con que, a mi daño, yo enriquezco el mundo,
del incienso divino que aparejo
a tus altares santos y otras cosas
que la necesidad no me da tiempo,
a podellas decir? ¡Ay padre,
ay padre celestial!, mira cual vuelan
mis cabellos en humo, en polvo, en llama,
mira tu dulce hermano, tu Neptuno,
tu dulce sangre que padece y muere,
pero si todos dos, si el daño nuestro
a muy justo desdén y a piedad justa
no te pueden mover, mira a ti mismo,
mira a ti mismo, dios, mira a tu silla,
tus estrellas, tu asiento y tus dos polos,
que sostener tal carga es ya imposible
del peso celestial. ¡Ay!, mira Atlante
que ya quiere caer, mira sus canas
ardiendo y sus entrañas vueltas fuego,
tal que al primero caos ya torna el mundo.
Vuelve a tu solo imperio tu cuidado
y al daño general busca remedio.»

Aquí silencio puso y de improviso
(no pudiendo el ardor sufrir tan grande)
en sí misma sumir dejó su cara.
Luego Neptuno y otros muchos dioses,
en la real presencia, ruegan juntos
que al gran público mal su diestra oponga;
también suplica Febo que no deje
el mundo perecer de tal castigo.
Júpiter, viendo al fin que la tardanza
irreparable mal causar pudiera,
todo encendido en alto y puro celo
(por dar ejemplo a todos que ninguno
deba jamás volar sin firmes alas)
en la silla se fue sublime y alta

de do suele causar las fieras nubes,
de donde invuelto en trueno y luz violenta
con rayo agudo a los mortales hiere.

Allí escogiendo con curiosos ojos
el más ardiente, nuevo, fuerte y grave
de mil y mil que el gran Vulcano hizo,
y escogidos por él con mayor fuerza
que cuando en Flegra todo ardiendo en ira
con Japeto y Tifeo quiso mostrarse,
el codo diestro de la diestra mano
casi tocando con la diestra oreja,
el rayo licenció mortal y duro.
justo está el fin diciendo a tal principio:
el tirar y el herir fue todo a un punto
y juntamente a un punto fue la muerte
del mal gobernador del cargo honroso;
así la llama fue de mayor llama
por el común vivir muerta y vencida.

Al gran tronido, al nuevo son horrible
amedrentados, los caballos fieros
sacudieron del cuello el fuerte yugo
y sin parar, con sus crecidas crines,
con levantada frente y furia extraña,
andaban do el temor les compelia.
El nuevo freno allá se había quebrado,
acá el rico timón y el eje de oro,
allí la rueda, aquí los rayos dellas;
al fin sembrado de reliquias todo
el cielo está del ya deshecho carro.
Hacia la tierra el mísero Faetonte
la cabeza inclinó todo encendido,
y así cayó, cual nueva estrella suele
caer al parecer, que cae muy cierto
por el aire sereno, claro y puro,
y al fin, muy lejos de su patrio albergue,
halló en el Po sin alma albergue y nido.

Las bellas ninfas con piadoso oficio,
el cuerpo miserable recogiendo
que el humo aun ni el gran calor no había
despedido de sí, llorosas, luego
de mármol un sepulcro le hicieron
contra el curso del tiempo y sus injurias,
do más de una esmeralda y un diamante

labor hacían de entorno rica y nueva
y con cuidado amigo este epigrama
entallaron allí que siempre vive:
«Aquí yace Faetonte. Aquí le encierra
este mármol fatal porque del padre
quiso guiar el carro de oro eterno,
mas del cielo cayó entre estas ondas.
No sólo fue el deseo gloriosa emienda
del sucedido mal mas gloria y nombre,
que eternamente sonará Faetonte
pues que siendo mortal pudo subirse
do se inmortalizó, y a do ninguno
jamás pudo subir con peso humano.»

Tanto fue el gran dolor, fue tal la pena
sentida por el Sol del muerto hijo,
que en lugar y señal de luto al mundo
quiso negarse (¡oh milagroso caso!),
aunque el encendimiento derramado
algún rayo de luz mostrar nos pudo,
casi por recompensa del gran daño.
Mas Climene, la madre, esto sabiendo,
pobre de alivio, de consejo y vida,
más de un monte pasó, de un bosque, un valle,
de un prado, una ribera, un campo, un río,
hasta que vino a dar do el hijo amado
tras breve piedra en largo sueño estaba.

Lo primero que hizo, y do primero
la triste enderezó los tristes ojos,
fue al nombre ver de su Faetonte escrito,
sin que adelante o atrás de allí pasase.
(Ved cuánto puede, ¡oh celestial secreto!,
una cierta deidad que a nuestras almas,
donde pasión o amor vive, o recelo,
es propia y natural, sin que se entienda,
y un cierto no sé qué que la sospecha
infalible nos hace, no sé cómo.)
Al mortal espectáculo lloroso
la viuda madre, fatigada y triste,
una mano encajando con la otra,
encendiendo los aires de suspiros
y de calientes lágrimas regando
la cara, semejante al mármol frío,
sin sangre, sin color, muerta y helada,
cual pudo, flacamente (y mucho hizo

pues lo pudo hacer) dijo llorando:

«Dulce Faetonte mío, mi dulce hijo,
¡oh mi alma, oh mi bien!, ¿cuál fiera Parca
de tus hermosos años florecientes
cortó la nueva y delicada estambre?;
¿por qué quiso dejar la viuda madre
que su vida llorase con tu muerte,
pues más que muerte es ya su triste vida?
Grande alivio sería de un mal tan grave,
¡oh mi dulce quietud!, saber que fuiste
más que cualquier mortal fuerte y osado
y aun mucho más quizá de otros que callo,
mas no permita Dios, mi bien, que tenga
la causa de tu muerte por alivio,
que nunca alivio tal Dios permitiera.
Esto lo juzgará quien tiene el alma
sin reliquia de amor que le conmueva
a pensar más en ti que en tus deseos;
mas yo, tu madre, yo que en mis entrañas,
mis entrañas, te di morada y nido,
yo que en tu nacimiento, ¡oh mi Faetonte!,
tanto dolor sentí, pena tan grave,
yo que en mis pechos, en mis brazos, hijo,
por cibo te ofrecí mi propia sangre,
yo que de tu niñez tan gran cuidado
tuve que siempre, a cada punto y hora,
si no te via, mi bien, me parecía
tener a las orejas quien dijese:

«Tu Faetonte cayó, tu hijo, ¡oh madre!,
peligrará si no socorres luego»,
tanto que con mortal recelo extraño
entonces yo decía: «Tu rubio padre,
que el carro de oro guía te guíe mi hijo,
tu padre y mi señor guiar te quiera»
(el carro de oro, dije, el carro, ¡ay triste!,
que te costó, mi dulce bien, tan caro),
yo que de estos cansados, tristes años,
teniéndote en edad firme y crecida
pensaba tener paz crecida y firme,
ora en un mármol viéndote encerrado
no puedo imaginar otro que el verme
de ti, mi luz, desamparada y sola.»
Estos y otros mil llantos, que pudieran
a piedad conmover la inexorable

Parca, en su más cruel, rabiosa hambre,
Climene dice, el suelo cobijando
de cabellos en lágrimas bañados.
junto a la triste madre están llorando,
en círculo tomado, las hermanas
del muerto hermano el miserable caso.

Cuatro veces había la blanca luna
dado principio y fin a su corrida
que jamás cesó el llanto en la ribera,
cuando Fetusa, la mayor entre ellas,
cansada de llorar, cansada y muerta
del prolijo morir, quiso asentarse
entre la verde hierba y fue el asiento
tal que nunca jamás mudar se pudo,
porque los pies de repentina fuerza
sintió hundirse en tierra y que los dedos
en torcidas raíces se extendían;
Lampetia que esto vio, más diligente,
corriendo a dar socorro, en un instante,
lo tuvo menester para sí misma,
que del mismo accidente fue vencida;
mientras, confusa, la tercera quiere
con su mano arrancar las hebras de oro
de su cabeza, arranca tiernas hojas,
y queriendo ofender la bella cara
al verde tronco con mil ramas hiere.
Una se duele y llora, que sumirse
debajo tierra siente, y ya el hermoso
cuerpo gentil (más dino ciertamente
de estar ceñido y puesto entre los brazos
de venturoso amante que sujeto
al granizo, a la lluvia, al viento, al yelo)
indinamente en árbol convertirse.

Levanta al cielo otra los tristes ojos,
y queriendo mover los tristes pasos
los blancos miembros ve que reducidos
en uno forman tronco, y ve los brazos
en ramas dilatarse por el aire,
creciendo la corteza por defuera.
Cerrados ya tenía pechos y hombros
siguiendo un mismo efeto en todas juntas;
ellas, que esto sentían: «Socorro madre
-replican sin tardar- madre, socorro»,
mas, triste ¿qué socorro darle puede,

pues poder contra el cielo es imposible?
Requiriéndolas va con rostro helado,
muerta y confusa ya, transida y fría,
con un pasmo mortal toda temblando,
los troncos riega de abundante lloro,
los besa, los abraza, aprieta y ciñe
y los torna a besar, diciendo: « ¡Oh hijas,
hijas ¿no respondéis? ¡Ay, hijas mías!,
¿cómo os enajenáis de vuestra forma?»»

Procura de quebrar los tiernos ramos
y dellos ve salir gotas de sangre,
con mil corrientes lágrimas mezcladas:
«Cese la mano, ¡ay!, cese madre, cese
la mano que nos hiere, ¡ay!, cese madre
la mano tan crüel de tan piadosa,
y recibe, por Dios, este postrero,
último adiós: adiós, madre y señora»;
en esto la corteza más creciendo
de cada parte les cerró las caras,
de donde muchas lágrimas desfilan
que a los rayos del sol endurecidas
en ámbar se convierten claro y puro.

A tan lloroso y miserable caso,
Cigno, rey de Liguria, deudo estrecho
de la madre del mozo fue presente;
presente se halló, y un tan gran lloro
derramó por la selva que aumentaron
las piadosas hermanas del mancebo,
que luego, sin saber de cual manera,
(¡oh fuerza extraña verdaderamente
del hado inevitable que esto alcanza!
la efigie natural sintió partirse,
y queriendo llorar su suerte amarga
en lugar de la voz despide un canto
amoroso, sutil, dulce y suave,
que las riberas hinche de armonía.

El rostro de varón, que en sí mostraba
respeto y gravedad dina a su nombre,
tomó, disminuyendo de ambas partes
y creciendo en su medio, propia forma
(¡quién tal nunca sintió!) de un pico llano,
el cuello se extendió desde los hombros,
el uno y otro brazo en sendas alas

se alargaron también, quedando todo
diferente de sí con ser el mismo;
los pies se endelgazaron y cubrieron
de tierna piel sutil los nuevos dedos,
y al fin las largas canas, que en blancura
con la pluma del cisne competieran,
se mudaron en pluma, y de tal modo
que al mismo, luego, cobijaron todo,
pues él se convirtió de Cíño en cisne.
Y como aquél que escarmentado vive
del rayo con que Jove de su diestra
al mancebo arrojó, no se levanta
hacia las nubes mucho, y siempre habita,
las riberas, los ríos, fuentes, lagunas,
y en los aires de allí va derramando,
con lamentable son, dulces obsequias.

Mientras esto acontece, el triste padre,
viendo a su hijo y viendo su querida
Climene en tanto aprieto, juntamente
las hijas de su Climene en tal forma,
con un desdén mortal, furioso, esquivo,
aborrece la luz, huye a sí mismo,
niega a la madre antigua su presencia,
desdeña el cielo, el carro, los caballos,
y contra Jove estas palabras dice:
«Desde que el antiguo Caos distribuido
quedó y al mundo dio nuevo principio,
por este circular, alto, espacioso
cielo, jamás dejé, nunca he dejado
de administrar la luz que en cargo tengo,
con contino trabajo, a los mortales,
y agora que debería tras tal y tanta [...]

QUIÉN VE VENIR DE ROSAS

¿Quién ve venir de rosas coronada
la primavera con su Abril hermoso,
tras ella el seco estío, luego el ventoso
otoño, y la sazón luego nevada;
quién de mil nubes de oro enguirnaldada
la aurora ve partir del cano esposo,
y el rubio dios con paso presuroso
hacer luego tras ella su jornada;
quién esto ve que con un ¡oh! profundo

no exclame al Hacedor de tan gran mundo?

SOBRE LA CREACIÓN DEL MUNDO

Señor universal de cuanto alcanza
el cielo a rodear más eminente,
de quien jamás tratar por semejanza
pudo lengua mortal ni propiamente,
a ti, con animosa confianza
y con celo de fe viva y ardiente,
las musas, que me dan esos tus cielos,
encaminadas son con altos vuelos.

Antes que el serafín tierno y dorado,
o cualquier otro espíritu divino
del mundo angelical, fuese criado
por el inmenso ser que es uno y trino,
antes que el gran vacío fuese cerrado
de otro cielo mayor que el cristalino,
y aun antes que en el tiempo el antes fuera,
todo en su eternidad sólo Dios era.

Y no porque después quedó el gran vano
(si así puedo decir) fértil y lleno
de tantas cosas, que la excelsa mano
quiso afuera sacar del rico seno,
el infinito Dios sobremundano
quedó mayor, mejor ni menos bueno,
que el más ni el menos do la parte es todo
no se puede incluir por algún modo.

No porque el cielo su gran cuerpo extienda
tan llenamente y se dilate tanto,
ni que tan varias cosas comprenda
debajo el estrellado y claro manto,
no porque tan gran máquina dependa
de aquél que en todo está glorioso y santo,
es grande Dios, mas es tan grande el mundo
porque sin fin es Dios grande y profundo.

Sin confusión de cuerpos y lugares,
grande y profundo es Dios, alto y tremendo,
con quien el mundo y si otros mil millares
fuesen, cual éste fue, serían no siendo;
los cielos y los cuerpos sublunares

que tienen fin por él se van midiendo,
mas ¿cuál podrá jamás línea extendida
lo infinito medir que es sin medida?

¿Cómo podrá medirse y compararse
el todo al nada, el algo a lo infinito;
lo que no era al hacedor juntarse
por modo y proporción de ser finito?
Las arenas del mar pueden contarse,
medir del cielo el ancho circuito,
mas Dios inmensurable no por eso
se medirá, que excede al mismo exceso.

Es Dios capacidad él de sí mismo,
no la obra capaz de tal obrero,
sola unidad que en sí todo el guarismo
cierra y no para en número postrero,
sin término lugar, sin fin abismo,
centro de vidas último y primero,
ojo inmortal de providencia eterna,
que con sólo el mirar cría y gobierna.

Esta que veis acá, natura humana,
siempre pendiente está, siempre preñada,
de aquella excelsa, eterna y soberana,
voluntad inmortal nunca mudada,
cuyo vientre jamás dio cosa vana
por ser de un Dios tan lleno gobernada,
ni puede cosa dar que buena sea
sin este ojo de luz que la rodea.

Y como sea verdad que siempre el arte
a la natura imita en su ejercicio,
así natura en toda y cualquier parte
busca imitar a Dios con largo oficio,
y como si el artífice se parte
de la natura yerra el artificio,
así natura cuanto se apartase
del infalible Dios fuerza es que errase.

Sol, luna, cielo, fuego, aire, agua y suelo,
gozan perpetuamente de su esencia,
por no se les torcer tan sólo un pelo
de Dios la inestimable providencia;
la tierra, el agua, el aire, el fuego, el cielo,
y la luna y el sol, con su presencia

de Dios tomaron ser y el ser mantienen
con ella, el mismo al fin que della tienen.

Presente estaba Dios cuando no había
el mismo cuándo en hora comenzada,
y al sol, cuyo correr las horas cría,
mandó afuera salir del mismo nada;
mandó también salir sin sol al día,
sin quien también la yerba fue criada,
porque ni el sol ni el cielo se entendiese
cosa criar si el criador no fuese.

Tras cuya criación, con tal propuesto
obra el cielo y el sol que aunque el gobierno
tengan de este de acá, bajo, indispuerto,
cuerpo mortal, sujeto al cuerpo eterno,
es Dios el obrador de aquello y de esto,
por quien es mozo abril, cano el invierno,
y obran así como esta mano agora
que obrando yo se dice ella obradora.

Si, no siendo obrador yo desta mano,
con quien el nombre de obrador se cobra,
obrero soy, ¿cuál debe el soberano
ser, siendo el obrador del mismo que obra?;
si, sin obrar, tiene el obrero humano
el nombre de obrador que una vez cobra,
mucho más Dios, que en todo obra de modo
que siendo acto infinito obra es de todo [...]

EL JUICIO FINAL

Un cerco de oro, al cielo muy vecino
se descubre a mi ver, nuevo y luciente,
que ciñe acá y allá todo el camino
por do se muestra el sol perpetuamente,
en cuya altura (¡oh gran saber divino!)
alza un teatro la espaciosa frente,
al pie del cual labrada está una silla
por mano de la misma maravilla.

Del cielo de la luna recogiendo
materia, mil espíritus alados
la máquina de luz van componiendo

por alto y bajo, al medio y por los lados.
¡Oh soberano Dios, todo bullendo
anda el gran cerco de ángeles dorados,
de arcángeles y de otros, y de aquellos
que ríen delante Dios rubios y bellos!

Jacintos, esmeraldas y diamantes,
las nubes se me antoja que pasean
acá y allá, con yelos tremolantes
do varios resplandores centellean,
y en forma de pacíficos amantes
se juntan, se penetran y rodean,
un círculo formando con sus montes,
del cielo por los altos horizontes.

¡Maravilloso Dios!, desta otra parte
al sol y luna veo sin movimiento,
en cuya luz se mezcla y se reparte
denegrado color turbio y sangriento;
las estrellas están de la misma arte,
cesa el flujo del mar, reposa el viento,
todo en silencio está, como que espera
nueva de llanto desusada y fiera.

¿Qué es esto? A la gran madre antigua veo,
Naturaleza, estar toda turbada,
libre de amor, de instinto y de deseo,
estéril ya, decrepita y cansada;
el Tiempo sin mudanza y sin rodeo,
lleno de sí, con hoz sobre él cargada,
casi invisible y reducido en eco,
encima un tronco está caído y seco;

la Fama, cuyas alas jamás quedas
tuvo nuestra mortal caduca gloria,
rotas ya todas, roto el carro y ruedas,
roto el antiguo anal de su memoria;
los bultos, las medallas, las monedas,
las palmas y coronas de vitoria
despedazadas, sin aliento y brazos
ella, y lo della estar todo en pedazos.

Los elementos [veo] estarse dando
su calidad con dulce y tierno ruego:
la tierra allá en el centro está temblando,
el agua en llanto va confuso y ciego,

el aire entre las cuevas sospirando,
casi a sí mismo arder se muestra el fuego.
¡Oh Dios, oh gran Señor, qué desventura!
¿Pereces, o perece tu hechura?

Mas a ti, que eres acto inmenso y solo,
no puede privación jamás tocarte,
que es disolverse el uno y otro polo,
es contrario hacer el todo y parte.
¡Ay, que siento gritar, por cuanto Eolo
corre y alcanza: «Guarte, guarte, guarte»!
Mas ¿dó podré guardarme o de qué modo
de ti, gran Dios, que todo eres en todo?

Mil gentes levantar ya veo los ojos
acá y allá con rostros de difuntos,
otros pedir a Dios de sus enojos
perdón, piedad y gracia, todos juntos;
ya viene cada cual con sus manojos
de espigas, sin perder granos ni puntos,
y yo también, ¡oh Dios terrible y santo!,
en las manos me iré con otro tanto.

¡Qué larga procesión revuelve y mira
hacia un gran valle, Josafat llamado!
Los unos la esperanza lleva y tira,
los otros el temor desesperado,
entre esperanza y miedo otro sospira,
otro blasfema el ser por Dios formado;
difieren en mostrar pena o consuelo,
mas todos juntos van mirando al cielo.

Tiene, con un mirar firme y contino,
cualquiera, en un lugar, puesta la cara,
donde el gran tribunal muestra divino
la traza de su luz distinta y clara.
¡Ay mi dolor, ay áspero destino!
¿Quién me gobierna (¡ay Dios!), quién me repara?
¡Ay, que los muertos veo desde el profundo
aparecer subiendo a nuestro mundo!

¡Oh cuánto mármol veo de sepultura
que con su peso a cuevas se endereza,
cuánta en la tierra, oh Dios, cuánta abertura
por do asomada está tanta cabeza!
¡Oh cuánta variedad de compostura!

Quién a bullir, quién a encarnarse empieza,
a quién le falta el ojo, a quién la oreja
de la carne mortal podrida y vieja,

quién de sí mismo huye, y quién se toca,
juntando a la atención el movimiento,
otro prueba con voz trémula y loca
de articular el no venido acento;
éste mueve la lengua, éste la boca,
quién teme de atraer su mismo aliento,
y mientras uno se reforma y cuaja,
otro saltando va con su mortaja.

Por las venas de aquél secas y heladas
baja caliente humor de sangre pura,
otro a la muerte pide las robadas
reliquias de la humana vestidura;
buscan las calaveras descarnadas
su carne, sin horror de la natura,
los blancos huesos corren a juntarse
para de nuevo manto cobijarse.

Trábase cada cual, sin faltar pelo,
del mismo único ser que tuvo en vida,
júntase cada cual con vivo celo
al cuerpo adonde tuvo el alma unida;
toda materia vil del mortal velo
que en la misma materia está escondida,
de las trocadas formas sale y huye,
y en su primer lugar se restituye.

En carne se transforma la ceniza
y la parte exhalada en agua y viento,
como de inútil fábrica postiza,
viene cayendo al propio fundamento;
la forma accidental y advenediza
otra materia busca, otro elemento,
sin que estorbe lugar, tiempo o fortuna,
o al tránsito de cosas cosa alguna.

¡Válasme Dios, y cómo veo la muerte
con podadora hoz cortar mil vidas,
y la vida tornar más firme y fuerte
a meterse de muerte en las heridas!
¡Oh caso nuevo, oh desusada suerte,
qué de legiones veo de las perdidas,

porque salen sin cuenta y sin guarismo
millares de demonios del abismo!

¡Dios inmortal, con qué violento encuentro,
con qué rumor, con qué terrible estruendo
abre el infierno el cavernoso centro
y el vaso de dolor fiero, estupendo!
¡Cuánto alarido y voz suena allá dentro!
¡Oh santísimo Dios, qué fuego horrendo,
qué de montes de humo y llama viva
salen de la prisión triste y esquiva!

¡Qué de estantiguas veo, nieblas y horrores,
carátulas, fantasmas y visajes,
desmayos, sobresaltos y temores,
fríos de muerte, estímulos y ultrajes,
penas, calambres, ansias y temblores,
haciendo acá y allá nuevos parajes!
¡Oh día de- confusión, por quien suspira
y teme el alma, oh día de Dios y de ira!

Ya, ya la voz angélica resuena,
con su trompeta, el gran taratantara,
quebrántase la sangre en cualquier vena,
rehuye la color de toda cara.
¡Sus!, que la humanidad clara y serena
del Verbo a la sentencia se prepara.
¡Oh qué severidad muestra en su gesto!
Mas ¡oh gran Dios!, júez, propitius esto.

SOBRE EL BIEN DE LA VIDA RETIRADA

Gózate, rey, subido allá en tu alteza,
de título real de nuevo Augusto,
dilata y sube el son de tu grandeza
del cita helado al etiope adusto;
abunde el oro, abunde la riqueza,
con juicio o sin él, justo o no justo,
y, a mayor posesión mayor codicia,
haz de tu incierta ley cierta injusticia.

Ciñe la frente del metal que al mundo
desnudo al fin dejó del siglo de oro,
busca a Neptuno el seno más profundo

porque también de feudo a tu tesoro;
cuanto el planeta claro y rubicundo,
que el más florido abril goza en el Toro,
mira, te admire, y un millón de abrazos
la Fortuna te dé, puesta en tus brazos;

que, aunque te halles en Esparta o Roma,
te envío, por cierta nueva en breve aviso,
a la Verdad con alas de paloma,
desnuda cual salió del Paraíso,
en quien jamás solícita carcoma
del tiempo entró, por más que pudo o quiso:
y es que yo con mi suerte aquí me vivo,
de tu cetro y poder libre y, esquivo.

Aquí me estoy en libertad, gozando,
con dos amigos y un conforme hermano,
aquella dulce paz que deseando
está naturalmente el pecho humano;
un ángel nuestras almas concertando
va con jüicio alto y soberano,
y mezcla en tal quietud tan alto modo
que en nosotros la parte es parte y todo.

Goza de ese edificio alto y, pomposo
que va subiendo a la región del fuego,
viste de aljófar claro y muy precioso;
muy lleno de ambición, perdido y ciego,
de infinidad de mundos codicioso,
turba la paz, mueve la guerra, y luego
señala tu poder en toda parte,
dañando con industria, engaños y arte.

Busca del monte el cavernoso centro,
contrastando al poder de quien lo veda,
y rompe sus entrañas tan adentro
que el pensamiento allá llegar no pueda,
sin descubrir que al homicida encuentro
abunda de ocasión la inestable rueda,
para bajarte a más ínfimo estado
de cuanto eres en alto colocado.

Aquí me estoy do con su inmenso abismo
la gran ribera el gran Neptuno hiere,
y cuando yo comigo entro en guarismo,
lo que mi alma ordena el cuerpo quiere;

con Dios, soy freno y luz yo de mí mismo,
vive en mí lo mejor, lo peor muere,
y sin civil pasión de hábito regio,
gozo un celeste y dulce privilegio.

Fundo mi habitación en valle amena,
sobre alta piedra en un cimiento firme,
huyo la cumbre y la movible arena
do el rayo celestial pueda herirme;
los soberbios trofeos de que está llena,
por do a la eternidad pienso subirme,
las Musas son, y las que no han podido
escurecer las aguas del olvido.

Viva el tirano allá, si nombrar vida
se puede un duro y tímido recelo,
y púrpura del mar Tiro venida
los miembros vista de su frágil velo,
huya con alma inquieta y desabrida
la grave punición del justo cielo,
dése a entender que entiende cuanto ignora,
pues no es llegada aún la fatal hora.

Corre tras la ambición, ídolo tuyo,
y tras la utilidad, ánima ciega,
y ve siguiendo tú lo que yo huyo,
pues un contrario otro contrario niega,
no veas la muerte y el decreto suyo
que cuanto siembra el día la noche siega,
navega a más andar, frágil navío,
tiranizando siempre a tu albedrío;

que aquí solo me estoy, do mi liceo
me forma un capacísimo aposento
que, aunque pequeño, en él vive el deseo
rico, sin más buscar que a su contento;
la mar profunda aquí enfrenada veo,
obediente al Señor del firmamento,
do un aire fresco y dulce a maravilla
las ondas va encrespando por la orilla.

La madre universal veo que en defensa
de su jurisdicción muestra y levanta,
mediante el grande Autor que lo dispensa,
mil sierras llenas de una y otra planta;
contemplo la región del aire inmensa

y digo, ardiendo en fe gozosa y santa:
«¡Tú sólo componer esto podías,
Señor de las supernas hierarquías!»

Cuelga del mal tejido y débil hilo
que extiende en larga tela de esperanza,
tú, cortesano, y va siguiendo el Nilo,
que el nacimiento dél jamás se alcanza;
poco aprovecha el sabio y grave estilo,
el cuidado, el saber, la confianza,
que una dracma de gracia en ese oficio
te ha de costar mil años de servicio.

No hallo en ti mayor inconveniente,
para alcanzar el bien de que gozaras,
como es el merecello justamente,
porque, a no merecello, lo alcanzaras;
destierra la vergüenza de tu frente,
haz en tu cara entrar dos nuevas caras,
y así verás a ti volver la cara
de quien jamás tu cara le fue cara.

Aquí me estoy con blando, dulce y tierno
discurso de vivir; no hay quien me sienta
hacer del pecho un duro, ardiente infierno,
do el alma en vivo fuego se atormenta;
esme sabroso mayo el mismo invierno,
cualquier sazón me alegra y me contenta,
porque no puede el tiempo en el cuidado
que está do muere el tiempo colocado.

Qué sea fortuna adversa o hado ignoro,
o con qué dientes hiera la pobreza,
como a cualquier metal contemplo el oro,
sin que me altere o mueva su riqueza;
doy gracias al Señor del alto coro
por tan diversa y temporal belleza:
todo me es escalón, todo escalera,
para el Señor de la dorada esfera.

Breve y triste placer, largo tormento,
vidriosa esperanza, incierta vida,
encogido temor, tibio contento,
dura prisión y libertad perdida
tienes, amante, allá por fundamento,
con ser tú de ti mismo a ti homicida,

haciendo siempre en esta mar sin calma
de tu propio dolor manjar al alma.

Sin sentido y sin alma estar pareces,
puesto en un cierto y claro devaneo,
y de tu misma vida en ti careces,
que allá se fue a vivir do está el deseo;
contino en tu mudanza permaneces,
sólo en mudable ser firme te veo;
está tu vida, seso, alma y reposo
transformado en un vil cuerpo asqueroso.

Me estoy, libre y gozoso, investigando
la causa y la razón de Euro encendido,
por qué el alto Alacrán va desnudando
la tierra de su manto más florido,
por qué, si el Toro excelso está rumiando
hierba inmortal en su luciente nido,
nos enriquece acá nuestra llanura
de nueva y floreciente vestidura,

por qué la blanca luna sin reposo
jamás se torna a ver tal cual se ausenta,
las mudanzas del mar tempestüoso
que de sí mismo en sí crece y aumenta,
y en esta inquisición voy tan piadoso,
cuando humana razón no me contenta,
que, sin hacerme alguna resistencia,
reposo en la divina Providencia.

Tú que, entre el cielo raso y la mar yerma,
puesto de amarga muerte en las honduras,
corres, huyendo la pobreza enferma,
del polo examinando las alturas:
corre, no pares, ve, camina, perma-
neciendo siempre en tantas desventuras,
que mal podrá alcanzar tu pensamiento
al inútil madero el mayor viento.

Rabiosa fiera, ¿quién podrá enfrenarte
¿quién podrá dar firmeza a tu inconstancia,
aunque colmada ya por cada parte
tu mano esté de ilícita ganancia?;
hambrienta arpía, ¿podrás menos hartarte
desa comida vil, podrida y rancia
que, apoderado con mil bocas luego

en seca espiga, el codicioso fuego?

Tú, que en el trono del juicio tienes
un tan excelso asiento y tan famoso,
gózate en mal los usurpados bienes
del congregado foro contencioso,
urde en secreto, incita mil desdenes
con mil civiles tratos, sedicioso,
que la rogada paz ya muestra en vano
herido el pecho de homicida mano.

Haz mal juicio, da sentencia dura
por hambrienta, crüel, fiera codicia,
revuelve en pleito eterno y desventura
el mundo, con engaño y con malicia,
roba lo ajeno y ten siempre a la dura,
pues no hinchen las mares tu avaricia;
haz cuanto más quisieres, que te digo
que en el fuego eternal darás contigo.

Yo en este paraíso de mi vida
gozo siempre aquel bien que el cortés cielo
da sólo al que con fe larga y crecida,
con alto amor, con puro, ardiente celo,
tiene a su eterno Autor el alma unida,
y sin ira, temor, odio o recelo
de miserable o más contraria suerte,
gozo a pesar de error, fortuna o muerte.

Ya, ya no veo las plazas rodeadas
de soberbio, pomposo, alto edificio,
ni las medallas de oro cobijadas
ado al valor excede el artificio;
no estatuas de alabastro bien formadas
(¡oh, del humano error tan claro indicio!),
ni veo do el arte intenta y la locura
dar nueva ley de vida a la natura.

Del príncipe crüel, tirano y fiero
no me siento cargar la fiera mano,
ni el airado desdén del caballero
podrá jamás turbarme en monte y llano;
no del vulgo bestial, bajo y parlero,
ni del soberbio, altivo cortesano,
la esquividad, la pompa, el altiveza,
recelos me pondrán, ansia y tristeza.

Ya no veo derramar, de incienso ardiendo
con sacrílega mano, el humo al templo,
ni administrar la paz, tras ella, urdiendo
llama infernal que encienda al mismo templo;
no la furiosa gente andar huyendo
cual ciegas ovejas de su templo,
ni el fin por do venimos en la tierra
roto y perdido en sempiterna guerra.

No vidrios transparentes ni dorados
ni luciente cristal verán mis ojos,
no el falso adulator puesto a mis lados,
que esconde tras la flor cien mil abrojos,
no me fatigarán vanos cuidados,
muertes, ansias, dolor, temor y enojos,
y a cada viento o repentina calma
mi firmeza mudar contra mi alma.

De ¡lícita ganancia el arca llena
nunca veré, ni que en mi daño cese,
ni aquel mentir jurando, sin más pena,
como si en el mentir la verdad fuese.
¿Cuál alma endurecida o más ajena
de verdad o bondad hay que no diese,
a trueque del profano y del perjurio,
su bien o mal a estado más seguro?

No sentiré del patrimonio incierto
la cierta perdición horrible y fiera,
no al sol, al agua, al aire descubierto
iré rogando a quien mandar debiera;
aquel vivo morir tan claro y cierto
y el adular con voz tan lisonjera,
aquel buscar favor, medio y testigo,
mis pleitos entregando a mi enemigo.

No de Marte feroz, bravo, impaciente
veré la confusión, la muerte y pena,
ni veré que mi espada se ensangrienta
de propia sangre o de la sangre ajena,
ni en medio del verano más ardiente,
cuando Aquilón su helado soplo enfrena,
sin aliento, sin vida y sin sentido,
verme he de sangre y de sudor teñido.

¡Oh contrario destino ejecutivo,
cuánto nos carga tu insufrible peso,
ado se culpa el ir y el volver vivo
y al que fue sin volver loco y sin seso!
si mi libre poder del fugitivo
tiempo no hallo entre sus lazos preso,
más de una vez, con alma exenta y leda,
burlar pienso del mundo y de su rueda.

No iré buscando el solitario abrigo
muy lejos de la luz y su presencia,
del tierno hermano y del querido amigo
llorando el yerro, el caso o la dolencia,
y, en cantidad mayor de la que digo,
el breve trato y sempiterna ausencia,
y la crüel y repentina muerte
que fieramente antes de tiempo acierte.

No temeré jamás que el bel mancebo,
diligente, cortés, pomposo y largo,
un Marte en armas y en la corte un Febo,
de quien yo adoro me suceda al cargo,
ni mi esperanza, verde cual acebo,
después de un gran servir, de un llanto amargo
por el seguir la acostumbrada pompa,
será forzoso al fin que seque y rompa.

No temeré jamás ver con qué cara,
con qué temeridad libre y segura,
el que de amor el alma siente avara
dirá ser baja y loca mi tristura;
mas si la rueda al fin le desampara,
lleno de ansias, congoja y pena dura,
muy puesto viene a ver, con largos años,
su falso parecer, yerro y engaños.

No la dura abstinencia y dura pena
que el rostro esconden de tu madre honrosa,
y la caliente y derramada vena
que sale de sus ojos presurosa,
la casa de silencio toda llena
y toda al derredor triste y llorosa
verás, sin ser bastante a dar consuelo,
llena tu alma de ansia y de recelo.

Dichoso aquel pastor que a su ganado,

con dulce soledad blanda y segura,
del dulce soto al fresco arroyo helado,
sólo apacienta y harta de verdura;
dichoso tú, pastor, que en monte o prado
o donde va tu pie tras tu ventura,
lejos del mal que el bien pueda estorbarte,
no hay quien tu pie de tu ventura aparte.

Cuando esparciendo va lirios y flores
del cansado Titón la bella amiga,
y entre violetas de cien mil colores
vuelve el color a la ya muerta espiga,
cantarás al Señor de los señores,
porque alegre tu estado y lo bendiga,
mil alabanzas con humilde y llano
modo, asentado en bosque, en monte o llano.

Salir verás al Sol con clara lumbre
del aire persiguiendo la malicia,
yendo tras él, cual suele por costumbre,
mil vueltas dando y mil, su amada Clicia,
y allá del monte en la más alta cumbre,
do Febo en el subir más se codicia,
puesto entre flores mil, de mil colores,
todo lleno de luz, rayos y olores.

Después que habrá dejado la mañana
al suelo todo el bien que supo y pudo,
y que la fresca rosa húmida y cana
ya no estará de su rocío menudo,
entonces tú, pastor, con viva gana,
de tu zurrón manchado y vedejudo
el pan, la fruta sacarás, y el queso.

¡Dichosa fruta y pan, dichoso queso!
¿Qué fruta y pan ternás que no aproveche
con tanto bien al alma descansada?,
o ¿qué verás que el gusto al fin deseche
de tan süave fruta y sazónada?
Será la blanca, nueva y dulce leche
de tus cabras, pastor, por ti ordeñada,
y tomarás con muy süave gusto
lo que en necesidad fuere más justo [...]

MARTE, DIOS DEL FUROR

Marte, dios del furor, de quien la fama,
por público pregón, había salido
estar ardiendo de amorosa llama
por la hermosa madre de Cupido;
que esto así se entendió porque en la cama
los vino a hallar el cojo su marido,
y los cogió a los dos, ambos desnudos,
en una red de indisolubles ñudos.

Hizo a los dioses, de una y otra parte,
estar mirando en círculo vecino,
y ver en esta lucha al fiero Marte
preso y vencido (¡oh dulce desatino!).
Cosa de admiración, ver con cual arte
el cuerpo de la diosa alabastrino
se aovilla, encoge, encubre y se retira,
por no ser vista y ver a quien la mira;

ceñido de una hembra al dios furioso
después considerar, por otro lado,
estar cual jabalí fiero y cerdoso
que tiene el perro en monte acorralado;
tras esto el cojo andar muy querrelloso,
Venus corrida, Marte encarnizado,
con furia de relámpagos rodando
los ojos, que a Vulcano están hablando.

Mas ¿quién me divirtió de aquel primero,
de aquel mi principal y nuevo intento?
¡Ved cuánto puede un dulce y lisonjero
curso de amor en nuestro sentimiento!
Pero con todo, lo que he dicho y quiero
decir, es fabricar sobre un cimientito
de Marte y Venus. Tú comienza, ¡oh musa!,
pues decir lo que sigue no se excusa.

Bajó del quinto cielo, do preside,
Marte al tercero, donde Venus manda,
y cuanto el ancho globo en torno mide
todo lo corre, lo visita y anda;
por su Venus gentil demanda y pide,
mas nadie satisface a su demanda;
vino do estaba, al fin, un amorcillo,
en obra y vista todo cuidadosillo.

Ríese Marte en ver con qué cuidado
estaba el alcahuete de Cupido;
(pues id más cauto, dios enamorado,
que presto lloraréis de haber reído).
Casi de un grave sueño despertado,
el niño triste, como a Marte vido,
al encuentro salió con manso vuelo,
por el blando cristal del nuevo cielo.

Recíbelo en sí mismo el gran guerrero
y el pequeñuelo rostro al suyo aplica;
después, con un hablar dulce y severo,
por la madre de Amor le significa;
el ministro de Amor, suelto y parlero,
a más que la demanda el seno explica,
dando indicio de mal antes que hable
con un suspiro crudo y lamentable:

«Marte, sabrás (¡ay mi desgracia triste,
en ser yo relator de aquesta historia!)
que el día que de tu Venus te partiste
te fue como partir de su memoria;
contra el germano entre los belgas fuiste,
por más acumular gloria a tu gloria,
y la madre de Amor, do el Arno riega,
va de un sátiro vil de amores ciega.

Allá se está con él, dando y tomando
frutos de amor, mientras con mano fuerte
y en diferente oficio estabas dando
al enemigo, tú, sangrienta muerte.
Nunca se ve en el cielo sino cuando
su luz al bajo mundo el sol convierte,
y apenas llega, ¡ay Dios!, que en un momento
vuelve a la tierra presta más que el viento.

Antes que la florida y tierna Aurora
se viese en las ventanas del oriente,
sobrevino tu amiga y mi señora
a dar muestras del día más prestamente;
y ella, tras el tan vil que la enamora,
bajó del cielo como un rayo ardiente,
llevada de dos cisnes voladores
que van hinchendo el aire de clamores.

Yo no sé cómo en esto amor convenga,

siendo la perfección de todas cosas,
que un semicapro con tu Venus venga
a ejercitarse en luchas amorosas;
y dado que el bestial parte en sí tenga
con que satisfacer pueda a las diosas,
¡cuánto más vale un Marte noble y fiero
que un sátiro bestial, bajo y grosero! »

El temeroso dios, ardiente y ciego,
los dientes en la boca rechinando,
vuelos los ojos de color de fuego,
«¡Arma!» apellida «¡Arma, arma!» va gritando;
va corriendo el desdén, muy suelto, luego,
con dolor y querella acompañando
al dios furioso, que por toda parte
ira, saña y temor, de sí reparte.

Con esta priesa el agraviado amigo
de aquella ingrata más que convenía,
grata al infame sátiro enemigo,
dentro una selva entró verde y sombría,
en quien hallado un solitario abrigo,
do escasamente el sol su rayo envía,
y a pie, sin que el caballo quede atado,
corre tras el deseo, desesperado.

En un círculo entró, todo ceñido,
en forma de amenísima guirnalda,
de un ameno arrayán verde y florido,
y de rosa y jazmín la fresca espalda;
sin otra variedad, era teñido,
el suelo del color de la esmeralda,
cuyas íntimas partes están llenas
de blancas y moradas azucenas.

En medio la verdura, en pie, se muestra
de mármol una sátira desnuda,
que tal no la crió la gran maestra
entre los bosques, fiera y vedejuda;
ocupada se ve, con la siniestra
mano, la frente, por mostrar que suda,
de donde un claro humor sale y gotea,
que de líquidas perlas la rodea.

Al otro lado parecía la hija
de la graciosa sátira, escurriendo

del muslo de la madre una vedija
y a boca abierta el agua recogiendo;
con sus piernas de cabra se enclavija
por las maternas, que agua están corriendo,
do, con la pena que mostrar pasaba,
menudo aljófara de agua la mojava.

Poco Marte curó tan nuevo encuentro,
que todo a su mirar tinieblas era,
y penetrando un poco más adentro,
¡ay, que más vido, más, que ver quisiera!
La tierra, cuyo pie firme en su centro,
no está tan inamovible y tan entera,
sobre sí misma, como en un instante
queda inmóvil y firme el triste amante.

¡Dura vista crüel, que por los ojos
y las orejas entra al alma y hiere
y trae consigo muertes a manojos,
muertes que muerte dan que jamás muere!
¡Ay, dura tiranía, fieros enojos,
mortal verdad tras quien no hay qué se espere!
¡ay, ay mil veces, ay, dolor eterno,
dolor que espanta al mal del mismo infierno!

Del tan furioso dios la grave pena
jamás lengua mortal sabrá exprimilla,
por más que tenga larga y fértil vena,
pues ni aun bastó el sentido en sí a sentilla,
mas lo que obrase de ira el alma llena
no es cosa al relatar baja o sencilla.
Y paso con mi pluma a los afetos
de Amor y a varios mil nuevos efetos.

Cuentan los antiquísimos anales,
de aquél cuya cerviz sostuvo el cielo,
por ciego amor pasado haber mil males,
desdichas, confusión, angustia y duelo;
fue domador de fieros animales,
mas hízole mudar costumbre y pelo
el ardiente, de amor, ciego apetito
por la hija gentil del muerto Eurito.

Pues le señoreó de tal manera
el alma al triste que, por dalle gusto,
sin pensar lo que hacía, ni ver quien era

(¡oh afeto de vil hembra, en todo injusto!)
aunque con vista desusada y fiera,
mandó que hiciese al gran varón robusto,
vestido de sus paños mujeriles,
oficios mil de mil mujeres viles.

Más de una vez, el corche, no pudiendo
la fuerza resistir, del pie membrudo
Hércules le arrojó, con brazo horrendo,
do por el aire apenas verse pudo;
su tirana después ante sí viendo,
parábase encogido, triste y mudo,
y si el chapín se mueve o descompone
como león a regañar se pone.

Tan alto era el jayán que desde el suelo
en las más altas cumbres se arrimaba,
y el águila cogía pasando a vuelo
si la mano robusta al aire alzaba;
cuando en el mal peinado y largo pelo
de la gran barba el fiero viento daba,
un estruendo hacía cual selva espesa
que animoso Aquilón desgaja y mesa.

Y la crüel, con ira y saña brava,
llena de ferocísimos denuedos,
sobre él un fiero azote descargaba
(que está lleno de angustias y de miedos)
cuando por su mandado ejercitaba
los tan robustos y feroces dedos
en el hilar; ¡oh dino oficio, cierto,
de un varón tan valiente y tan experto!

A veces en el ancho y duro cuello
sarta de aljófar pone luminoso;
al sol está peinándole el cabello
como de jabalí fiero y cerdoso;
los miembros llenos de erizado vello
de púrpura cubría manto precioso,
con su meome cinto y sus cercillos,
su escofia, su cadena y sus anillos.

Tantas le viste flores que parece
galán competidor de abril y mayo;
de riquísimas joyas le enriquece,
con nuevo y cada día más rico ensayo;

después le ofende, azota y escarnece,
y él, cual caído en un mortal desmayo,
la contempla, la mira, sufre y calla.
¿Efeto igual de amor déste se halla?

El macedonio rey, temido mozo
que cuanto puede ver sujeta y gana,
lleno de un natural, dulce alborozo,
por única mujer toma a Roxana,
y cubre con vilísimo rebozo
el dar por reina al reino una persiana;
y en solo esto decir firme se estriba
que Aquiles se juntó con su cautiva.

Curio, Cornelio, Gallo, y también quiso
Nestorio, allí morir do vivifica
natura, como en propio paraíso,
este velo mortal que en sí fabrica;
ni el humano saber tiene en sí aviso
contra el amor, ni bien se fortifica
de podelle huir, si armado viene,
que imperio sobre el mundo en sí contiene.

En Frigia Aquiles, César en Egipto,
en la Pulla Anibal, Demetrio en Grecia,
dejan de infamia un gran proceso escrito
por este mal que tanto el mundo precia;
Amón con su Tamar cae en delito,
Tarquino deja el reino por Lucrecia,
Europa y Asia, con armada mano,
combaten la lascivia de un troyano.

Con sincopada voz, yelo y calambre,
sigue Eco a su Narciso vuelto en lirio,
libra a Teseo con guiadora estambre
la que sintió de amor nuevo martirio;
yerba, yerba también, yerba, sin hambre,
come, come el señor del cielo imperio,
la hija de Agenor cuando en Fenicia
robó, Jove robó, con gran malicia;

Europa digo, Europa, que en la orilla
roba del mar el que la mar y el cielo,
con un volver de vista alma y sencilla,
rige y enfrena, y todo el bajo suelo.
¡Oh cómo colocó su cetro y silla

sobre la majestad lascivo celo!;
¡y cómo el fuerte brazo no hay quien tuerza:
saber, valor, poder, ser, honra y fuerza!

Cúbrese aquel que al sol da curso cierto,
aquél que todo manda y todo hizo,
de toro, ¡oh Dios!, de toro se ha cubierto,
un vergonzoso, vil, manto postizo.
¡Oh para tan gran dios gran desconcierto,
con que ensució su ser casi y deshizo!;
mas guarda (extraño caso) aunque sea toro
el dino de su ser y almo decoro.

Alza con frente larga el cuello breve,
sin espantosa vista, áspera o fiera;
hasta el ancha rodilla extiende y mueve,
jugando acá y allá, la gran papera;
lúcido y blanco el pelo, como nieve,
muestra el señor de la estrellada esfera,
y de nuevo cristal despunta el cuerno
cual nunca Libia vio nevado invierno.

Párase a veces humilmente altivo,
y con ojo contino, manso y puro,
claro y de dinidad, lozano y vivo,
la mira y nunca escarba el suelo duro;
luego donde ella está mueve el lascivo,
muy paso a paso, paso, y con seguro
rostro ella un poco espera y luego el paso
no pasa o aleja dél, ¡oh extraño paso!

El aire con bramidos rompe luego
Jove fingiendo y sin fingir suspira;
maravíllase Europa del sosiego
y sentimiento que en el toro mira;
la yerba arranca y con dudoso juego
en forma de una pella se la tira,
tómala el toro con golosa boca
y sin comer la lame, besa y toca.

Con más seguridad Europa empieza
y trata al animal sabio y mañoso,
que nueva yerba arranca y descabeza
para ofrecerla al toro mentiroso;
él con la lengua, el cuello y la cabeza,
se extiende mansamente al don gustoso,

y mientras ella el pie y el brazo extiende,
él sobre el pecho carga y se suspende.

El pie derecho ella adelante crece,
dejándose el siniestro a media vuelta,
y cuando con temor la yerba ofrece
casi en huida está, ligera y suelta;
cuanto se acerca más, más la apetece
el toro; en esto ella la yerba suelta,
torna de nuevo el engañoso y brama,
y en el bramar casi la nombra y llama.

Al fin, de Europa el pecho asegurado,
por nueva yerba inclínase en el llano
y al encubierto dios enamorado,
segura ya, la da con rostro humano;
su don recibe el toro bien criado,
lamiéndola, al tomar, la blanca mano,
con arte y con destreza tan bien hecha
que de querer morder no da sospecha.

Luego ella, con el cinto que llevaba
queriéndole ligar, gozosa y diestra,
como alcanzar no puede, desataba
la pierna, que el marfil precioso muestra,
y con el cenogil que bien se ataba
hecho más largo el paso, lo encabestra,
poniendo un lazo al no domado cerro,
y él va tras ella cual tras amo perro.

La frente le enguirnalda y da tributo
de nueva yerba, y canta y ríe, como
no sabe que la risa en triste luto
se ha de volver y el oro alegre en plomo.
Échase luego en tierra el toro astuto,
súbesele ella luego sobre el lomo,
y así le va palpando por delante
al inmortal disimulado amante.

Muy poco a poco el toro se levanta,
el paso desleal moviendo apenas;
ella sobre él se asienta y no se espanta,
aunque del mar ya sella las arenas;
ya por el agua va, ya se adelanta,
ya corre, ya las ondas ve más llenas,
ya teme Europa, fuerza es ya que moje

los pies, que a más poder sube y encoge.

Ya en el profundo humor caer se deja,
con espantoso estruendo, el noble toro,
ya se estremece Europa, y duele y queja,
el son le espanta ya del mismo lloro;
ya Céfiro, entregado en la madeja
del húmido, ondeado y sutil oro,
contraria vela hace al fiero pecho
del toro, que a Favonio está derecho.

Al fin, con aura fresca y muy quieta,
que serena quietud promete y larga,
levanta el toro inquieto el agua inquieta
por la yerma del mar llaneza amarga;
en la isla después llegó de Creta,
libre y segura, la engañada carga,
do, envuelto el dios con ella en forma de hombre,
tercero nombre al mundo dio su nombre.
De un plátano crecido se enamora
Jerjes, y sube en él cual más alcanza,
le contempla, le mira, antes le adora
como a su fin y bienaventuranza,
se inclina y se le humilla hora por hora,
y él jamás de su ser hace mudanza,
que de tan feo amor, de vergonzosa,
Naturaleza se mostró llorosa.

Al mismo Amor, de Praxiteles obra,
ama el rodiano Alquidas. ¡Ved qué amores!
¡Cómo un ardiente Amor causa zozobra,
aunque de tan vilísimos ardores!
Otro con Venus Gnidia fama cobra
de adúltero, en un mármol sin colores.
Fue discurso fatal de los destinos,
que dioses los publica adúlteros.

Amó en Carpacia a un ganso un citarista;
tras un delfín un mozo va en Corinto;
tiene Pigmaleón por dulce vista
un labrado marfil vario y distinto;
Pasífae con un toro se conquista
el hijo que dio nombre al laberinto;
Statio de un feo amor ardió, y el cano
Cratis, viejo pastor sibaritano.

Este vivo apetito no tan sólo
vive en la compañía del alma nuestra,
mas vese flor que al rayo va de Apolo
siguiendo acá, mientras allá se muestra,
y cerrando su luz tras nuevo polo
se cierra ella también con triste muestra,
y apenas torna el sol hasta el oriente,
que abierta la veréis, fresca y luciente.

Estrellas hay que beben la influencia,
unas a otras, con aspeto eterno;
aquella que en su fija residencia
sigue el piloto el más helado invierno,
dulce también de amor correspondencia
se hurta, y comunica afeto tierno
entre el acero y quien lo llama y tira
a su causa mirar, donde ella aspira.

También se ve venir el rico Alfeo,
de claras aguas lleno, a su Aretusa
siguiendo, tan adversa a su deseo
que huyendo dél su amor niega y rehúsa,
y él, con nuevo y larguísimo rodeo,
sigue a su fiera y tan crüel Medusa,
por aquel tan dorado y rico lecho,
hasta besar desta su ninfa el pecho.

Allí reposa, allí se mezcla, y puestas
deja en la mano de su bien las riendas;
la fria sazón, las polvorosas siestas,
le dan dulce placer, sin más contiendas;
muéstrale allí de las Olimpicas fiestas
mil ricas, que le dan, bien vistas prendas,
y allí le son los cerriones fieros
suaves y apacibles compañeros.

Pues ¿qué hará en el alma sensitiva?
¿Cuánto será el ardor desta gran llama?
Con frente enarbolada y fugitiva,
sigue el nuevo gacel la tierna gama;
tras la manchada tigre, amiga esquiva
va, y el torillo tras la que más ama;
corre el rojo león, medio desnudo,
tras su leona, fiero y vedejudo.

El lagarto escamoso, que en Egipto

dentro al cañaveral su sangre apoca,
suele, en sintiendo el bailador chorlito,
al aire esparramar la aguda boca:
allí de la inquieta su diavito
tiene, le come allí, le escarba y toca,
cual mondadiente, y la reliquia asida
(¡oh poderoso Dios!) de su comida.

La víbora sagaz, de manchas llena,
da, con delgado silbo, a la marina
su voz, llamando con cuidado y pena
al amador que el cielo le destina,
y resbalando en la menuda arena,
por apartada parte o más vecina,
a la orilla del mar se descobija,
llama y, a más andar, sigue y aguija.

De la pintada sierpe maliciosa,
tan desigual de especie, se enamora
la gallinera zorra tan tramposa;
por el tonto zorzal la mirla llora;
con su rueda el pavón de oro vistosa
tras la paloma vuela en toda hora;
y al fin la tortolilla, como un rayo,
sigue al parlero y verde papagayo.

Tiembla el caballo altivo y generoso,
como su propia voz, si cerca aoja
la yegua y, con el cuello alto espumoso,
brinco, bohordo, salto y coz arroja;
rompe las sueltas fácil y animoso,
vuelan las crines, corre, y más se enoja
cuanto más corre, ensancha las narices,
encaramando orejas y cervices.

Se empina, se revuelve, entrega al viento
la sesga cola y cerdas ondeadas;
saca del cuerpo un caluroso aliento,
de sus, dando señal, llamas cerradas,
cuyo furioso y libre movimiento
despeñaderos, montes ni quebradas,
de valle, río profundo o risco erguido,
jamás pudo enfrenar ni ha detenido,

El cual, si acaso otro caballo entiende
que aspira a triunfar de sus despojos,

con manos altas trisca, sopla y hiende
el aire, por do van yerbas y abrojos,
sacude, y cual relámpagos enciende,
acá y allá, los vengadores ojos;
al relincho que da tiembla la tierra,
casi diciendo en él: « ¡Sus, guerra, guerra! »

El casquillo emplomado, que desvía
las hogueras de amor, dicen que, siendo
el plomo de natura helada y fría,
do el sétimo planeta va influyendo
(con quien calvo orador Venus pedía
-della, digo- el metal ir constriñendo),
muestra que el melancólico terrestre
es fuerza que en amor flojo se muestre.

Dicen también que el oro al hombre inclina
a amar, y es porque el sol, con luz serena,
en los veneros de oro predomina,
do engendra la estimada y rubia vena;
y más de que a la complexión sanguina,
sujeta estando al sol, Cupido ordena
herir con oro, por mostrar que luego
arde el sanguino en amoroso fuego.

Pero si el oro al pecho que desama
en sí forzosamente a amar induce,
del oro es, no de amor, la noble llama
que se apodera en él, vivo, y trasluce.
Después amor, cual de su tronco rama,
del amado metal su ser produce,
cuya vital cesando alta influencia
luego se muere amor de vil dolencia.

¿De vil dolencia amor? Pues si dios fuese
Amor, grande impiedad, cosa terrible
sería decir que un dios se produjese
de elementada masa corruptible,
y que siendo inmortal se corrompiese
de su morir la causa producible.
Mas, porque dios no es, por sí no vive,
y ser y aumento de otro ser recibe.

Con ramo de oro descendió el troyano
hijo de Anquises al tartáreo suelo,
y a Cerbero, el gran can, humilde y llano

luego volvió, con amoroso celo;
con las Furias, también, no quedó vano
de obra el metal que da mayor consuelo,
y entre la gente inhospedable y ciega
regalo y caridad no se le niega.

Detuvo el oro a la invencible planta
de la hermosa amiga de Esqueneo,
que, vista al suelo, como a cosa santa
se le humilló, de amor lleno el deseo;
Hipomenes por él de su Atalanta
pudo gozar; por él nació Perseo,
contra la espectación del rey argivo
(que él al más bajo sube y hace altivo).

Cuando con nubecilla reluciente
del sexto cielo acá bajó la estrella,
en lluvia de oro líquida y corriente
se está de Acrisio la real doncella;
la cual, viendo caer tan blandamente
el granizo gentil que da sobre ella,
las faldas alza, y mientras hinche el seno
halla de un nuevo hijo el vientre lleno.

Propuso y declaró después alguno
esto significar que, siendo el cielo
agente al producir siempre oportuno,
la imitación le dan del mortal velo,
pues aun en el humor del gran Neptuno
también asiste el productivo celo,
a do Venus nacer muestra, y describe
que en todo el radical húmido vive.

En todo vive esta apegada Furia
y todo en todo Pasa y se transforma:
hasta en el ángel hay santa lujuria
de pegarse al autor por quien se informa.
Natura contraer no puede injuria
si a la materia da su noble forma,
de quien recibe y da la madre antigua,
dulce y eternamente, vida amiga.

La cual, por conseguir prenda segura
deste su proceder perpetuo y vivo,
dio (¡ved qué gran saber!) tanta dulzura
al ímpetu dulcísimo lascivo,

haciéndole (¡oh de madre gran cordura!
tan dulce como breve y fugitivo,
porque aquel gusto a dar vida nos lleve,
y quede en el dador, por ser tan breve[...]

Ardiente invierno, helada primavera,
dañosa caridad, bestial aviso,
pacífica discordia y paz guerrera,
gozoso infierno y triste paraíso,
presente ya pasado que se espera,
querer que no queriendo quiere y quiso,
incluye en sí, con largo laberinto,
éste, aunque tan natural, tan ciego instinto.

Pena, llanto, inquietud, ciego cuidado,
sobresalto, desdén, fácil engaño,
sospecha, ansia, temor, gozo turbado,
vil fe, salud incierta y cierto daño,
lamentable reír, temor osado,
contagioso mal, nuevo y extraño,
es la infelice y bien compuesta turba
desta Esfinge crüel, que el mundo turba

RESPUESTA A COSME DE ALDANA

Respuesta a Cosme de Aldana, su hermano, desde Flandes

En amigable estaba y dulce trato,
trato amigable y dulce si amigable
y dulce trato ser llamado puede
cosa que, ausente vos, venga a ofrecerse,
cuando, sin advertir, hete en el alma
un trueno disparar, hete que veo
un relámpago dar con presta vuelta
inusitado asalto a la memoria.

El sentido exterior quedó turbado
luego el común revuelve las especies
y a la imaginación las da y entrega,
la cual, después, con más delgado examen,
hace a la fantasía presente, y luego
de allí van a parar dentro al tesoro
de todo semejanza inteligible;
en esto el puro sale entendimiento,
casi vestido sol de rayos de oro,

y en torno ve bullir, gritando: «¡arma, arma!»,
ídolos, simulacros y fantasmas;
irradia y resplandece con su llama
clara y espiritual sobre ellas todas,
y en breve recogió de todas ellas
la información que dio sosiego al alma.

Sabido, pues, que luz, que trueno y furia
es la que así pasó, fue que allá dentro
la voluntad pidió con gana ardiente
a la memoria alguna especie amiga
para tratar amores y regalos;
dióle, ¡gran Dios!, la rica tesorera
la imagen dulce y cara de mi Cosme.

Apenas vio mover la cara imagen,
esta que digo aquí tierna amadora,
del ángulo interior do fija estaba,
que, sin más esperar que le acudiese
entre los brazos quieta y bien compuesta,
descomponiendo cuanto está delante,
vino a arrojarse desaladamente
cual nadador que arroja el pecho al agua:
el ímpetu ¡qué fue (ved lo que puede
ardiente voluntad), que allá en las celdas
más íntimas se entró de la memoria!

Esto que venlas claras semejanzas,
como al rayo del sol átomos, corren
a la amorosa huésped y señora,
y quiere cada cual ser su querida,
mas ella, despedida al fin de todas,
en el lugar do vuestra imagen vive
dejó tanto de sí, que si acontece
estar mi voluntad con otro objeto
(que sin el vuestro pocas veces pasa),
en su lugar os ama y tiene en acto
de amaros la memoria de continuo.

Esto fue cuanto las potencias más
sintieron allá dentro y los rumores
que habéis oído. Mas volviendo el paso
a mi primer lugar, digo que estando
en trato de amistad sabrosa y dulce,
como esto que sentís me tocó el alma.
Arrebatado, acelerado y presto,

sin despedirme y sin usar crianza
de lengua, mano o pie con los que estaban
en círculo conmigo, yo me parto;
siento detrás gritarme: «¡Aldana, Aldana!»,
mas la imaginación, con la presencia
de vuestro nombre, dijo: «¡Cosme, Cosme!».

Al fin, venido aquí, tomé la pluma
para extender con más limado estilo
tanta del alma alteración secreta,
mas ¡ay, que mil y mil, mil y mil vueltas
hice principio, y cuatro mil, tras ellas,
borré el principio que sin gracia entraba!

¡Oh dulce musa mía!, ¿cómo y qué es esto?
Pues cómo, ¿no solías, mi dulce musa,
de aquel celeste ardor toda inflamada
con que a tu Galatea fuiste agradable,
cantar tan dulcemente que juraba
la misma Galatea sobre sus ojos
(¡oh dulzura especial de juramento!),
so pena de perdellos, que no había
musa oído jamás de mejor gusto?

Y bien me acuerdo yo que allá en el monte
y allá en el valle, a la ribera de Arno
(¡ay monte, ay valle, ay Arno, ay mi ribera,
cómo vivo yo aquí lloroso y triste!),
delante de mi Hernadio, cara prenda
del alma mía, delante de mi Cosme,
delante de mi Silvio y de mi Arceo,
solía cantar mi musa tan süave
que todos me decían: «Pastor Aldino,
¡viváis, podáis vivir mil y mil años!»

En fin, en fin, la tenebrosa noche
salió de aquel dorado y claro día,
y como allá dejé la mejor parte
de mí, de amor, del tiempo y de fortuna,
allá quedó también, con bienes tantos,
la musa. ¡Oh musa mía!, pues calla, queda,
queda, quédate en paz, que aún pienso en breve
darte un millón de abrazos y de besos.

Por tanto vos, mi Cosme, no toméis
admiración de ver cuán torpe y rudo,

cuán áspero, cuán bajo y cuán trocado
se os da el entendimiento en esta carta,
la cual sólo escribí por daros cuenta
de la salud que, Dios loado, tengo
más firme y más en sí que jamás tuve.

Aquí me estoy con mi señor y amigo
(puédolo así llamar, pues tal se muestra)
gozando de mirar cómo me mira
con ojos de verdad, de amor y gracia.
¡Oh, si mi estrella en algún tiempo hace
que viva con más paz y más reposo,
oh cómo pienso, oh cómo, inmortalarme
con el nombre inmortal de este gran hombre!
La vida que ora paso aquí no es otra
que trafagar en esta corte ibera.

¿No veis, ¡válgame Dios!, cuán cortamente
os vengo yo a decir que, estoy en corte,
como si fuese alguna cosa corta
para poder meterse en breve carta?
No quiero entrar en este abismo y centro
oscuro de mentira, en esta inmensa
de torpe vanidad circunferencia,
que nunca acabaría. Baste deciros
que no puedo pasar de aquí adelante,
que al fin vine a parar do no hay plus ultra,
pues me puedo alabar que he sido y soy
paje, escolar, soldado y cortesano;
no que por esto infiera alguna parte
de aviso en mí, mas por mostrar que halla
cualquiera mal aquí su extremo y cabo.

Ni me quiero alargar, Cosme süave,
a describir esta región do vivo,
do en un cerco solar de un año entero,
menos tan sólo un mes, yo nunca he visto
la serena del sol cara sin nube.
Y si por suerte el velo húmido y negro
de sus ventanas abre algún resquicio
por do un rayo de luz se muestre al suelo,
en pago de merced tan transitoria
vuelve a cerrarse y con vapor más grueso
nos carga, de manera que al sol mismo
llega la opacidad que sube en alto
sin que la luz de allá se lo defienda.

¿Puedese más decir sino que cuando
despido el salso humor yo de mi boca,
antes que llegue al suelo, ya en el aire,
va congelado en cuerpo espeso y duro?
Cierto yo no sabría deciros cómo
tanta, viviendo aquí, salud poseo;
debe, debe de ser que aquella santa,
aquella santa, aquella casta y pura
lengua de mi piadosa engendradora
(¡oh bendígala Dios millar de veces!)
siempre estará pidiendo al Rey eterno
el bien que yo por mí no he merecido.

¡Oh cómo, oh cómo os veo, señora mía,
delante arrodillada de la imagen
del sumo Redentor crucificado,
los ojos enclavando en las heridas
causadas de mi culpa, con las manos
juntas, así decir toda llorosa:
«¡Hijo eterno de Dios, pues que tú eres
salud universal, camino y vida
de nuestra salvación, salva y conserva
en próspera salud a mi Francisco!»

No más, no más, señora, estas plegarias
cesen y tantas lágrimas calientes,
que del supremo Rey del paraíso
ya siento, ya, el favor que estáis pidiendo.
Así permita su bondad inmensa
en méritos traerme que yo pueda
la voluntad mostrar que dentro os hace
humildes sacrificios de obediencia.
Mas ¿qué podré hacer, puesto que haga
cuanto al poder mortal sea más posible,
que a vuestro merecer poco no sea?

En fin, mi Cosme, digo que me hallo,
en tan mala región, tan sano y bueno
que apenas creo lo que en mí mismo siento;
y porque mi salud vive en la vuestra,
un secreto os envió, cierto y probado,
a vuestro mal, a vuestra angustia y pena:
el gran remediador de todos males
haga el presente a mi deseo conforme.

Guarde el mismo Señor vuestra persona,
muy querida de mí, por muchos años
y os dé cuanto yo os quiero y merecéis.
A diez de marzo, y hecha aquí en Bruselles,
mil y quinientos y sesenta y ocho.
El que en verdad os precia, ama, y desea,
vuestro Francisco, aunque de Aldana sea.

CANCIÓN A CRISTO CRUCIFICADO

Si al pie de vuestra cruz y a vos en ella,
antes que se os arranque el alma santa,
os presento, Señor, la canción mía,
es porque tal morir parece estrella
que por curso divino se adelanta
por mensajera de la luz del día,
y es tanta su alegría
que rompe los ñublados más oscuros
cuanto la compasión a los más duros
pedernales deshace.
¡Tanto enternece y tanto satisface!

Y si, estando muriendo, mis canciones
sin tiempo os parecieren y pesadas
y libre proceder, por nuevo modo
no dejéis de escucharme mis razones:
haced cuenta, Señor, que son lanzadas,
que día es éste de sufrillo todo;
haced cuenta que el lodo
os arrojo a la cara y estad quedo,
que cuando yo lo doy, doy lo que puedo;
vos habéis de esperalle,
pues manos no tenéis para quitalle.

No me os podéis huir porque esos clavos
que os cosen a ese palo me aseguran
que me habéis de esperar, aunque me tarde;
bien sabéis vos, Señor, que los esclavos
en el servicio y el trabajo duran
sin saber qué es mañana ni qué es tarde;
y pues que tanto arde
la llama poderosa en ese pecho
y en vos por mi defensa tanto ha hecho,
no acabará tan presto,
y ella os hará esperar en ese puesto

Si estáis desconsolado y afligido,
afligido esté yo y desconsolado
(y no por comparar males a males),
pero poned los vuestros en olvido,
y más os duela mi menor cuidado
que los mayores vuestros y mortales,
y pues sentir los tales
no tuvo otro principio sino éste,
aunque la vida mi remedio os cueste,
pues vos os ofrecistes,
veréis y veré yo lo que quisistes.

No me torzáis el rostro, estadme atento,
que están esas espinas de mi parte
porque no os retiréis hacia el madero;
mirad que es peligroso el aposento
y que os penetrarán de parte a parte
si procuráis huir de lo que quiero;
y pues que vos, primero
que nadie os las pusiese, os las pusistes,
en premio del amor que me tuvistes
muriendo por amarme,
no os queráis hacer mal por no escucharme.

Si hubiese de tomarse la medida
de las quejas, Señor, en los dolores,
las vuestras de razón fueran primeras,
mas aunque vos perdéis por mí la vida,
os tienen de quedar otras mayores
de muertes y trabajos extranjerías,
aunque las verdaderas
perdidas con razón pueden llamarse
adonde llega todo a rematarse;
y si es vuestro tormento
mayor, es muy menor mi sufrimiento.

Y pues os he ganado por la mano,
que vos morís callando y yo me quejo,
prestadme vuestra oreja piadosa,
que cuando vos habléis como hombre humano,
vuestras palabras me serán espejo,
y las advertiré cosa por cosa;
y si en la poderosa
fuerza con que saldrán de aqueja boca
una de siete el corazón me toca,

yo os mostraré en mis ojos
si siente el alma bien vuestros enojos.

Y pues os veis cercado de enemigos
que con vuestro morir satisfacellos
no podéis, en sus iras, ni aplacallos,
por flacos que seamos los amigos,
no es agora buen tiempo de perdellos,
perdiendo vos la vida por ganallos;
mejor es empleallos
en este funeral y triste día,
que aunque no soy Josef de Abrimatía
ni tengo tanto unguento,
podré llorar en vuestro monumento.

Madre tenéis, Señor, desconsolada,
que aunque no pueda yo dalle consuelo
por siempre la piedad es admitida,
y aunque queda de Juan acompañada,
compañía será mi desconsuelo
y en dolor tanta lágrima vertida;
por esto, Rey de Vida,
pues supistes librarla de la muerte,
con escucharme vos, haced que acierte
a no apartarme della,
que a falta de ese sol no hay otra estrella.

Virgen, aunque serviros no merezco,
yo os consagro y ofrezco
esta canción, de lágrimas bañada,
que aunque iba a vuestro Hijo enderezada,
vilo tan maltratado,
que terno que tardé y habrá expirado

TERCETOS ESCRITOS A UN AMIGO

Mientras estáis allá con tierno celo,
de oro, de seda y púrpura cubriendo
el de vuestra alma vil terrestre velo,

sayo de hierro acá yo estoy vistiendo,
cota de acero, arnés, yelmo luciente,
que un claro espejo al sol voy pareciendo.

Mientras andáis allá lascivamente,

con flores de azahar, con agua clara,
los pulsos refrescando, ojos y frente,

yo de honroso sudor cubro mi cara,
y de sangre enemiga el brazo tiño
cuando con más furor muerte dispara.

Mientras que a cada cual, con su desiño,
urdiendo andáis allá mil trampantojos,
manchada el alma más que el piel de armiño,

yo voy acá y allá, puestos los ojos
en muerte dar al que tener se gloria
del ibero valor ricos despojos.

Mientras andáis allá con la memoria
llena de las blanduras de Cupido,
publicando de vos llorosa historia,

yo voy acá de furia combatido,
de aspereza y desdén, lleno de gana
que Ludovico al fin quede vencido.

Mientras, cual nuevo sol por la mañana,
todo compuesto, andáis ventaneando
en haca, sin parar, lucia y galana,

yo voy sobre un jinete acá saltando
el andén, el barranco, el foso, el lodo,
al cercano enemigo amenazando.

Mientras andáis allá metido todo
en conocer la dama, o linda o fea,
buscando introducción por diestro modo,

yo reconozco el sitio y la trinchea
deste profano a Dios, vil enemigo,
sin que la muerte al ojo estorbo sea.

AL DUQUE DE ALBA

Sale del claro albergue de oriente
la nueva alba gentil, como solía,
con manto de cristal rico y luciente,
de su mismo frescor nevada y fría,

con cuya de marfil bien vista frente
se muestra el rubio autor del claro día
casi en trono de luz, más apartado,
tras quien sale él después, puro y dorado.

Venía del sol la tierna embajadora
lloviendo húmido aljófara matutino
entre la yerba, y señalando el hora
que su descanso deja el peregrino,
cuando en cabello, alegre, la pastora,
cubierto de oro el cuello alabastrino,
de flores a colmar sale su falda,
para después tejer fresca guirnalda.

Saluda el ruseñor con dulce canto
la ya presente y venidera lumbre,
despójase del triste y ciego manto
del monte umbroso la empinada cumbre,
deja la tierra el encogido espanto
que dio su tenebrosa pesadumbre
al aire, el cual después más comedido
tórvalo al rayo a dar della impedido,

cuando volviendo el alba clara y pura
sus ojos, que tenía como de yelo,
hacia el poniente, do la noche oscura
huyendo fue con presuroso vuelo
(mas ¿quién vido jamás tal aventura?),
viose otra alba alumbrar todo aquel cielo
otra alba digo, pura y plateada,
de sí misma venir toda adornada.

Vuelvo, otra alba, a decir, de otro sol nuestro,
que del cepo real de Austria nos viene,
ministra y guía, cual de otro sol, os muestro,
otra alba tal que allá su mando tiene,
con agüero inmortal, felice y diestro;
del ocidente ves cual sale, y viene
más rica de la luz del sol Segundo
que ella del celestial que alumbró el mundo

Y presentada encima el horizonte
de nuestro cielo al oceano mira;
mira y descubre en torno al mar y al monte
la clara alba asomar que el mundo admira.
El de las Musas padre y de Faetonte

conoció luego do el gran golpe tira,
y vuelto al alba, que llorosa estaba
de esta otra alba gentil que ya asomaba,

cual rica piedra en trasparente vaso
muestra el valor. la luz y la excelencia
que en la virtud está, no a suerte o caso.
«Permite la divina providencia
que salga, cual tú ves, del patrio ocaso
(dice) al fiero Aquilón con su presencia
no es mucho, y que cual sol alumbre el suelo
y le admire y le invidie el alto cielo.

Y dél casi florida primavera
la antigua madre goce con su vista,
debajo quien verá la gente ibera
la de Aníbal acá región no vista.
La tierra le abrirá fácil carrera,
cosa mortal no habrá que le resista,
y veo dejarse atrás con fuerte mano
al Medo, al Tracio, al Belga, al Africano.

Ésta de cuya luz, cuyo sujeto,
de cuya autoridad todo se enfrena,
y en cuya forma está todo al respeto
que toda tempestad de allá serena,
hará que cuanto ve le sea sujeto,
que esto el gran sucesor de todo ordena,
y al fin alba y ministra, ¡oh gran destino!
será del sol terreno y del divino.»

Vio como al parecer de esta alba clara,
la noche, que del aire ella ahuyenta,
por la opósita luz se firma y para
con vista tenebrosa y soñolienta,
y vio que ya volver la negra cara,
hacia do el nuevo sol hiere y calienta,
querría, por ser mayor la luz agora
que la que atrás mostró la blanca aurora.

Como esto el alba vio, toda alterada,
llena de novedad, con priesa y furia,
vuelve la frente al sol de oro bordada,
teñida de color viva y purpuria,
y en alta voz, con lengua apresurada,
muestra presente al sol su grave injuria,

diciendo: « ¡Oh celestial ojo sereno,
ven, corre, acorre, suelta, alarga el freno!

Alarga el freno, ¡oh rey del cuarto cielo!,
que tu tardanza, ¡oh sol!, me ofende y daña,
verás otra alba acá dar luz al suelo,
ministra de otro sol que alumbra España;
verás la noche en su callado yelo
huir de la región do el Tajo baña,
y acompañada de funestas aves
pretende en ti cerrar sus nieblas graves.»

Esto que entiende el sol, sobre los cuellos
de sus caballos deja el freno, y luego
encima rodeó de los cabellos
un duro azote, al parecer de fuego,
el cual después caer dejando en ellos
y renovando el fiero, áspero juego,
(cierto que a la verdad pelo no faltó)
de millas un millón pasó en un salto [...]

SIETE OCTAVAS A DIOS NUESTRO SEÑOR

Con celestial y humana vestidura,
su frente rica de una y de otra estrella,
esto llorosa dijo la Natura
a Dios, antes que Dios vistiese della:
«Señor, si un alma que es tu imagen pura,
más principal que el cielo, ilustre y bella,
del cielo viene, ¿por qué al mismo cielo
no vuelve, roto acá su mortal velo?».

Responde Dios: «El peso y la graveza
de su culpa mortal, que fuera y dentro,
sin mí, la rodeó, contra el alteza
de su patria región la lleva al centro.»
Luego, al hablar de Dios, Naturaleza,
herida de un divino, alegre encuentro,
quedó juntada a la palabra eterna
por medio de una virgen sempiterna.

Con la más alta, obediencial potencia
que Natura alcanzó, deja su vía,
abre el gran seno a la eternal sapiencia
cual aire tenebroso al claro día,

y queda tan subida ya de esencia,
que lo que a Dios el alma antes pedía
siente otorgado, y más: espera encima
el cielo ver el cuerpo que ella anima.

Treinta y tres años goza en tal supuesto
Natura, a tanta alteza conducida,
mas como en una cruz llagado y puesto
vido estar al Señor de toda vida
toda se cubre de hábito funesto,
rasga su pecho, a su dolor rendida
sobre sí cae, y son sus ojos mismos
de viva sangre líquidos abismos.

En esto ve salir, como serpiente
con renovada escama de claro oro,
al gran Reformador omnipotente
cual no salió del suelo igual tesoro.
Vuelve Natura a serenar su frente,
goza del cielo el invisible coro,
están los elementos espantados
con verse en su Señor glorificados.

Ya por el aire sube el sacrosanto
cuerpo inmortal de nuestro Sol divino,
ya mil dorados ángeles, con canto
de gloria y paz, le salen al camino;
abre el impíreo el claro, ardiente manto,
y subida Natura al cristalino,
allí se humilla y, con palabras tales,
de su público bien muestra señales:

«Gracias, ¡oh mi divino Prometeo!,
por la merced os doy, que tanto excede
no sólo al merecer, mas al deseo,
pues ver al sol sin sol vista no puede;
carácter de tan alto jubileo
hasta en el mismo infierno impreso quede,
no porque gocen dél tus fugitivos,
mas porque en él de ti gocen los vivos.»

PARTO DE LA VIRGEN

Canto I

Del Parto Virginal, que vino al suelo
nueva y sin tiempo a Dios progenie eterna,
por quien (roto el gran hilo al ciego velo
que urdió por nuestro mal culpa paterna)
sus puertas de cristal nos abre el cielo,
gracias sin fin al Rey que lo gobierna,
de Virgen Santa el hijo sacrosanto,
no cortesías, amor, ni empresas, canto.

¡Oh vanidad y gloria de mortales,
llena de ciega y loca fantasía,
do tiene un cierto bien mil ciertos males,
y noche eterna un transitorio día!
¡Oh gran saber de Dios que tanto vales,
aceta al sumo bien, gran Diosa mía,
de ti, sagrada Virgen Nazarena
será mi voz, mi lira y cantilena!

Favoreced mi lira y contrapunto,
almas del cielo impírio ciudadanas,
pues que gozáis en Dios tan alto punto,
almas del cielo impírio ciudadanas,
favoreced mi más que humano asunto,
pues altas glorias canto y soberanas,
almas, que como a mí de vil materia
os vino acá a cubrir nuestra miseria.

Esta mi empresa sea, mi norte y tema,
mi Parnaso vital, mi fuente viva;
sola ésta mi corona y mi diadema,
cetro, manto, laurel, palma y oliva;
éste mi norte sea, mi gloria extrema,
el sujeto inmortal por quien yo viva.
Almas de vuestra Reina cantar quiero,
no de objeto mortal, bajo y grosero.

Pues larga información de tanta historia
como encarnarse el Rey del paraíso
tenéis allá, do nunca la memoria
buscó por semejanzas lo que quiso;
si justo a los que gozan suma gloria
es pedir tanto: «Amigas, dadme aviso
a tan gran tema, pues en Dios se cobra
el prestado favor de esta gran obra.»

Triste de tantas que tan vanamente

en la sin freno edad pude negalle,
sembrando esterilísima simiente
en este de dolor lloroso valle.
Dale mi pecho ya con celo ardiente,
lo que es más cierto recibir que dalle,
pues no acrecienta al aire el que respira
mas aire cobra en él cuando dél tira.

Dale cuanto te da porque él más quiera
darte, y el más que en el más dar le llevas
tórname a dar, pues cobras de manera,
que te es el mismo dar mercedes nuevas.
Maravilloso Dios, ¿quién tanto diera
sino tu ser, en quien el mío renuevas?;
mas ¿qué no podrá dar quien tiene el nombre
de Dios y que hombre y Dios se ha dado al hombre?

Salga, pues, a la mar, con nuevo aliento,
del pecho alegre un tributario Nilo,
y vosotras, allá rico ornamento
del que aunque muera acá vive en su estilo,
sagrado de Elicona ajuntamiento
que al segundo vivir tejéis el hilo,
tejed guirnalda fresca y olorosa
al indino cantar de nuestra Diosa.

Pues siendo Emperatriz ella del cielo,
y venidas de allá vosotras siendo,
debéis alzar con peregrino vuelo
las alas que a tal luz vayan subiendo;
y pues del virginal y santo celo
de la Virgen Real (Virgen pariendo)
se os da tanto favor, vírgenes bellas,
alzad, alzad mi pluma a las estrellas.

Si vuestra misma gloria tanta ha sido
que os pueda acá mover, si fin piadoso
de vuestra excelsa patria y claro nido,
o de tan alta Reina celo honroso,
os toca, dadme vuelo tan subido
que el manto de la noche tenebroso
no me cubra, y que el cielo esté tan junto
que la tierra me sea un breve punto.

Grande es, ¡oh aonio coro!, mi demanda,
mas la excelencia desta Virgen bella

es tan mayor que el sol, que corre y anda
el cielo, a su gran luz es baja estrella;
junto todo otro ser, que el ser desmanda
del ser de Dios, al ser no alcanza della,
tal que del ser de Dios no siendo esencia,
es la que tiene dél más excelencia.

Y aunque el pedir las celestiales puertas,
en materia tan alta y tan augusta,
al vuelo excelso de mi pluma, abiertas
es mucho desear, demanda es justa;
cosas yo pido al sexto coro inciertas:
que a do de gente hay más parte injusta,
de Dios se oya cantar nacido el Hijo
con pastoril noturno regocijo.

Y no puedo creer que claramente,
en la dichosa al mundo y fatal hora
de su venida, allá en el oriente,
no viédes la estrella guiadora
y aquellos reyes tres que el tan luciente
allá pie de la tierna y clara aurora
dejaron, por venir donde en bendita
región nació quien los pecados quita.

Y tú que de tu Dios peso y balanza
hecíste el vientre virginal y puro
(¡oh eternamente dina de alabanza,
puerto de mis deseos claro y seguro!)
delante quién, en celestial bonanza,
armado el ángel va de acero duro,
con mil y mil escuadras de mil Martes,
carros, trompetas, sones y estandartes.

Recámara de Dios, custodia santa,
Corporis Christi y dél Arca y Sagrario,
venero de beldad, florida planta
que nunca aire temió duro y contrario,
paloma que a las águilas espanta,
eterno de excelencias relicario,
en quien hay de loores más materia
que al mundo de fealdad, muerte y miseria.

Virgen que no de luz clara y serena
vestida vas, mas todo el globo de oro
del mismo Sol, como de fértil vena

de ti recibe luz, gloria y tesoro;
debajo cuyos pies la Luna llena,
y al parecer a veces hecha un toro,
hace estrado de sí nuevo y ufano,
y en verse tal no precia al rubio hermano.

Delante quién los nuevos serafines,
llenos de ambrosia fresca y matutina,
están en los de Dios ricos jardines,
mil rosas recogiendo sin espina:
violetas, lirios, flores y jazmines,
cuya vital vivez jamás declina,
y con alas de fino oro que mueven,
nube de olor purpúrea y blanca llueven.

Delante quién el querubín, que tiene
lleneza de saber, contempla y mira,
y en suspensión profunda se detiene
por ti, Diosa inmortal, que tanto admira;
el trono con reposo te sostiene
y la dominación manda sin ira,
consiguen las virtudes el preceto
y da la potestad fuerza al efeto.

Delante quién los santos principados
según el santo celo en sí formaron,
componen los divinos magistrados
que en paz la baja tierra administraron;
regalan los arcángeles dorados
los que su pecho a Dios sacrificaron,
y va cada ángel rico de su palma
puesto a la mano diestra de cada alma.

Delante quién se pone alegre y bella
(casi blanca del Sol, farauta y guía)
tu preciada en amor santa doncella,
tu privada del ver Santa Lucía,
en cuyos ojos una y otra estrella
da luz mayor que el gran autor del día;
la hermosa y sabia virgen Caterina,
con las navajas de su rueda indina.

Y todas a la par, con infinito
placer, con santo ardor, gozo y deseo,
por el azul del cielo circüito
cantando van Gloria in excelsis Deo,

do tu Virgen Real, que de Cocito
el reino destruiste horrible y feo,
coronada de eternos resplandores,
haces mil a tus vírgenes favores.

A ti, pues, gran Señora, que suspensos
tienes de admiración los cielos todos,
a quien se dan acá sabeos enciensos
en fábrica mortal de humanos lodos;
pues de los tres que en Dios forman inmensos,
con inmensa verdad, con santos modos,
bajaste el Verbo a ti, por ti del suelo
sube mi ronca voz, que suba al cielo.

Bien sé Reina inmortal, que si no envías
tu divino favor, que me asegure,
y cual nuevo por ti hecho Isaías
un rubio serafín mi lengua apure,
que mal podrán subir las alas mías
a tanta luz, por más que el vuelo dure,
pues quien a ti sin ti mi Reina aspira,
vive sin corazón, sin ojos mira.

Con el silencio oscuro, el ave triste
vuela, y en el volar muestra su mengua;
no sea mi vuelo tal, pues tú subiste
allá do nunca el día crece ni mengua.
Y pues de Dios el Verbo acá nos diste,
que luz al ciego da y al mudo lengua,
ruega a ese Verbo que mis labios abra,
como del vivo Dios luz y palabra.

¡Oh Reina, pues tu altísima bajeza
detuvo en lo más bajo al Rey más alto,
mi baja lira sube a tanta alteza
que todo ver mortal me envidie el salto!
Pues, ¡sus!, mi eterna luz, con la riqueza
que de tu gran favor mí pecho esmalto
salgo con libre aliento y voz sonora,
salgo, Princesa mía, y empiezo agora.

Mira el Autor de la estrellada cumbre
donde las vidas gozan sin materia,
aquél que habita inaccesible lumbre,
el sumo Dios de la región etérea;
los ojos con piadosa mansedumbre

vuelve, para mirar nuestra miseria.
¡Oh bendita visión, bendito el cuándo
nuestro invisible Dios nos vio mirando!

El que a los ojos da virtud visiva
¿cómo será jamás del ver desnudo?,
pues nunca el bien al bien de do deriva,
si no fue Dios a Dios, alcanzar pudo.
Todo lo ve su luz vital y viva,
y vio estar ciego a nuestro ver, el ñudo
de la mal vista madre sin aviso,
que en vernos tales más mirar nos quiso.

Vio como el ángel vil, de quien se asombra
Naturaleza y la conmueve a llanto,
que tirano crüel se firma y nombra
del reprobado reino del espanto,
poblaba su infernal, mal vista sombra,
del agradable a Dios linaje tanto,
vengándose en el alma que no alcanza
átomo indivisible de esperanza.

Las hijas de la noche y de Aqueronte
en el tartáreo suelo vio que andaban
paciendo sus culebras, que un gran monte
sobre el ancha nariz de sí formaban;
miró los que la luz del horizonte,
con profunda atención de fe, esperaban,
do meses computando, años y días,
cantaban mil cercanas profecías.

Cual en dura prisión suele al instante
que a los de dentro dan por nueva cierta
que en pariendo la reina el nuevo infante
a todos dejarán la puerta abierta,
cualquier nuevo rumor de allí adelante
los lleva de tropel luego a la puerta,
y piden por piedad libre salida
porque el niño les da salud y vida;

o como el que anda allá en la mar insana
del bárbaro ladrón puesto en cadena,
que por la gente ve fiera, inhumana,
nuevo y gran alboroto que resuena,
tal que ya al despuntar de la mañana
halla de amigas proas el agua llena,

por donde piensa a sus mortales daños
tregua poner con paz de largos años,

así, fundada en alta y cierta prenda
por quien dio curso cierto a los planetas,
la compañía sagrada y reverenda
de tantos patriarcas y profetas,
el Cordero de Dios dado en ofrenda
esperan como ovejas mansüetas,
porque les venga a dar con mano armada
su dulce libertad tan deseada.

Al fin mirando el Rey sobreeminente
que al hombre, en quien metió su propia mano,
poco valía tener noble simiente
del tronco glorioso y soberano,
y el rayo paternal claro y luciente,
dado por él al sentimiento humano,
cual palomilla estar, cual fiera zarpa
de animoso halcón desgarrar y arpa,

de aquel eterno amor todo encendido
con que fue criador vuelto a sí mismo,
vuelto el único ser que está vestido
de infinitad sin cuenta y sin guarismo,
el inmutable Dios nunca movido
volviendo a ver en sí su propio abismo,
y viendo su visión en él eterna,
dijo con caridad santa y paterna:

«¿Cuál será el fin?, pues ¡qué!, ¿los venideros,
de tantos siglos deben el gran peso
llevar que la serpiente a los primeros
padres cargó con ponzoñoso beso?;
yo, pues, ¿no rasgaré los tristes fueros
con que mis prendas prende el ángel preso?;
¡qué!, ¿debo consentir pena tan dura
al que yo di mi imagen y figura?

Al que yo quise dar tanta nobleza
que el colmo en él crié de lo criado,
do en cifra está cualquier naturaleza
desde el más bajo al más supremo grado,
tal que del ángel casi a la nobleza
sube, y posee lo más por mí otorgado,
por do la semejanza le proviene

que el angélico ser de mí no tiene,

y a quien yo destiné por cielo y norte
de cuanto vive allá, y al que debía,
por hijo, introducir desta mi corte
en amorosa y santa compañía,
¿permitiré que el rico hilo corte
tan desdichadamente a su alegría?,
y mientras ¿vivirá mi ser durable,
que habite el reino oscuro y lamentable?

No quiero así, mas rompo aquí el destino
que el crédulo siguió, ciego albedrío;
vuelen al cielo empíreo y cristalino,
como pide el valor del brazo mío;
todo mi Reino acá, santo y divino,
de espíritus está yermo y vacío,
pues ¡sús!, las sillas pueblen que dejadas
de las legiones fueron despeñadas.

Y pues principio a tanto mal ha sido
mujer de baja fe, de vil memoria,
mujer también lo ponga en alto olvido,
con más dichoso fin, más rica historia.»
En esto un ángel claro allí ha venido
delante el Rey sublime de la gloria,
que ministro ha de ser de la embajada
a la santa de Dios doncella amada.

Cubierto pareció todo de estrellas
el mozo embajador, ledo y constante,
en cuyas alas de oro mil centellas
se ven resplandecer casi en diamante,
ellas tomando dél y él dando en ellas
relámpago de luz todo ilustrante,
lleno de majestad, pero de modo
que la misma humildad parece en todo.

Al sacrosanto abismo sin orilla
tres veces reclinó rodilla y frente,
y solas dos alzó frente y rodilla,
que arrodillado mira al Dios viviente;
de su (¡ved qué será!) tribuna y silla
comienza el gran Monarca omnipotente
a dalle información sólo en miralle,
y casi esto le habla sin hablalle:

«A ti, según conviene a mi justicia
y a los progresos altos de mi mano,
a ti, que de la sierpe la malicia
solicitar podrás que salga en vano,
a ti, parte mejor de mi milicia,
conviene decender al mundo humano,
porque se trate paz con el celeste
juntando éste en aquél y aquél en éste.

Concibe lo que digo y dentro el pecho
atentamente imprime, observa y ceta,
pues deste azul incorrutable techo
toda la defensión la guarda y vela;
en la región do con profundo lecho
corre el Jordán debajo mi tutela,
la cual dichosamente conocieron
los que de mi saber secuaces fueron,

Judea llamada, que de Siria tiene
debajo el Austro y con fenices crece,
donde mi ley se guarda y se mantiene,
y a do con más valor Marte parece;
aquí de ilustre y clara estirpe viene
una Virgen Real, por quien florece
toda virginidad pues todo cuanto
subieron todas no han subido tanto.

Esta, de reyes y profetas clara,
junta con virginal, casto himeneo,
(¡oh gran amor!) sacrificó en el ara
de mi piedad su vida y su deseo.
Fue la santa doncella, única y rara,
criada antes que el tiempo el gran rodeo
diese en sí mismo, y de su santo agora
esposo venerada por señora.

Debajo un pobre techo, yermo y solo,
vive esta gran doncella en su aparejo,
dina de nuestra altura y nuestro polo,
de nuestro trato y celestial consejo;
ésta en su alta luz se muestra Apolo
como del rayo mío más claro espejo,
ésta entre todos fue de mí escogida,
dina por su vivir de nuestra vida.

Esta mi amada, en mí, y antes que el antes
tuviese nombre, y que la edad ligera
formase con sus alas inconstantes
verano, otoño, invierno y primavera,
atada con mil ñudos de diamantes,
cual línea recogí dentro en mi esfera,
de quien formado un círculo allá dentro
pondré mi propio ser, mi nombre y centro.

Preservé en ésta con mi omnipotencia
la fiera culpa, y fue debida empresa
dar toda perfección, toda excelencia,
a la del cielo impírio alta Princesa;
la eterna de mi Hijo sapiencia
debe ésta al mundo dar Virgen ilesa,
por orden del Espíritu que inflama
y vivifica en santa y viva llama.

¡Sus!, Gabriel, ¡sus!, hiende el claro viento,
hiéndelo, ¡sus!, con ala voladora,
y en allegando al destinado asiento
do mi querida vive y tu Señora
descubre de mi pecho el sacro intento,
pues tal es mi querer, que salga agora
el linaje mortal de la cadena
que a sempiterna muerte lo condena.»

Aquí cesó la luz, de donde había
nueva adquirido en ver el ángel lumbre,
besando cuyos pies ya se partía
con dejarse caer del alta cumbre;
al nuevo resplandor del nuevo día
corrió de un polo al otro la vislumbre,
y la cara del Sol, libre de amparos,
hervió de mil relámpagos más claros.

El cielo impírio, trono más conforme
al sobrecelestial orbe divino,
adonde la uniforme y omniforme
forma se ve de aquél que es uno y trino,
porque el ángel en él su paso informe,
a su llama vital cierra el camino,
mas él penetra, y va con fácil vuelo
al cristalino y más cercano cielo,

adonde resplandor y movimiento

vio, mas no como de inquietud y fuego,
porque de Dios el más cercano asiento,
más goza actividad, luz y sosiego;
caer al estrellado firmamento
del subido cristal se deja luego,
do menos rayo vido y más bullicio,
contrariando él mismo a su ejercicio.

Viole, con mil y mil ojos abiertos,
irse al florido albergue de la Aurora,
y contra su querer, con pasos ciertos,
parar después do el Sol su luz desdora;
los cuernos vio del Toro descubiertos,
que el fresco y nuevo abril de sí enamora,
y el Cinto, que sembrado de animales
siega en la equinocial partes iguales.

De quien distar los polos igualmente
vido, y Alcides vio, fiero y desnudo,
hacer adarga contra la serpiente
del manto que lo cubre vedejudo;
de diez estrellas vio resplandeciente
la Lira estar de aquél que tanto pudo,
que un monte al son mover le fue posible
y al aire movedor hizo inamovible.

Do en el Setentrión la helada zona
impide al mar el húmido meneo,
compuesta de ocho rayos la Corona,
vio de la bella esposa de Teseo;
también vio como el Austro se corona
de otra mayor, y Andrómeda y Tifeo
vido, que encima dél estaba y della
cuarenta y ocho y una más estrella.

El lluvioso Orión con alta masa,
y en el Osa mayor vio puesto Arturo;
la gran hidra Lerneá, que está la taza
a glotón defendiendo cuervo oscuro;
de blanca y fresca leche vio que abraza
un cerco todo el orbe, claro y puro,
que las Cabrillas mira, y casi vivo
azogue corre al oriente estivo.

Mas a mi ángel torno, que el divino
de la Suma Verdad mandado lleva,

a quien del orbe octavo el remolino
no puede detener que no se mueva;
a do Saturno está tardo y mohíno,
bajó con vista desusada y nueva,
y allí lo vio, que en treinta años solares
corriendo a su lugar muda lugares;

el cual con un descuido amodorrido
levanta el ponderoso sobrecejo,
mas como de improviso al ángel vido
en forma se alegró todo el buen viejo,
y con pomposa gala y brío pulido
se mira en él como en luciente espejo.
¡Oh ser que manas del divino pecho,
qué no podrás hacer pues todo has hecho!

Puedes tanto, diré, que tu gran diestra
cuanto contradición al hombre implica
puede también, pues es la falta nuestra
y no de tu poder que a más se explica;
Virgen y madre dan contraria muestra
de ser en la razón que mal se aplica,
que bien podiste tú la Virgen bella
hacer por nuestro bien madre y doncella.

Quien pudo en un sujeto y una masa,
fuego, aire, tierra y mar, y el cielo junto
cerrar, con el poder que a todos pasa,
sin dellos perdición de sólo un punto,
y quien después les dio su peso y tasa,
tal armonía alzando y contrapunto,
bien puede con la luz que nos concede
hacer lo más que hombre entender no puede.

¿Quién pudo sino el Sol, causa primera
de toda nuestra luz, dar todo cuanto
produce la florida primavera,
cubierta de oloroso y verde manto?;
¿quién pudo antes que el Sol su luz nos diera
(según su historiador divino y santo
nos cuenta) darnos luz, fruto y verdura?
Mas ¿qué no hará el Señor de la natura?

Pudo el ángel aquí, por la conquista
del nuevo rayo que del Sol supremo
sacó, dar alegría, dar luz y vista,

al de los siete gran planeta extremo;
y como nao se ve, que a nuestra vista
volar parece en mar, suelta y sin remo,
tan sin báculo o hoz, no ya tardío,
corre el viejo pesado, helado y frío.

Luego se abaja el ángel, suelto y presto,
y con el sumo Júpiter se topa
dentro del atrio real, todo compuesto
de una purpúrea y luminosa ropa;
sale el benino rey con ledo gesto
al nuncio, que venía cual nave en popa,
y allí lo abraza, lo recoge y besa,
y da la enhorabuena de la impresa.

La enhorabuena dio, no que así clara-
mente el gran hecho Júpiter supiese,
mas porque ve que el ángel no se para
juzgó que de importancia el caso fuese;
al fin, con vuelo presto, desampara
la sexta esfera sin que un punto cese,
y al quinto cielo se bajó de Marte,
do ventilaba más de un estandarte.

En la cara de Géminis lo halla,
mil revolviendo arneses y casquetes,
petos de acero, y jacerina malla,
ballesta, escudo, lanza y capacetes,
alfanje, estoque y guantes de batalla,
venablos y puñal, grebas y almetes,
montantes, alabardas y corazas,
martillos, picas, arcos, dardos, mazas.

Un su conmlitón tiene la espada
mientras que en más buscar más dobla y furia,
con barba rara, corta y mal peinada,
de encendida color viva y purpúria;
el cual, de nueva luz viendo inflamada
su casa, y recelando alguna injuria,
airado, al ángel, desdeñoso y ciego,
volvió los ojos de color de fuego.

Mas como le hirió de nuevo el rayo
que del rostro inmortal del nuncio mana,
revuelve en sí, con más tratable ensayo,
en vista humilde, respetosa y llana;

cual suele decendir de Jove el rayo
tal va la inteligencia soberana,
y do halla el rubio padre de Fetonte
nuevo polo mudó, nuevo horizonte.

Febo que el ángel vio luego otorgando
a los caballos rienda más piadosa,
los hizo ir hacia allá corveteando,
con altiveza viva y generosa,
las crines sobre el cuello ventilando,
cubiertos de una mar blanca espumosa,
llenos de orgullos fieros y espantables,
con saltos y relinchos incesables.

Halló que había catorce en el Carnero,
ya días mirado acá nuestro hemisferio,
donde tiene poder largo y entero
a su vuelo cualquier subido imperio,
tiempo en el cual parió nuestro Cordero,
María, con virginal y alto misterio.
¡Oh siglo de oro, edad de las edades,
que al Rey nos dio de las eternidades!

Nunca pudo alcanzar, por más que Apolo
hiciese, a Gabriel, con mucho espacio,
que sus caballos, riendas, carro y polo
le quisiera ofrecer, mesa y palacio;
cuando también de vista al fin perdiólo,
vuelve, y de nuevo aguija sin cansancio,
a dar a los antípodas su lumbre,
según su antigua y natural costumbre.

¡Veis! Aquí sale Venus, que en sintiendo
al ángel renovó sus resplandores,
con majestad pomposa, descubriendo
su frente enguinaldada de mil flores,
delante quien, volando y sonriendo,
asiste infinidad de sus amores,
haciendo, como son recién compuestos,
mil burlas, mil juguetes y mil gestos.

Mas luego, en contemplar los amorcillos
Venus atenta, el retozar dejaron,
y atentamente están los babosillos
también mirando aquél por quien callaron;
algunos de la turba, algo osadillos,

pensando que era Amor, tras él volaron,
mas viéndose quedar tan apartados
volvieron a sus Puestos muy burlados.

La cara, al fin, teniendo el ángel vuelta
a Venus, y siguiendo el movimiento
de lejos, ella, relamida y suelta
le hace un bien criado acatamiento;
también la niñería toda revuelta
se humilla con gran risa y gran contento,
y reverencias mil hacen sin pausa,
de allí para bailar tomando causa.

Por las llanuras vuelve celestiales
del Rey eterno el mensajero, donde
(cerrado en dimensiones materiales,
tanto que al ver humano no se esconde)
contempla y ve las formas ideales,
cómo a su cuerpo cada cual responde;
pero ya sabidor desto y de aquello,
sin el vuelo parar no para en ello.

A la velocidad con que el deseo
camina, el ángel sigue acelerado,
el cual ya de Mercurio el caduceo
de dos serpientes ve todo enroscado;
lozano, ledo y libre en su meneo,
con borceguí sutil, nuevo y alado,
acude allá quien suele acá el mensaje
traer del cielo al humanal linaje.

Prueba, mas vanamente, como suele
irse adonde el correo de Dios asoma,
que aunque en las plumas de los vientos vuela
no alcanzará la angelical paloma;
cuanto más sigue más se queja y duele,
y más le roe solícita carcoma;
por conquistar al ángel, que conquista
tanto que no lo alcanza alguna vista.

El ángel santo al orbe de la Luna
bajando llega, y vio que en crecimiento,
cual niño, estaba, que mudable cuna
de plata hace a sí misma en vario asiento;
y casi que la edad nuestra importuna
o cause o mida, siempre en movimiento,

cual sujeto mortal, crece y decrece,
y con el tiempo torna y reverdece.

Al parecer del que volando viene
salió, cual nuevo sol, Cintia dorada,
hasta adonde su luz Febo detiene
en la parte interior que está manchada;
mas poco tanta luz consigo tiene,
que como el ángel toca de pasada
toda la claridad se desbarata,
y ella sin oro y luz su cara acata.

Mas déjote volar, dentro en la esfera
del fuego, adonde vas nuncio divino,
y a la causa inmortal, sola y primera,
que así te encaminó, vuelvo el camino;
vuelvo a quien es, el que es, sin quien no fuera
cuanto ha sido y será, Dios uno y trino,
acto, poder, querer, saber y esencia
de sí, que es una en él sola existencia.

Última perfección de aquello y de esto
antes que fuese el mundo esto y aquello,
simple de este y aquel bien, no compuesto,
mas bien de éste y de aquél, sólo Autor dello,
indivisible centro que está puesto
en sí sin que el lugar pueda escondello,
suma simplicidad, igualdad suma,
sumo en toda unidad, sin cuento o suma.

Continua dependencia inseparable
de su misma visión, Verbo invencible,
principio del amor inescrutable
que el principiado en él spira invisible;
grande sin cantidad, Dios admirable,
bueno sin calidad, Dios invencible,
querer que es obra, trino sin ser doble,
nobleza que es lo mismo que el ser noble.

En quien hace unidad todo lo bueno
del bien particular de cada uno,
no como bien por sí de bienes lleno
como de todo humor vaso es Neptuno,
mas como bien que es centro, abismo y seno
él de sí mismo, solo, único y uno,
de quien toda bondad sale influyendo

en Dios, cuanto él es Dios, Dios mismo siendo.

Éste que dentro sí cuanto contiene
es un contenedor solo existente
y que potencia al recibir no tiene,
siendo acto él de sí mismo omnipotente,
éste de cuyo ser nace y proviene
su mismo ser, sin nombre diferente
volvióse al Hijo eterno en sí engendrado
y al Dios de dos personas inspirado.

Vuelto a las relaciones nominales,
que fue volverse a su sustancia propia,
habló y sembró de sí fragancias tales,
dinas de su valor, la excelsa copia.
Mas, ¡ay!, que los espíritus vitales
desmayan, alma a tanta luz impropia.
Sube alma, ora y reposa, y entretanto
yo disporné mi lira al nuevo canto.

Canto II

Su vuelo dilatar tan adelante
alma sencilla puede, clara y pura,
que alzada a la región glorificante
contemple la divina hermosura,
y como en tierno amado el tierno amante
con cerrado eslabón hace atadura,
tal ella en Dios, de Dios toda inflamada,
inextricable dar de sí lazada.

En el cristal luciente no tan sólo
muestra su luz, pero más pura y clara
que en otra vil materia, el rubio Apolo:
dentro se espeja y ve su noble cara;
y el mismo cuando deja a nuestro polo,
si blanca y sutil nube el rostro ampara,
y sin carga de humor, toda la pasa,
y de fino oro es hecha rica masa.

El oro mismo estando al fuego unido
cual fuego resplandece, quema y obra;
si del alma inmortal cuerpo es movido,
común siendo el obrar, una es la obra;
al intelectual más alto nido

el alma yendo el mismo estilo cobra,
y el espíritu a Dios cuando se aplica
todo de su deidad se deifica.

Pues ¿por qué alzarte a tan sublime cumbre,
sin tan alto volar, alma porfías?
Deja la tenebrosa pesadumbre
y sube en fuego allá cual nuevo Elías,
do, atentamente, esta influida lumbre
de Dios a las cercanas hierarquías,
imita, ánima mía, mi alma imita
si quieres poseer luz infinita.

Reposa, con el trono, de los daños
que esta vida mortal solapa y ceba
(¡ay flor sin fruto, aduladores años
que un breve sospirar así los lleva!)
y así llena de estables desengaños,
de las manchas de acá lavada y nueva,
en blanca nube con luciente estola
súbete al querubín, gozosa y sola.

Donde después que habrás de su llaneza
tomada la intención, sube, no pares,
sube del serafín, sube al alteza,
que es luz de luz, lugar de los lugares;
la eterna allí de Dios clara belleza
con mil de mil millones de millares
rayos verás, que dan premios y dones
mil y cien mil millares de millones.

La santa humanidad del Verbo eterno
verás del Padre eterno a la gran diestra,
a quien todo piadoso, ardiente y tierno
sólo por nuestro bien sus llagas muestra,
las llagas que al tirano del infierno
llaga dieron mortal, con gloria nuestra;
¡oh sacrosantas llagas, prendas santas,
que allá nos negociáis mercedes tantas!

La Reina de los ángeles hermosa
verás pedir con glorioso lloro
nuestra salud, y cual bien vista esposa
ceñida el pecho estar de zona de oro,
el cielo por diadema luminosa
sus arcos dalle, y todo a lleno coro

mil himnos resonar, todos cantando,
María, por todo, en todos resonando.

Los claros ojos uno y otro norte
que amor y majestad por ellos llueve,
la cara como el sol, do está en deporte
con grana celestial celeste nieve,
el orbe impíreo es su palacio y corte,
cámara el paraíso, ancha y no breve,
la humanidad del Hijo el oratorio,
y lecho el uno y trino consistorio.

Aquí pues alma mía debes llegada
sin contrapeso desta masa grave,
cual eco responder de Dios llamada
a tan piadosa voz clara y süave.
Alma, pues ¡sus!, de palmas coronada,
que has dado a tu Señor de ti la llave,
di cuánto la paterna omnipotencia
a la filial relata inteligencia.

La Causa universal, sola y primera,
de cuanto vive, entiende, es, crece y siente,
su luz que él en sí mismo reverbera
mira, y la lumbre de ambos procedente;
mírase el centro que es su propia esfera,
Dios único, infalible y trascendente,
mírase no de nuevo, mas de modo
que estando todo en él se mira en todo.

No puede novedad caer adonde
hay todo, pues el tiempo todo junto
con igualdad en él tanta responde
que es todo eternidad de solo un punto.
Al sempiterno ver que dentro esconde
miró, y al sustancial de amor trasunto,
en cuya sin temor vista, que cese
tal pareció conceto que exprimiese:

«Vemos y veo, santísimo colegio,
que el hombre que cayó de nuestro amparo
el edicto inmortal, sagrado y regio,
roto, que le costó después tan caro;
no alcanza facultad o privilegio
de remediar su estado tan avaro,
pues de nuestro saber y fortaleza

en la ignorancia ha dado y la flaqueza.

Pues no siendo valor menos perfeto
ser Redentor que Criador llamado
y el ya sin forma reformar sujeto,
que es nueva criación, nuevo alto grado,
supla nuestra bondad al gran defeto,
tanto siendo mayor que su pecado;
no siga con el hombre más discordia
nuestra, pues es sin fin misericordia.

Y al que en su cenagal, su barro y lodo,
es malo, es impotente y tenebroso,
mi diestra habiendo obrado siempre en modo
benévolo, sciente y poderoso,
dispongo al fin, pues lo criado todo
forma compuesto en él rico y dichoso,
en él cobrar la universal mi hechura,
siendo él también mi imagen y figura.

Nuestra suma unidad, que toda en ello
está, su misma debe semejanza,
que es el hombre, escoger, donde se sella
y hace en él vital todo alianza,
y no esparcidamente esto y aquello,
naturaleza que a sí misma alcanza;
el hombre pues escoja, en aquél obre
do todo está, y en él todo se cobre

Y así como en el Verbo fue insensible
cuando después cayó todo formado,
por ese mismo Verbo sea sensible
todo el visible mundo reformado,
y pues a un hombre solo es imposible
peso llevar de todos tan cargado,
júntese el frágil hombre a nuestro nombre
y ansí por hombre y Dios se cobre el hombre.

Mas porque padecer justo es la pena
el delincuente, y Dios no puede serlo
ni puede padecer, mi diestra ordena
que el hombre en Dios se junte a padecerlo.
Naturaleza hacerse una y tan llena
de entrambos no se debe, ni hay poderlo;
del Verbo se una a Dios en la persona
la que su ser con mi deidad abona.

Y hágase el armonía dulce y jocunda
con música y con lira soberana,
y la persona en Dios media y segunda
vístase allá de la natura humana,
y así la gracia en ella se difunda
que por dejarme a mí hizo en sí vana,
y sirva el hombre a Dios por instrumento,
conjunto en conseguir su mandamiento.

Y como tú mi Verbo, en quien consiste
mi sola identidad, Hijo entrañable,
siendo persona media, medio fuiste
a fabricar la máquina mudable,
en rehacer serás, a quien heciste
y se deshizo, medio remediable,
como perfeto medianero y medio,
sin otra medianía, de su remedio.

La paz que se rompió con dura guerra
entre nuestra deidad y el bajo suelo
tiene sin fuerzas la pasmada tierra
a poder conseguir su patrio cielo;
pues tú medio inmortal donde se cierra
mi número, mi ser, mi vida y celo,
pacífica amistad quiero y queremos
que traces con juntar ambos extremos.

Tú, persona real tres veces santa,
árbol de vida, mi visión sagrada,
te enjerirás con la tercera planta,
que dicen al revés estar plantada
cierto muy de verdad, pues tal y tanta
quedó gustando fruta a mí vedada,
que al fin del mayor bien perder el gusto,
por tanto y tanto mal, le fue muy justo.

En cuyo sacrosanto único injerto,
Hijo, padecerás últimos males,
hasta quedar del que redimes muerto,
a quien darás tus sillas celestiales,
y siendo medio acá en mi esencia cierto
en medio nacerás dos animales,
que esto en el arquetipo eterno muestra
nuestra piedad y la justicia nuestra.

Disputarás en medio de doctores
y sobre de una cruz serás tendido,
en medio te ternán dos malhechores,
uno predestinado, otro perdido,
y en medio rogarás de dos clamores
por el pueblo infiel y endurecido,
y cuando acabe de tu vida el día
cesará la figura y profecía.

Y como el sol de siete cielos tiene
el medio y corre por los doce sinos,
de quien a las estrellas les proviene
tener mil resplandores peregrinos,
así a ti, medio mío, darles conviene
contra los siete espíritus malinos
siete de nuestro amor sagrados dones,
y luz por doce santos tus varones.

Para lo cual, teniendo justa cuenta
con el libre poder del albedrío,
y estando el merecer do se aposenta
el asentir o el dar de sí desvío,
hemos, por ver la Virgen si es contenta,
mandado a Gabriel, fuerte ángel mío,
pues ella alcanza sola fortaleza
para tirar a sí nuestra grandeza.

Y fue de mi saber orden prevista,
como en santa verdad se ha dado escrito,
que a la que alegra el cielo con su vista
salude un ángel mío noble y bendito,
porque tenga mujer nueva conquista
y sea predestinado el que es prescito,
y mediante divina criatura
trascienda el hombre a la divina altura.

Después que habrás, mi singular sustancia,
tu curso consumido, enviaré luego
a doce ya fundados en constancia
nuestra individual Deidad de fuego,
el cual hará con alta consonancia
dellos mover las lenguas sin sosiego,
prófugo cada cual y peregrino
desde el nevado norte al polo austrino.

Y como de mi mente pura y alta

y de ti, Verbo nuestro, es inspirado,
y el Verbo de la mente en lengua esmalta
aquel saber que dentro está encerrado,
así en lenguas de fuego toda falta
de lengua enmiende el santo apostolado,
haciéndoles hablar, sin falta y mengua,
toda, por donde irán, pronuncia y lengua.

Y como cuando visto el vil linaje
acá subir, con mal fundada roca
en todos dividí cielo y lenguaje,
con rayo que aterró la furia loca,
responda este santísimo homenaje,
que a mi honra y saber conviene y toca,
con rayos del amor, que en uno ajunte
las lenguas donde influya y se trasunte.

No porque en unidad vaya y se aplique
de natural supuesto el fuego santo,
mas porque en forma de paloma explique
nuestro querer, y en llama sin espanto,
donde su propiedad se signifique,
al buen colegio dél amado, tanto
como en la Ley también mostré mi diestra
y el Verbo en la Evangélica se muestra.»

Aquí la independiente Causa inmensa
parece que acabó y el Hijo espera,
(no porque en esperar o duda o piensa,
que piense o dude, el Verbo, que no quiera,
pues cuanto el sin rodeo centro dispensa
tanto dispensa el centro sin esfera,
estando cada cual del otro adentro
más que en el mismo punto el mismo centro);

digo que la sin punto principiante
línea infinita que en sí misma vuelve,
el rayo de su luz glorificante,
el rayo que en su luz todo se ensuelve
(no porque quede atrás ni se adelante,
la edad en él, pues cuanto acá revuelve,
es un presente allá), respuesta espera,
según nuestro es decir de tal manera

(ya que aqueste mortal nuestro edificio
no sube más); el Padre excelso, digo,

respuesta dél espera al tierno oficio
del dar, muriendo, vida a su enemigo,
cuyo poder fue tal desde ab initio,
sin que el rico de Dios renuncie abrigo,
y como Verbo de sí mismo lleno
dentro se entona así del patrio seno:

«Santa Paternidad, sola entendida
de mí, y el solo amor de ambos secreto,
único de mi ser principio y vida,
vida, principio y ser del Paracleto;
ya mi persona ves toda inducida
a conseguir el fin de tu decreto,
hágase tu querer, pues cuál y cuánto
tú quieres lo que quiero es tal y tanto.

Carácter sustancial, imagen viva
soy de tu mismo ser, conforme y cierta;
si la imagen mortal que allá reviva
ordenas, a do está dos veces muerta,
yo Padre alcanzaré, tras muerte esquiva,
en vida reviviendo, mi cubierta,
pues mi muerte dará muerte a la muerte
y gracia con que obrar el hombre acierte.»

Esto mostró decir y esto antes de esto,
y aun antes que su luz al mundo humano
mostrase el sol había mostrado y puesto
ante su Sol el Sol sobremundano.
¡Oh Sol, oh Sol, oh Sol que habéis compuesto
al vacío, dando ser todo sin vano,
gracias con alta voz te da y ofrece
hasta el silencio que de voz carece!

En acabando aquel que nunca cesa
de pronunciar al Padre el gran conceto,
toda la Trinidad, sola a sí expresa,
se abraza y comunica en tierno afeto.
Mas ¡ay!, ¿dó voy, dó voy con tanta priesa?,
¿dónde sin ojos voy, dónde me meto?;
¡oh no tratable Dios mas adorable,
nunca entendido y sumamente amable!

Sempiterna Verdad, Verdad maestra
que a toda das verdad que verdad sea,
ante cuya verdad la verdad nuestra

es baja, sin verdad, mal vista y fea,
a cuya celsitud se anula y muestra
sin resplandor la luz que nos rodea,
y el mar, a la región que el Verbo adorna
subido, gota vil de agua se torna.

Perdón postrado al suelo, si tan bajo,
puedo bajar cuanto tú subes alto,
(mas ¡ay!, que no podré, pues cuanto abajo
en mí, por ti, Señor, tanto me exalto),
perdón, perdón si allá mi pluma encajo
en tu saber con mal osado salto,
y por la infinidad del bien que tienes
destruye allá mi mal dentro en tus bienes.

Vuelvo pues a seguir de nuevo el vuelo
del ángel que dejé; dejando aparte
(aparte digo), el que la tierra y cielo
hinche de sí y es todo en toda parte,
al mensajero voy, que mira al suelo
desde el orbe lunar, de do se parte,
como menor diez veces se descubre
del líquido elemento que lo cubre.

La esfera ardiente ve ser fuerza que ande
de su vecino cielo al movimiento,
y cinco veces dos se ve más grande
que el yermo espacio por do corre el viento,
el cual, antes también que lo desande,
verá cómo la décima de ciento
parte es mayor del agua, y cómo en peso
la tierra está sobre su mismo peso,

y cómo, finalmente, más entrando
en nuestro mundo, menos fe y constancia
halla en las cosas, cada cual mudando
lugar y calidad, forma y sustancia,
y por contrario, cuanto más alzando
Naturaleza va más consonancia
halla de sí, porque más tiene junto
a toda el armonía que está en un punto,

no porque cerca o lejos lo infinito
pueda tener, mas porque tiene (y halla
quien el inmenso vuela circüito)
mayor quietud y paz, menor batalla;

do la bondad sin fin si al bien finito
más de sí da y alcanza a más gozalla,
esto que goza más decir solemos
más acercarse al bien libre de extremos.

Mas torno a quien el alto vano hiende
y deja atrás los céfiros amados:
todo se airea, se embría, mueve y se extiende
por los que lleva en sí nobles cuidados;
a veces se sompesa y se suspende
en los que en torno están blancos ñublados,
poco perdiendo o ningún tiempo en esto,
que el mismo tiempo es casi menos presto.

Las ricas plumas de oro mueve apenas
y zaqueando atrás Favonio viene,
cual cisne que encumbrado las arenas
del corriente cristal del Auro tiene,
o de Caistro las profundas venas,
que en círculos a veces se detiene;
el cual se precipita firme y cierto
por el de sí ya viudo aire desierto,

y con tanta igualdad se olvida y deja,
que piensa él mismo estar sin ala y pluma,
y casi le parece que se aleja
del amado lugar do aspira; en suma,
tanto y tanto se alarga y desmadeja
sobre la crespa y plateada espuma,
la misma espuma él mismo pareciendo,
que el cristalino humor le va encubriendo;

tal dentro del vapor se deja y mueve
el hermoso correo que el viento siega,
de quien al derredor pulula y llueve,
ambrosia celestial que el aire riega,
y casi vello de oro en blanca nieve
se muestra que el mirar disipa y niega,
hasta que en la región viene Idumea,
do multitud de palma el sitio arrea,

do la Virgen halló que recogida
en silencio profundo, casto y puro,
y en solitaria, como Fénix, vida,
tras mal compuesto vive y roto muro,
a do la antigua yedra y la tejida

vitalba nido ordena muy seguro,
y el techo de un verdor desblanquiado
(señal de antigüedad) se muestra ornado.

La Reina que ha de ser del alto cielo
levítica y real sacerdotisa,
con pobre soledad, con santo celo,
y en vida industriosa y no remisa,
emplea sus tiernos años en el suelo
con tal virtud que al mismo Dios da prisa,
en venir a tomar su velo humano,
de sujeto tan alto y soberano.

Aquella que en la mente estaba eterna
hecha elección de la más pura idea,
y rica más de luz santa y superna,
que el ojo celestial que nos rodea,
la flor de santidad preciada y tierna,
la más que ilustre y bella nazarea
vive, ¡que vive mi Princesa, digo,
en pobre, solitario y bajo abrigo!

En Nazaret, que flor se dice y nombre,
ciudad que dentro en Galilea es puesta,
salió la nueva flor, la luz sin sombra,
que el monte alegre, el prado y la floresta;
el reino del horror hiere y asombra
Virgen sacra, real, pura y honesta.
No sé qué me decir porque pudiese
poder saber de ti lo que dijese.

Aquí metido en un rincón se estaba
el sin mancilla cristalino espejo,
aquí la gran María leda pasaba
su vida en un pobrísimo aparejo;
en virgen himeneo la acompañaba
un mozo santo y en costumbres viejo,
que del mismo real sale abolorio,
gozoso en tan humilde diversorio.

¡Oh santo par sin par, que en partes caben
tan a su dinidad (por cierto indinas,
como mejor que yo, mi Reina, saben
la del supremo Rey mentes divinas);
bendígante sin fin, sin fin te alaben
mil de oriente estrellas matutinas,

y mil del Austro, en la región serena,
que el santo embajador cuando miróla

No está la Virgen bella, no, tan sola
como mi pluma mentirosa pinta,
que el santo embajador cuando miróla
con luz viva, inmortal, pura y distinta,
con humildad sin fin reverencióla,
de tanta luz y tal la vio precinta,
do rica más que el sol de rayos de oro
de elegancia la vio, fama y decoro.

Vive con ella la riente Aglaya,
no la que el tiempo acá vierte y derriba
mas otra celestial, que venga o vaya
el tiempo la región guarda de arriba;
Talía como frescor nunca desmaya
del sustento vital do firme estriba,
y Eufrosina, desnuda y sin afeite,
llena de virginal, santo deleite.

Y junto a ella estar segura y leda
la Fortaleza ve con aire fiero,
cuyo cabello, en bien compuesta rueda,
luciente escofia recogía de acero,
vestida no de púrpura o de seda
pero de hierro al derredor entero,
y que hasta la mitad muestra desnudo
el brazo vengador, fiero y nervudo.

Con ella la Prudencia se requiebra,
casi galán con desdeñosa dama,
en cuyo pecho afeita una culebra
de oro sutil la deslizante escama,
donde la alarga, encoge, añuda y quiebra,
extiende, enrosca, enrisca y se encarama,
por movimiento tal al fin mostrando
el cómo, el dónde, el quién, el cuánto, el cuándo.

Mide con un compás todo el camino
de ésta que nos desvía mal cierta vía,
burla de la fortuna y del destino,
y sale en ella el sol antes que el día;
usa por claro espejo cristalino
la frente de la ilustre, alma María:
allí se informa, se corrige y mira,

y allí el lugar más que a sí misma admira.

Con gravedad, tras ella, y confianza
viene la nueva Astrea, cuya siniestra,
con contrapeso al aire en la balanza,
arma de estoque la invencible diestra,
y dando a cada cual lo que ella alcanza
ser propio y la razón descubre y muestra;
no la verán jamás mudada un pelo,
por más caras y más que mude el cielo.

Toda espiritual, toda adornada
de su misma beldad, casta y galana,
la Temperancia está siempre asentada
entre las tres, cual dulce y cara hermana,
un freno con cadenas reforzada
tienen el hombro, y fieramente humana
a los sentidos mira y los enfrena,
sin que cosa le dé congoja o pena.

Quiere la fabulosa poesía
que el sexto de los cielos, gran planeta,
viendo que Juno tanto aborrecía
al héroe inmortal muerto en Oeta
en su edad tierna, cuando recibía
dulce alimento en la materna teta,
salió de do preside en su gobierno
de la engañada Alcmena al parto tierno.

Allí con gran cuidado, habiendo sido
secreto a la mujer celosa tanto,
mientras de un soñoliento y muerto olvido
cubría los ojos con pesado manto
y que dormir el mismo así la vido,
aplica el niño della al pecho santo,
porque divina leche mame y beba
por la cual cobre esfuerzo y virtud nueva.

Con tiento, con reposo y con destreza,
encaja Jove, y con nivel muy justo,
la tierna del pezón nueva cereza
en la boca al infante, cual con gusto
ase Herculillos luego, y con fiereza
chupa tan recio que al mamar robusto
que hizo, sacudido y zahareño,
Juno se despertó del grave sueño.

Y no con poca admiración, echando
la soñolienta vista al blanco seno,
vio al niño aborrecido que chupando
su dulce leche está de lleno en lleno,
entonces, con la palma desviando
al de su sangre y su querer ajeno,
en ambas tetas ambas manos puso,
con ímpetu y desdén todo confuso.

Y sin mirar que en una parte sólo
había tetado el pobre de Herculillos,
cuanta le queda leche derramóla
por los oblicuos cercos no sencillos,
haciendo con sus dedos cuando echóla
dos tiernos de marfil nuevos anillos,
y así por tal blancura todo el cielo
se arrebola de un rico y claro velo [...]

CARTA AL SEÑOR DON BERNARDINO DE MENDOZA

«Ilustre hijo...» -No, que son doncellas.
-¿«Padre» diré? -Tampoco, que son hijas
del alto Jove. -Pues, «¿querido hermano?».
-No, que son nueve. -Pues, «¿dichoso amante?».
-No, que son castas. -¿Qué podré deciros?
Dígoos amante, hermano, padre y, hijo,
en obediencia, amor, trato y cuidado,
de las que habitan el famoso Pindo,
dulce amigo y señor Don Bernardino.
Vuestra carta leí, que escrita vino
en verso cuya alegre consonancia
está do la virtud reside y mora;
cosa admirable es ésta, que aun en cosas
a vuestro entendimiento tan ligeras
como el trato común de amigas cartas,
jamás queráis dejar lugar alguno
do la virtud no esté puesta en su medio.
Parece bien que sois de la natura
hijo favorecido y regalado,
la cual, no sin misterio y providencia,
en medio de Saturno y Marte os puso
Jove, que es fácil, puro, amable y blando,
para templar, del dios que espada ciñe
y mira de través, la ciega furia,

y del viejo tardío, que en Capricornio
y Acuario vive, la pereza helada;
puso también en medio a los planetas
al Sol, de entrambos mundos ojo eterno,
porque su luz igual con todos fuese:
así, en medio del pecho, ha colocado
aquel cuerpo vital, cuya figura
imita a las pirámides de Egipto,
que por su nombre corazón se llama,
y en quien así como en la esfera octava
miramos tanta viva luminaria
de estrellas, a la vista plateadas,
que van, con el reglado movimiento
de quien las lleva, dando ley a todo,
y así dentro este, colocado en medio,
cuerpo piramidal, como en su centro,
exhalan mil espíritus vitales
que en círculo después, yendo y viniendo
ministran al pulmón aire de vida
y a las arterias incesable pulso.
Vemos también, por este mismo estilo,
la proporción igual con que la Tierra
dista del cielo en toda y cualquier parte,
tal que si al Aquilón o al Mediodía,
o adonde nace el Sol o adonde muere,
la madre antigua se inclinase un poco,
tornaría a caer do el medio asiste,
pues no sería posible derribarse
al Euro, al Noto, al Céfiro ni al Bóreas,
porque por todas partes sube en alto
el centro imaginado que se mueve;
en fin, tan igualmente está asentada
la Tierra en medio, que ocasión no tiene
para mudar lugar, que si mudase
fuerza sería caer, ya que igualmente
dista de todo, toda junta en todo,
y así, en un mismo instante, el movimiento
alto y bajo sería, diestro y siniestro,
adelante y atrás y a la redonda,
cosa que a la razón tan mal consuena,
por donde se concluye que la tierra
no puede no tener su medio firme.

Mas ved, mas ved, por Dios, las digresiones
que hago (¿hay cosa tal?) para mostraros,
señor, que siendo vos la virtud misma,

siempre el lugar le dais que le conviene,
y no consideraba (¡ay ciego, ay triste!)
que el quereros mostrar doctrina en versos
es dar agua a la mar y a sus orillas
arenas, luz al sol, hierba a los prados,
lágrimas al amante y, como dicen,
aves nocturnas a la docta Atenas,
o, por mejor decir, dar unidades,
teniéndolas sin fin, al mismo número.
Mas ¿qué se ha de hacer? Bien es que salga,
con vos, que sois de mí la mejor parte,
según se viene cuanto escribo y pienso,
y no como el halcón irme rompiendo
el espacioso campo de los aires,
acá y allá cien mil mudando vuelos,
o cual navío que sin tomar el puerto
va dando bordos con hinchada vela,
acá y allá cien mil tomando puntas,
ponerme a destilar mi pensamiento,
poner por alquitara mi memoria.

Fue la Verdad con alas de paloma
desdeñando habitar nuestras cabañas
y en su lugar, como después del día
la noche acude, la Mentira vino,
y porque al mundo vio tan amoroso
y dado a lo exterior, se ornó la infame
de cabello sutil, dorado y crespo,
tomó los labios del color que muestran
la púrpura, la grana y los corales,
cubrióse de oro y plata en rico traje
alcoholó las cejas y nombróse
Verdad. ¡Ved qué mentira tan notable!
Así del Popular juicio vano
saltó la voz gritando a cada parte:
«¡Verdad, verdad!», no más que porque oyeron
el nombre sólo, y fue la gran creciente
rompiendo por los ángulos del mundo
con tanta furia (¡ay, lamentable suerte!,
y quiero aquí decir mil veces ¡ay!),
que no tan sólo el necio, el vil y el malo,
mas el discreto, el noble y el más bueno,
es menester, si quiere no perderse
en la navegación de aquesta vida,
juntamente correr donde lo lleva
el ímpetu bestial, por quien se dijo

perderse la razón do está la fuerza.

Algunos hay que puede tanto en ellos
esta verdad que, con cerviz de toro,
encuentran la mujer sofisticada
la rompen y destripan y destrapan.
Vanse los tales, hecho el fuerte golpe,
lejos del trato del común trafago,
y lejos de ésta al fin (la cual de nuevo
se vuelve a rehacer como estantigua),
y, desdeñando pensamientos viles,
indinos de su ser, buscan el bosque,
buscan el monte, páramo y desierto,
buscan la cumbre al cielo más vecina,
en cuyos cavernosos escondrijos,
entre los cerriones de mil años,
vive el silencio con helada lengua.
Aquí reciben la desnuda tierra
y el estéril sarmiento por reposo,
aquí quieren pasar las breves horas
deste del alma temporal destierro,
y, casi inteligencias separadas,
en cualquier cosa mínima que sea
-si tal hallarse puede en la natura-
hallan al Hacedor y allí lo alaban;
y en descubriendo el sol su frente de oro
por las claras ventanas de oriente,
dejan la cueva helada y tenebrosa
y salen a tomar, con pecho abierto,
los nuevos rayos del señor de Delo,
y así, como de Sócrates se dice
que estuvo todo un día considerando
la gran carrera del que alumbra al mundo,
y que, sin pie mudar toda una noche,
a Febo saludó vuelto otro día,
miran al matutino ojo del cielo,
y a la pura en sí luz cómo en sí misma
relampaguea con presurosa vuelta,
no por parar allí, que no es objeto
proporcionado al alma cuerpo alguno,
mas por subir desde aquel Sol visible
al invisible Sol, autor del alma.
¡Oh, venturoso tú, que allá tan alto,
por do rompiendo va nuestro navío,
tan lejos deste mar tempestuoso,
habitas, y por término y tan casto,

tan fuera el corporal uso del hombre,
buscas a Dios y en Dios todo lo cierto!

Yo no sabría pensar, ni creo ni entiendo,
ni se puede creer que el que así vive,
llegando por momentos a su causa,
que aquella liberal, piadosa mano,
aquella fuente de bondad inmensa
y aquel abismo de misericordias,
no se mueva a piedad de un tan ardiente,
tan eficaz y tan sincero afeto.

¡Ay!, que dejar el hombre el dulce trato
del hombre, el renunciar cuanto le pide
el gusto, el despreciar cuanto bien viere
del mundo, por seguir quien le ha criado,
no hay duda que el justísimo monarca
lo ha de premiar con justa recompensa.
Aquel que el ser nos dio sin obra nuestra,
obrando dará el ser muy más cumplido.
Yo firmemente pienso, entiendo y creo,
que el tal entre los ásperos peñascos,
entre el rigor de las nevadas cumbres,
entre los riscos, do jamás seguro
va de caer el mismo pensamiento,
y allá en la soledad yerma y remota,
debe tener debajo aquel silencio,
debajo aquel sayal desabrigado,
favores del gran Dios cierto especiales,
que se pueden sentir mas no decirse [...]

CARTA A UN AMIGO

Es tan verdad, Galanio, lo que agora
recita Aldino en los presentes versos
como es verdad que Aldino y que Galanio
dos nombres son y sola un alma vive
en Galanio y Aldino solamente,
tanto que y lo de mí menos certeza
tengo que vivo y, soy que en mi vos mismo
sé que vivís y sois la mejor parte.
Es esto así que yo, Galanio amigo,
ayer, estando en mi tugurio solo,
a la imaginación solté la rienda
y comenzaron dentro, al claro rayo
del Sol del alma, que alumbrando estaba

como a inferiores cielos sus potencias,
infinidad de imagines sensibles
a rebullir con hervorosa priesa.
¿Vistes alguna vez cómo el planeta
que mide el tiempo y de colores varias
el mundo viste, luego que dispueta
del matutino albergue de la aurora,
por las partes abiertas y roturas
de fábricas entrar, como una viga
de recogida luz, do van bulliendo
mil impalpables cuerpos danzadores,
átomos del Filósofo llamados?;
tal fue la muchedumbre abundosísima
de la movilidad de mis especies
espiritualizadas, con un poco
de humo material, por ser salidas
de la virtud fantástica del seso,
que el rayo despertó, mental y puro,
el cual no estando al órgano ligado
de facultad corpórea, reverbera
sobre sí misma y siente sus noticias.
Esta porción mayor del alma noble,
que presidencia tiene y prelacía
en todas las demás, mientras miraba
la singular intrínseca familia
de su jurisdicción, hétela sale,
hétela ve salir cual ángel nuevo,
llena de celestial, nueva ufanía,
extremamente amada y deseable,
de mi Galanio la lucida imagen.
No morada violeta entre zarzales,
ni polido jazmín entre violetas,
nopreciado azahar entre jazmines,
no colorada rosa entre azahares
y no lirio gentil puesto entre rosas,
hizo más clara y más vistosa muestra
que la imagen amiga entre las otras.
Luego la luz del que preside dentro,
mirando la querida semejanza
llovió sobre ella luminosos rayos
de nunca vistos tales resplandores,
cuyo mental vigor saca y destila
de la sensible especie otra que viene
inteligible a ser de su manera.
No puedo encarecer con qué deleite,
con qué regalo a sí la aplica y junta,

tanto que dél y della queda un él,
tan él, que en él quedé cual ella queda.

Entonces la memoria, tesorera
de aquella y de esta inmaterial riqueza,
del ángulo interior, donde hospede
las desamadas y amistadas formas,
según la voluntad se las ofrece,
como tocada fue, como la hiere
relámpago de luz tan repentino,
luego se acuerda de una vuestra carta,
Galanio, que el discurso contenía
de los amores trágicos que un tiempo
tratastes con Merisa, más amada
de vos que el corazón con que la amastes.
Voy al papel y doy con él de presto
(que nunca se perdió lo bien guardado),
leo y torno a leer, y así leyendo,
os juro santamente por la vida
de entrambos, que sentí de entrambos ojos
caliente humor buscar salida al aire
de estos mis ojos, nunca a tal usados.
El curso reprimí, no sin violencia,
de la somera vena lagrimal,
la cual, volviendo atrás, subir no pudo
al puesto original de donde vino,
y así lloré secreta y largamente
sobre mi corazón, ¡Ved qué buen lloro!
¡ved si la gran canal daba en vacío,
¡ved si la pena de la pena sale,
como si fuese culpa el tener pena
o la misma virtud fuese gran culpa!
Sábelo el corazón, el cual ardiendo
en profunda piedad de vuestros males,
como sintió de llanto el fresco embate,
¿qué pensaréis que hizo, mi Galanio?
Hizo lo que diré: con gran presteza
cúbrense de sus alas diligentes,
recoge su virtud toda en un punto;
la facultad vital, que cargo tiene
de relajar y reprimir la vida,
a su socorro acude, tras quien salen
la virtud natural, desamparada
de toda nutrición distributiva,
la virtud animal que el sentimiento
intrínseco y extrínseco produce;

las corvas venas, por do riega y baña
el purpúreo licor nuestro terreno,
su natural espíritu despiden,
las delgadas arterias, que Avicena
muestra, que por diástolen y sístolen
(vocablos dél nombrados, que declaran
movimiento contino que abre y cierra)
niegan la aspiración fresca y airosa
a la vital pirámide del pecho;
el esforzado niervo, cuyo peso
da ligereza al frágil nuestro lomo,
mortificando el tacto desampara;
el cristalino humor que está en los ojos
(espejos de natura propriamente,
como los otros son del arte espejos)
ya cesan de influir visivos rayos;
los desvelados y someros pulsos,
que van como atalayas descubriendo
la paz de los humores y el debate,
no dan aviso ya del mal que sienten,
mas como aherrojados prisioneros
cesan de palpitar dentro la sangre;
docientos y setenta y seis, que Alberto
dice, huesos, tener el cuerpo humano,
temblaron todos, sin que humor se libre,
carnes, túnica, pelo, uña ni cuero,
hasta la sustancial secreta vena.

En este aprieto estaba, ¡oh, dulce amigo.!,
cubierto de tinieblas dentro y fuera,
cuando en un punto el corazón cuitado,
visto el socorro serle tan dañoso,
tornóse a reforzar contra las lágrimas
y al amigo escuadrón, que en medio al seno,
como en su plaza de armas, fuerte estaba,
dando un profundo, intrínseco suspiro,
con furia dividió, cual fragua ardiente
que el desfruncido fuelle atrás sintiendo
centellas y cenizas y rescoldo
al aire convecino impele y vuela.
Ya la comunidad, con el Senado
de ésta del alma viva sepultura,
pacificada vuelve y se coloca
en los propios lugares que tenía;
ya todo se reposa y todo tiene
sus primeros asientos naturales.

¿Vistes alguna vez en la campana
ejército español, fiero y lozano,
cuando la noche con sus alas negras
esparce por el aire tenebroso
silencio, sueño, miedo y sobresalto?
¿Vístesle estar durmiendo y reposando
debajo la despierta vigilancia
de la real, nocturna centinela,
que está con recatado azoramiento
mirando al derredor por sí y por otros?;
la cual, echando el ojo atento y firme,
retificando con la oreja atenta,
descubre o le parece que columbra,
confusamente, umbroso y bajo bulto
de algún acechador, cauto enemigo;
mira y torna a mirar, se abaja y alza,
echa adelante un paso y vuelve al puesto,
se impone, se apercibe, se apareja,
se empina, para, parte, prueba y pasa
su paso a paso de una en otra parte
y requiere a sí mismo no de espacio,
tiene continuado el rostro siempre
al bulto y duda y no se determina,
quiere gritar. «¡Arma, arma!», y se detiene
por no causar común desasosiego,
que si no fuese el bulto cierta cosa
viene a disminuir de aquel conceto
y estimación debida a buen soldado.
Mas hete de improviso que descarga
el contrario furor sobre su pecho:
«¡Arma, arma, Santiago; arma, arma!», grita;
luego veréis la voz multiplicada,
difusa y repetida en toda boca.
Hacia el primer rumor ya corren todos,
las sonoras cajas ya retumban;
aquél toma el escudo, éste el estoque,
éste y aquél la lanza, otro la pica,
otro la espada, ese otro el instrumento
que relámpago, rayo y trueno junto
echa de sí con daño de mil vidas,
aquél su cuerda enciende, éste su mecha
sopla, de balas éste boca y bolsa
hinche; quien la trabada y vieja malla
cubre, quien la manopla y la celada
toma, quien el arnés trabado encima
carga, quien del almete y la coraza

traba, quien la jineta o la alabarda
coge, quien espaldar y peto junto
ata, quien una y otra pieza luego
trueca, quien el quijote sobre el muslo
pega, quien la escarnosa coracina
ase, quien grebas, bufa y contrabufa
pone, quien tachonadas taberías
ciñe y se enlaza con presteza el yelmo.
Veréis tras esto el fiero y generoso
caballo, al alto son de la trompeta,
alzar la frente alegre y plateada,
sacudir el copete y la cabeza,
el cuello encaramar, erguir la oreja,
el ojo ensortijar, volar las crines,
las narices abrir, temblar los labios
el suelo patear, tender la cola,
los dientes rechinar, torcer la boca,
la cerviz abajar, tascar el freno,
las ancas recoger, doblar las corvas,
el pecho dilatar, volar los cascos,
luego entonar relinchos atronados
que no puedes dudar que en su lenguaje
quiera decir: «¡Arma, arma, cierra, cierra!»
ahora le veréis fácil y diestro
con las manos triscar, todo empinándose
firme en los pies, ora estribado todo
sobre los brazos despedir al aire
dos coces, que a una piedra de diamante
reduciría en polvorosa nube
sobre manos y pies fundado ahora,
un brinco despedir tan licencioso,
tan repentinamente suelto y libre,
que pensaréis que sube al alto cielo
a competir con el caballo alado,
aquel que de Hipocrene el agua santa
causó dándole nombre de la causa
y para sí llamó Belofronte
en la fuente corintia de Pirene;
después volando solo a las estrellas,
donde descubre el ártico rodeo,
casi muestra besar del viejo Acuario
la mano y del Delfín el curvo rostro.
Estando en este error tumultuoso
y los cuerpos de guardia más cercanos
ya rebatido habiendo al enemigo,
pasa la voz que cada cual se vuelva,

y así las centinelas reforzadas,
el belicoso pueblo y las cabezas
tornan a sus armados pabellones,
sus viudas chozas, tiendas y barracas,
y en lugar del rumor entra el silencio.
Desta manera que aquí pinto agora,
las potencias del alma y las corpóreas
reñidas, revoltosas y azoradas,
sentí, Galanio, en mi pequeño mundo,
mas vuelta, como he dicho, toda cosa
a su lugar, también la mente clara
a Galanio volvió, que es lugar suyo;
a ponderar comienza muy de espacio
mi porción superior vuestros sucesos.

Quedo maravillado de la trama
del niño arquero, en ver cuán poco a poco,
en ver (¿pasáis por tal?) cuán paso a paso
astutamente urdió, de mano en mano,
las telas de sus mañas, hilo a hilo,
y destiló ponzoña, gota a gota,
para después herir de lleno en lleno
vuestra alma y penetrar de claro en claro.
¡Ved la sagacidad de este mal niño!,
¡ved la simplicidad de este embustero,
de este (que así diré) gitano espíritu!
En fin, yo dije y digo y diré siempre
que Amor es una lucha no entendida
de mil traspies, enredos y marañas,
un terrible sofista que argumenta
con la misma verdad muy sin vergüenza,
es un móvil primero que arrebatada
consigo los planetas inferiores
y los hace mover contra sí mismos,
sin que su castidad valga a la Luna,
su cautela a Mercurio y sus contentos
a Venus, que también lloró a su Adonis,
sin que su luz le valga al Sol, su furia
a Marte, su grandeza al alto Jove
ni sus helados miembros a Saturno,
es, finalmente, una natura nueva
por quien la universal va gobernada,
un espiritual confuso mundo
y un puesto en su lugar distinto caos.
Luego consideré, Galanio, el alto
y subido de punto lleno afeto,

la entrañable afición que se señala
en las amorosísimas epístolas
escritas de la mano de Merisa;
yo por mí digo, y santamente juro,
que nunca vi, ni en memorables casos
del tiempo oí, que pudo en pecho humano
Amor introducir tan altas veras:
que si el Amor se corta a la medida
de la esperanza, y nunca amar se pudo
lo no esperado, yo por cierto tengo
que Merisa esperó por esta vía
otro Cupido ser con arco y flechas.
Lo que Merisa escribe a su Galanio
cosas tan vivas son que no tan sólo
no pueden escribirse y no sentirse,
mas para las sentir como se escriben,
o para las decir como se sienten,
es la misma verdad necesitada
a sentirlo, decirlo y escribirlo,
que no puede pintar las vanas sombras
del arte ornar de vida y movimiento,
ni se puede decir que el que traspasa
su pecho, como Tisbe con el hierro,
finja privar de vida el cuerpo triste,
que no finge morir quien se da muerte;
así no puede ser que no sintiese
Merisa lo que escribe, que es de modo
que de necesidad, antes de escrito,
fue la misma verdad la notadora,
como suele decirse que a la estatua
precede la materia de que es hecha.

Mas vuelvo a la razón de vuestra carta
y digo que sentí la triste ausencia
de Galanio y Merisa, en aquel grado
que siente de sí mismo el que se muere.
Yo verdaderamente afirmo y creo
que es otra vida, superior de aquella
con que vivimos, el tener presente
la cosa amada, así como otra muerte
mayor es que el morir della ausentarse.
¿Queréislo ver? Notad que muerto el hombre
no siente que murió, mas ausentado
siente que muerto está, y este sentido
es sólo tan mortal por no morirse,
de modo que a la muerte cuando llega

se conviene llamar vida que muere,
y a la ausencia nombrar muerte que vive.
¡Ay, qué bien sé que el amador ausente
más muere en no morir que si muriera
cuando dejó la causa de su vida!
Es ello así porque animando el alma,
más que el lugar que anima, al mismo que ama,
ausentándose dél siente dos muertes:
una que muere y otra que no acaba;
y tengo por muy cierto que la pena
causada del morir nace de sólo
parecerse a la ausencia, dura y triste.
Si tanto da dolor la semejanza,
¡ay! ¿qué dará la causa a quien semeja?
Que como el amador la propia vida
y el mismo mundo por tan baja cosa
juzgue, en comparación del bien que sigue,
en fe de esta razón queda por dicho
que ha de sentir, ausente, mayor daño
del que muriendo deja sólo aquello
que el amante pospuso por quien ama;
y digo más: que si la muerte amarga
vida no recibiese de la ausencia,
no pudiera matar por ser ya muerta.
¡Ay fiera ausencia que en las altas cumbres
vives de soledad, mirando el valle
por do las aguas corren del olvido,
y desde aquella altura, aquel abismo,
despeñas las memorias amorosas!

Esto, Galanio amigo, en todo el tiempo
que el Sol pasó del Toro al Sagitario,
no pudo acontecer con la memoria
de Merisa gentil, porque no estaba
sujeta del ausencia a los engaños.
¿Paréceos poco, en término tan luengo,
Merisa no mudar de su firmeza,
siendo, como es así, que las raíces
en voluntad plantadas amorosa,
si el fresco humor vital de la presencia
no las refresca y riega de continuo,
la misma voluntad, por ser de fuego,
las vuelve en humo y en ceniza inútil,
creciendo más el tenebroso olvido
como sombra de amor, mientras más lejos
cobra la amada luz, lugar y tiempo?

Mas vuelvo a vuestra carta, ¡oh mi Galanio!,
y digo así que al punto de la vuelta
de la insigne ciudad, que al gran maestro
del infame Nerón fue dulce madre,
cuando con el silencio de la noche
fuistes a ver (¡dichoso vos, vos fuistes
a ver!) la gran tirana de vuestra alma,
¡por vida de Galanio, así gocéis!,
decí: ¿qué le dejistes a Merisa?
¿No le dejistes: «¡Oh, mi dulce y cara
Merisa, vida mía, gloria mía,
amado paraíso de mis ojos
y bienaventuranza de mi alma,
gracias sin fin al cielo que he podido,
que he llegado, ¡oh mi luz!, a tanta dicha
que cumpla este destierro de no verte
a do cualquier momento fugitivo
del tiempo que pasé sin ti, Sol mío,
toda la eternidad se me antojaba!?»
¿Qué me decís, Galanio, es algo de esto
lo que dejistes vos?; mas ¡quién lo duda!
También yo navegué por esos mares,
también yo fui soldado en esa guerra
y el tributo pagué de aquellos años
que al niño arquero son más agradables,
mas ya podré decir: «pasó, solía»,
que el ébano del pelo ya blanquea.

Dejo de relatar los varios casos
de tantas veces que los cautos padres,
como decís, os vieron de Merisa
en pláticas de amor juntos hablando
(¡oh voluntad tirana, oh fuerte ahínco
del amador atento y transportado,
que un Argos hecho en el amado objeto
es para lo demás un ciego Edipo!)
también me callaré los sobresaltos,
las artes, las congojas, los temores
-progenie de Cupido- que ambos pechos
sintieron de desastres sucedidos,
y callaré también las invenciones
de las sortijas dadas y trocadas,
y el amoroso y firme juramento
de conservarlas hasta el fin postrero
y cubiertas dejar con la mortaja.

Sólo quiero tratar, muy brevemente,
de aquella inspiración, que así llamastes,
tenida juntamente con la bella
Merisa, de vestir hábito estrecho
de religión Y dar de mano al mundo;
risa y piedad me acometieron juntos
cuando a leer llegué cosa tan nueva,
cosa de que ella y vos estáis más lejos
que el mil del uno o que del cielo el centro.
¡Donosa conversión de dos que buscan
los cuerpos convertir, como las almas,
uno en el otro y ser nuevo andrógino!
No es esa conversión por Dios trazada,
mas un extremo opuesto al convertirse:
no porque el yelo queme a la verdura
y la pueda quemar también el fuego,
por eso el yelo es fuego, el fuego es yelo,
no porque vos llegarades al punto
de efectuar lo mismo que pensastes,
fuera divino amor la causa dello,
mas su contrario dél, que es el mundano,
y, dado que a ese amor y a ese otro llamen
también amor, sabrás que pira siempre
son y serán amores paralelos
que no pueden juntarse a ningún término.

¿Veis cómo los despiertos también sueñan
y durmiendo en pasión ven su deseo,
como suelen decir que la esperanza
es engañoso sueño del que vela?
Bien puede Dios con absoluto brazo,
así como de nada todo hizo,
hacer que contra el tiempo y la costumbre
un alma vuelva en sí desde muy lejos,
pues toda criatura está en potencia
obedencial al Criador supremo,
empero Dios, que tiene al mismo mundo
hecho en sí mismo, el mismo Dios no hecho,
cuando lo fabricó, cuando lo puso
fuera de sí quedando en sí la idea,
con tanta perfición le dio remate
que el mundo el mismo es ora que era entonces,
sin torcimiento en él de parte alguna,
de modo que criado el albedrío
señor del sí del no, cosa increíble
parece que del sí que preció siempre

salte en el no que nunca tuvo en precio,
no le torciendo Dios de su postura.
Respirar y soplar a un mismo tiempo,
cielo y tierra mirar a un mismo instante,
ir atrás y, adelante a un mismo punto,
natura ni razón no compadecen.
Son esos, como suelo yo decillo,
unos espiritillos resabidos,
unos -así diré- títores vivos
de la imaginación, do se encaraman,
nacidos de adulterio o, como suelen
nacer, de corrupción, mil sabandijas,
a veces se producen de regalo,
otras de novedad, otras de rabia,
otras de que se dijo aquello acaso
y quieren que así sea y que no sea
mas de en razón y fe de que se dijo.
Tened por cierto que eso es dar la clava
de Alcides y calzar sus anchas botas
al niño que aún apenas no ha nacido,
es vuelo de tortuga, es fundamento
de la sombra del humo al aire dado,
es el ratón que quiso en agujero
do no pudo caber muy de su espacio
introducir la seca calabaza.
¡Ay, como nunca dio planta sombría
que le faltó vigor para las flores,
fruto maduro, deseado y dulce!

Galanio, por mi fe, muy bueno es eso:
andáis de noche acá y allá buscando
la vida como gato, parecéisme
por los cantones hecho un matasiete,
coméis el buen manjar, subís de codo
el cáliz (y no, cierto, el de amargura,
mas del vital licor que las mejillas
hace resplandecer como rubíes)
dormís en olorosa y limpia holanda,
vestís de fina lana y rica seda,
vivís con aparatos que asaz cuestan,
con amigos tratáis del mismo estilo,
procuráis del señor la alegre cara,
pedís la recompensa del servicio
y, finalmente, sois un puro hijo
del siglo y ¿queréis ser un San Macario,
un espiritual padre sagrado

habitador del egitiano yermo?
¡Y dará luego, en dame acá esas pajas,
con la carga en el suelo el reverendo!
Ese de Babilonia es el camino,
no de Hierusalen, Galanio amigo.

Mas tiempo es ya que acabe yo mi carta
por excusar molestia y pesadumbre,
dejando muchas cosas que quisiera
adelante pasar, mas aquí ceso.
Guarde Nuestro Señor vuestra persona,
de mí muy más amada que la mía,
como vos deseáis y yo deseo.

De la ciudad que dista siete leguas
de la iglesia mayor que hay en Castilla,
a los siete del mes que el Sol discurre
el signo que también acabe en siete,
tomando del Carnero a los Pescados.

Postdata. Yo quisiera, mi Galanio,
enmudecer aquí, trabar la lengua,
junto papel, memoria y pluma, junto
sacrificar por siempre al dios herrero,
y así me levanté por no escribiros
más de lo que escrito, empero quise apenas
esta carta cerrar cuando un despecho,
un tropel de dolor, un gran torrente
de cólera inflamada me arrebató,
y con palabras de silencio triste
me dice. «Estate aquí, di lo que digo.»

Yo callo y tomo luego mi aparejo
y digo lo que dice de esta suerte:
«¡Oh Merisa, Merisa, muy más fiera,
oh Merisa cruel, fiera Merisa,
que el enojado mar sobresaliente
cuando se va con erizado cerro
a competir con las armenias cumbres!
¡oh fiera, más que el cielo cuando truena,
oh fiera, más que el rayo cuando hiere,
oh fiera, en igualdad de mi tormento,
en fin, en fin, oh indina que te nombre!

¿Quebrantaste la fe, soltaste el ñudo
de nuestro amor, más fuerte que el gordiano?;

¿que pudiste soltar ñudo tan fuerte,
que quebrantaste fe tan confirmada?,
¡oh desleal, perjuro, ingrato pecho!

Ya que tu condición fue tan mudable,
ya que mi voluntad fue tan constante,
ya que no pude reparar mi daño
ni aquel ahervorado encendimiento
que en tu alma prendió cual nueva Troya,
según me referiste y me mentiste
(Troya que sola yace sin quemarse,
no como el Mongibel que en mí levanta
perpetuado ardor de llama al cielo),
ya que.... ¿pero qué digo? ¡Ay, que no entiendo
en qué materia andaba, que me tienes
desvanecido, embelesado y muerto!
No te perdone Dios, no te perdone
el daño que me has hecho, que me has hecho;
pido de ti venganza sempiterna,
mas ¿para qué, Merisa, si tú fuiste
mi vengadora en ti, más que lo fuera
el mayor enemigo tuyo y mío?

¡Oh cruda contra ti, ya lloro y siento
más ese tu rigor, no perdonado
en ti, que en mí la pena que acrecientas!
¿No diera yo siquiera alguna causa
a tanto error para que todo el peso
no cupiera a ti sola de ser tuyo,
y me quedara así defensa alguna
con que desagraviar tan grave ofensa?
Mira cuál es, que siendo tú, Merisa,
tan amada de mí que más quisiera
mil muertes que ofenderte en un cabello,
tan castigada estás de tu pecado
que a trueque de poder yo desculparlo
quisiera ser la causa de ese daño
y sobre mí tomar toda la culpa,
que aunque después me dieras tan gran pena
como sin merecértela me diste,
yo redimiera con plegaria humilde,
con lágrimas del alma y con suspiros,
la pérdida inmortal de mi inocencia;
sé que no fueras tú tan cruda entonces
comigo como has sido ora contigo;
mas ya no puede haber otro remedio,

ya la ocasión pasó de lo pasado,
que en lo pasado falta el ya tenilla.
Más bien entiendes tú la cifra de esto,
que lo peor que tiene es que conviene
no dejarse entender por no infamarte
(¡ay, que en pensarlo siento allá en mi alma
pararse colorada la memoria!).

¡Oh Dios, oh Dios, que pudo aquella lengua,
de do tantas ternezas y blanduras
salieron a Galanio enderezadas,
que pudo aquella boca, de do tantos
soperos encendidos se esparcieron
sobre mi rostro cual región de fuego,
que pudieron los ojos de esta ingrata,
de donde un Nilo, un Istro, un Tajo, un Gange
por mí de amigo humor casi manaron,
que pudieron las manos de esta injusta,
asidas con las mías tantas veces
¿doral o callaré? Quiero callarlo,
que, aun siendo yo, cuitado, el ofendido,
reventaré primero que mi boca
respire aliento en menoscabo suyo,
y nadie piense, oyendo esto, decirme
que siento en perjuicio de Merisa
en lo que toca a su decoro y honra.
¡Ay, cómo por demás es consolarme,
si el cielo a mi dolor no se lastima!

¿Quién me consolará, si en ella acaba
el mundo para mí y en ella empieza?
El piohemia y razón de mis agravios
trocarse en tiempo de la vida alegre
en tránsitos de muerte y pasos della,
mis líricas y dulces cantilenas
en ronca voz de dolorosa endecha;
aquí paró la rueda de Fortuna,
no puede más conmigo la inconstante
que la estéril ceniza en poco humo,
cual poca estopa en Etna me redrojo,
y del furor que en mí soltó las ruedas
rota y quebrada queda en mil pedazos.
Si acaso tú tuvieras mil razones,
ingrata, de olvidarme, que no tienes
otra que el no tener otro más tuyo,
quedara condenado yo siquiera

a tu desdén, mas no, mas no, malvada,
a ver en mi lugar, antes de muerte,
un nuevo sucesor de mis riquezas
y mejorado tanto de tus dones
que te desposeíste de ti misma
y en última pobreza, al fin, quedaste.
¿Qué me faltaba a mí para heredero
de esos que me tocaban ricos bienes?
Faltóme sólo en ti conocimiento
de ti, déj y de mí, que de otro modo
yo solo cierto fuera el venturoso,
pero no quiera Dios que ya lo sea
por no llegar a cosa que ha podido
ese llegar que a ser tan poco llega.

¡Ay, Merisa, ay, Merisa, oh cruda y fiera
Merisa, aquella, tú, por quien Galanio
penó tanto, amó tanto y sirvió tanto,
Merisa, aquella, tú, yo digo, aquella
que en este suelo, amada tantos años,
cantando me tuviste tus bellezas,
y con nuevo pastor, de no sé adónde
venido, te mezclaste, con un nuevo
advenedizo halláronte que estabas
en amorosa lucha encadenada.
La verdad se soltó, ya más no pude
callarla, que el dolor con fuerte mano
a decir me forzó muy más que osara.
¡Ay, alma sin verdad, alma perjura,
alma engañosa, mentirosa y vana!

¿Qué te faltó, Merisa, en mi cuidado
para que ajena boca y mano ajena
entrarse en posesión de mis tesoros?
¿Creíste que muerto era? ¡Ay, que tan vivo
nunca estuve en desdén, ni tú tan muerta
fuiste jamás al bien, porque aunque vivas,
muerta, muerta es de ti la mejor parte!
¿Faltaba en mi cabaña o mis ejidos
la dulce leche, el requesón sabroso,
para que tú, di, miserable y triste,
pusieses en olvido y menosprecio
al que más te quería que la propia alma?
¿Podía la tierra estar en sí más firme
que mi querer?, ¿viste pastor alguno
mejor que yo?, ¿pudo ninguno darte

prenda mayor?, ¿tuviste nunca queja
de mí?, ¿podrás jamás redargüirme
de amor y fe? ¿Pues cómo en hora breve,
en breve punto, ¡ay, Dios!, pudiste tanto,
Merisa ingrata, que tan caras prendas
fuesen en duro olvido sepultadas?
¡Y que esos dulces miembros, ya no tales,
otro Galanio otro pastor tratase,
tratase otro pastor! ¡Dios os maldiga,
oh Merisa, oh Merisa, siempre indina
de mi afición!, ¡oh mil millar de veces
antes yo muera que Merisa nunca
nombre Galanio ni él nombre Merisa!
¡seas ora última vez por mí nombrada!

¡Vete, pues, desleal, sin más nombrarme,
sus, vete, vete ya, ni más parezcas
ante mis ojos, huye de mi vista,
apártate de mí para en eterno!;
conversa ese pastor necio y silvestre,
que no es posible, al fin, que tal no sea
de tan baja elección siendo escogido,
que tú misma serás, yo lo seguro
como sin libertad de vida y alma,
mi venganza con él y aun dél con otros,
y con esto se acabe para cuanto
durara el alma tu memoria en ella.»

¡Oh Galanio, oh Galanio!, ¿qué os parece
de vuestro Aldino? Ved con cuántas veras
tras la imaginación dejé llevarme;
yo verdaderamente me creía
Galanio mismo ser, y así trataba
con la estragada y áspera Merisa
como si fuera vos, mas no me engaño,
que no soy menos vos que vuestro soy.

Lo que me queda agora que deciros
es que borréis del todo la memoria
de esa ingrata y cruel. con fuerza haceros.
Fue muy pesada burla la que os hizo,
fue ciertamente un grave desacato
de esa mudable y mal regida hembra;
dejadla, pues, correr a la fortuna.

DIÁLOGO ENTRE CABEZA Y PIE

Conversación que en la cama,
entre un pie despedazado
de un mosquetazo pasado,
y la cabeza, su ama,
pasó de golfo lanzado.
Para decir la verdad,
era el pie una mala pieza
y no buena la cabeza.
Lo que se sigue notad,
que el antifona ya empieza.

CABEZA.

¡Oh pie, que allá bajo estás!

PIE.

¿Quién es que llama a los pies?

CABEZA.

Mi pie, tu cabeza es,
que me tienes cual jamas,
por malo que estás, estés.

PIE.

¿Cómo así?
Igual me tienes tú a mí,
pues me llevaste a lugar
que me hubiesen de arrancar
los huesos con que nací.

CABEZA.

¡Por Dios que es donoso el chiste!
¿Yo dices que te llevé?
Pie, tú fuiste por tu pie.

PIE,

Sí, cabeza, mas tú diste
de cabeza, y yo pagué.
Mas agora,
¿de qué te quejas, señora?

CABEZA.

¡Eso es bueno de sentir!
Que no me dejas dormir

del mes tan sola una hora.
No me consientes, ni quieres,
descanso, que a lo mejor
revuelves como traidor
y allá en los sesos me hieres
con cuchillo de dolor.
¡Oh, si fuera
que en mi poder estuviera
darte más crüel castigo
del que tienes, enemigo,
sin duda que te lo diera!

PIE.

¡Oh, galanamente y bien
está mi mal remediado!
Herido y despedazado,
¿y habré de quedar también,
tras cornudo, apaleado?
¡Ved cuál es
nuestro bien!, tan al revés
que, desde que Adán pecó,
jamás cabeza nació
que bien tratase a los pies.
Nosotros obedeciendo
lo que ellas mandan en todo,
por el agua y por el lodo
pasando, andando y viniendo
sin descansar de algún modo,
porque asiste
la carga que se resiste,
no tan sola natural,
mas también artificial
que a los cuerpos arma y viste.
Si en algún peligro está
la cabeza, si le vernos,
de presto la socorremos,
mudándola acá y allá
hasta que nos despeemos,
sin temer
lo que suele suceder
entre caídas y abrojos.
que casi temen los ojos
la ofensa en sólo los ver.
Pues, si manda la cabeza,
sin que el pie diga de no,
por sólo que obedeció,

cuando ella cae o tropieza
dicen que el pie tropezó,
como cuando
el mar sus olas alzando
le imputan el movimiento,
y no miran que es el viento
que le impele y va mudando.

CABEZA.

¡Ay Jesús, qué desvarío!
¡Ay dolor, que no me dejas
ni de mí jamás te alejas!

PIE.

Pues ¡cómo! ¿El dolor es mío.
y tú, cabeza, te quejas?
Pocas vi,
cabezas, no ser así,
que, por mostrar que lo son,
do tienen menos razón
más muestran hacer de sí.

CABEZA.

Tiénesme cansada y, muerta
con esa tu boca loca

PIE.

¿Y cómo si tengo boca
casi mayor que de puerta,
lo demás a ti te toca?

CABEZA.

¡Malcriado!
¿Desa manera has hablado?

PIE.

¡Por Dios, que es gentil criar
haber sin huesos de estar
tras haberlos bien criado!

CABEZA.

De huesos yo creo que no
quedarás, pie, tan sencillo.

PIE.

Muy mejor sabrás sentillo

cuando, mudándome yo,
darás tú de colodrillo.

CABEZA.

¡Ay, qué excesos
de dolores tan espesos!
¡No los puedo sufrir más!

PIE.

Esto a lo menos podrás
saber: si me faltan huesos.

CABEZA.

Ya tanto hueso me tiene
también a mí desosada,
boquiagria y enfadada.

PIE.

De ser cabeza, te viene
enfadarte de nonada.
Importuno
fue siempre el harto al ayuno,
que, a ser yo de tu jaez,
nunca valiera mi diez
nueve menos que a ti uno [...]

OCTAVAS A DON JUAN DE AUSTRIA

La mujer militar que tiene el pecho
de acero, a quien la gente llama guerra,
su rostro antiguo en lágrimas deshecho,
quebrada la color, como de tierra,
a ti, glorioso autor del más gran hecho
que en humano poder la edad encierra.
viniendo humilde, atenta y dolorida,
dice, con voz del corazón salida:

«¡Oh fiero domador de filisteos,
nuevo David de la cristiana Roma,
claro destrozador de los trofeos
colgados en el templo de Mahoma,
cuya grandeza excede a los deseos,
con sólo un resplandor que della asoma,
si no vuelves por mí, ya el fin temprano
veo (que no querrá Dios) del cetro hispano!

Recibe esta llorosa profecía
cumplida en mi vejez, triste, importuna:
dígame que la ibera monarquía
veo a los pies caer de la fortuna,
crece la rebelión y la herejía,
despierta el gallo al rayo de la luna,
y el pueblo más de Dios favorecido
duerme a la sombra de un eterno olvido.

¡Sus, presto, el paso alarga de gigante,
joven real, no tardes, ve, camina,
a cuestras toma, oh mi español Atlante,
el mundo, que a ser tuyo se destina!
La evangélica esposa militante
sobre tus fuertes hombros se reclina,
hácete Dios caudillo de su nuera,
¡sus, caiga el gran Babel, sus, caiga y muera!

Mas antes que yo salga, Alcides mío,
contigo a tanto monstruo, tenme cuenta:
mira con corazón humilde y pío
mi desnudez, vejez, hambre y afrenta;
quien dio al gran padre tuyo el señorío
del nuevo mundo al hijo se lamenta:
soy de mi enojo sierva miserable,
ni hay quien a ti, por mí, interceda y hable.

Quien las coronas da, quien da las sillas
¿vive sin premio? Cesó y más no digo;
dejo este mar sin puerto y sin orillas,
y tú vuelve tu frente a tu enemigo.»
Hizo aquí fin, llorosa y de rodillas,
la mujer militar del siglo antiguo,
y cesó yo con ella, a ti dejando
lo más que a tu saber digo callando.

OCTAVAS AL REY DON FELIPE

Dos mujeres venir no lejos veo,
de forma, hábito y ser bien diferente,
Tan vieja es una de ellas que el rodeo
muestra del tiempo estar todo en su frente;
viste de militar, lucido arreo
con airoso ademán grave y valiente,

cierra en el puño un asta do parece
que el hierro más que estrella resplandece.

La segunda mujer, que el paso mueve
altivamente humilde y reposado,
cubre una estola blanca más que nieve
con larga cruz de esmalte ensangrentado;
suelto el cabello en nazarena y breve
forma, y de lirios frescos el tocado,
tan casta, tan gentil, graciosa y bella,
que el aire en torno se enamora della.

Llegan las dos, y la que brazo y pecho
arma de claro, impenetrable acero,
pregunta por Felipe y va de hecho
a dar con nuestro rey, segundo, ibero;
enhiesta deja, dél no largo trecho,
la lanza que en la mano trae primero,
y arrodillada, atenta y dolorida,
dice con voz del corazón salida.

Cuando entregar la vieja ya quería
la lengua a su razón, pone en el suelo
las rodillas la otra que venía
con ella, ardiendo en puro y vivo celo,
y el tierno rostro en quien se mira el día,
juntas las manos levantando al cielo,
de sus hermosos ojos, hilo a hilo,
deja caer un lagrimoso Nilo.

«Rey soberano -la mujer armada
dice, con son de pecho alto y robusto
a quien se debe sujeción amada
del cita helado al etíope adusto,
en quien estriba Europa bautizada
como en su defensor, cristiano Augusto,
pido atención, tan dulce como larga,
a mi razón, tan corta cuan amarga.

Esta que junto a mí, gran rey, has visto,
de forma tan gentil, tan elegante,
es la nuera de Dios, de quien es Cristo
esposo, protector, padre y amante,
aquella cuyo imperio fue previsto
antes que diese el sol su luz bastante
y durará toda la larga vida

que el tiempo prosiguere su corrida.

En ésta sola puso el Rey Eterno
el decreto final de su albedrío,
con quien jamás las puertas del infierno
ternán prevalecido desaffío-,
Troya cayó, cayó todo el gobierno
del griego y del romano poderío,
mas no podrá caer del firme asiento
quien tiene al mismo Dios por fundamento.

La casa cuyos ángulos y esquinas
son cuatro evangelistas y doctores,
y doce de almas puras y divinas,
apóstoles de Dios, arquitectores,
¿cómo podrá temer de las rüinas
que causan de la tierra los temblores,
aunque en el corazón y en los abismos
del mar cayan por sí los montes mismos?

Ya ves con cuánta gracia junta y cierra
sus manos de alabastro, y pone en alto;
pues manos son también que a dura guerra
Dios enseñó y a belicoso asalto,
cuyo valor con sólo un dedo atierra
al centro el ángel tenebroso y falto
y, con ser dedo, el brazo al mundo liga
y a la mayor doméstica enemiga.

¿Quién resistir podrá, doncella santa,
a tres incontrastables armas, tales
que tu valor al mismo infierno espanta,
pues rompes de piedad los pedernales,
que tu rara beldad se precia y canta
sobre los altos coros celestiales?
¡Bendiga el sumo Dios tanta belleza,
junta con tal blandura y tal fiereza!

Pues tú, sagrado rey, conviene agora
a nuestra petición, no menos dina
de condoler que santa quien la llora,
oreja y atención prestes benina:
esta mujer ser temporal aurora
de aquella eterna, dije, luz divina,
digo también quien soy, y aun diré luego
la causa de mi llanto y de su ruego.

Yo soy, que así me nombra el vulgo insano,
el arte militar de los nacidos,
que derribé por la divina mano
los ángeles del cielo envanecidos;
al medo, al persa, al tracio, al espartano
y a los del mar austrino, enriquecidos
hice yo y vencedores o sujetos
según mi providencia o sus defetos.

Soy madre de los Césares famosos,
reina de los antiguos Tolomeos,
señora de los casos venturosos,
valedora total de los deseos;
los tronos y los cetros más gloriosos
mis ornamentos son y mis trofeos;
soy tal que el mismo Dios, por honra y fama,
Señor de los ejércitos se llama.

Después que en el eterno consistorio
determinado fue que el sacrosanto
Hijo viniese al mundo transitorio,
cubierto del mortal, terreno manto,
aquel gentil dejé, vano abolorio,
de los siglos sin luz, que quise tanto;
tres mil años y más de edad pasada,
quedó mi frente anciana bautizada.

Desde aquel tiempo acá, leda, me ofrezco
toda, sin que de mí reserve parte,
a la sagrada cruz, que no merezco
ver, cuanto más tener por mi estandarte,
y desta dulce esposa me enriquezco,
cuya intención yo vengo a declarararte,
por ser ministerial sierva guerrera
della, que en ti como en su brazo espera.

Y no pienses, ¡oh rey!, que es éste sueño
o fantástica imagen aparente;
es conecto común que el más pequeño
y el más granado pecho dice y siente,
y puédese inferir ser Dios el dueño
de voz que corre así públicamente,
pues de necesidad, quien bien lo mide,
causa común común efeto pide.

Por tanto, gran Felipe, mira y nota
ésta a quien Dios por su querida quiso.
¿Qué piensas tú que pide la devota
doncella al gran Señor del paraíso?
Pide que mí razón, libre y remota
de todo adulator, compuesto aviso,
tan aceto lugar contigo cobre
que lo que digo yo tu valor obre.

Yo digo, pues, que en cuanto tiene el hombre
de habitación, en Asia, de la tierra
no tercia cantidad, mas tercio nombre,
que la mitad en sí del orbe encierra
(región que profesó siempre el renombre
de original imperio de la tierra,
no sin razón, en cuanto al que merece,
igual de su virtud su premio crece;

el peso militar y la grandeza
del galardón guerrero, estriba y carga
no en hombros de favor o de nobleza,
mas en sola virtud sabida y larga;
una misma región tienen de alteza
el premio y el valor que más se alarga;
¡oh gran saber, que en esta parte alcanza
de la razón de Dios la semejanza!);

esta que digo ser medio orbe entero,
puesto en igual porción de dos menores
partes del elemento más grosero
(que quisieron nombrar nuestros mayores
la una Europa, en quien el cita fiero
todos los griegos tiene aderedores,
hasta la gran ciudad de Constantino,
por permisión del Hacedor divino;

la otra África o Libia, cuyo puesto
hacia el poniente mira al oceano
y tiene Abila a Calpe contrapuesto
tomando en medio el curso gaditano),
Asia, torno a decir, para denuestro
y daño del valiente pueblo hispano,
con esta que aquí digo tierra mora
se junta en uno y confedera agora.

Pues ¿cómo podrá ser que, si la parte

media del mundo da nuevo subsidio
a la tercera dél, y el tracio Marte
dentro le pone militar presidio,
el español, por sí, detenga aparte
Asia conjunta al bárbaro numidio?
¡Ay, que a tanto furor, a tanta carga
mal puede resistir lanza ni adarga!

Si al desastre del tiempo de Rodrigo,
cuando era aún el mundo tan novicio
que máquinas de fuego el enemigo
no conoció ni bélico artificio,
España en su deshonra dio consigo,
sin recelar de turco maleficio,
¿qué puede agora hacer tan desprovista,
con gente tan copiosa y tan prevista?

Si pudo Tingitania, con todo eso,
la comarca invadir de nuestra Iberia,
donde alargó con militar progreso
casi infinita edad nuestra miseria,
¿qué debe sospecharse en tanto exceso
de privación de forma y de materia
como se entiende entre ellos y nosotros,
que ejemplo, al fin, seremos de los otros?

Cuatro en nuestro favor cosas había
en aquel siglo, en esto venturoso:
que el cítico Mahoma no corría,
sobre el cristiano mar, tan poderoso,
ni el gálico poder le recogía,
ni el fementido hereje caviloso
armaba el pecho, ni en el pueblo insano
había la rebelión puesta la mano.

Pues junta rebelión y apartamiento
de aquella fe que la verdad prefiere,
con la infidelidad y el torcimiento
del ánimo francés, que allá se adquiere,
cuatro centauros son que, a lo que siento,
dellos cualquiera un nuevo Alcides quiere;
y tú no dudes, rey, que todos ellos
a ti se vienen con erguidos cuellos.

¿Dó puede descargar tan fiera y grave,
horrible tempestad, que al mundo asombra,

sino de Pedro en la pequeña nave,
de quien tu brazo defensor se nombra?
Luego fuerza será que ella su llave
se tenga y tú su escudo, en cuya sombra
navigue la constante navecilla
hasta correr el mar de orilla a orilla.

¿Ves la necesidad que se te ofrece
para la defensión de tu partido?,
¿ves que se junta, se dilata y crece
África y Asia, en firme cuerpo unido,
y del bando español todo descrece,
todo lo hunde el agua del olvido,
sin prevención, sin fuerza y sin reparo,
que así quiere el rigor del hado avaro?

Hacer seis cosas pueden resistencia
a toda mano armada que guerrea:
soldados con cabezas de experiencia,
plaza, foso y través que fuerte sea,
dificultad de sitio, en eminencia,
do la misma natura es quien pelea,
y faltan todas seis por el costado
de España que debiera ser guardado.

Es voz común de la vulgar rudeza
que la falta de humor que España tiene,
y sobra de desierto y de aspereza,
le hace defensión contra el que viene,
y no sabe entender con qué estrechez
de nutrimento el ¿noto se mantiene,
como en el siglo atrás bien claro vimos
cuando el paterno límite perdimos.

No puede ser ni hace impedimento
esa esterilidad, por más que sea,
dejando el moro atrás firme cimiento
de do para adelante se provea;
tan cerca está de nuestro ibero asiento
África, por el mar que nos rodea,
que puede cuanto tiene en sí de bueno
de presto trasladarlo al patrio seno.

Y dado que su brazo no llegase
tan desenvuelto a ser, tan arrogante,
poco no dañará cuando tomase

de nuestra costa un puerto circunstante,
donde se estableciese y confirmase
para desembocar más adelante,
rico de aquel favor que siempre llega
al que con viento próspero navega;

que, como a toda impresa de ventura
toda dificultad por sí se allana,
así toda llaneza en desventura
se dificulta y pierde de ser llana.
¡Ay!, ¿qué diré?, ¡que ver se me figura
la feridad marítima otomana
pintar al derredor nuestras riberas
de mauras y de cílicas banderas!

Y no podrá servir para remedio
de divertir el bárbaro enemigo
tentar de su región correr en medio,
con mano armada, a dalle algún castigo,
porque, tentando ese dañoso medio,
queda la dulce patria sin abrigo;
y más, que la de allá mayor ofensa
el menor mal de acá no recompensa.

No venga a avvicindar de España enfrente,
nueva Constantinopla poderosa,
que cuanto más cercana y más potente,
tanto será más grave y más dañosa.
No beba el cita el agua de tu fuente;
navigue allá tu flota numerosa;
no tengamos gigantes por vecinos,
que es casi contrastar con los destinos.

David, que vio tan grande al filisteo,
no se juntó con él, mas, advertido,
de lejos le tiró, y así el trofeo
quedó por suyo, y fue el jayán vencido.
El más fiero enemigo que yo veo
del hombre es él de sí, porque metido
está en sí mismo, y cuanto más relanza
a sí de sí, mayor vitoria alcanza.

Despierta mi dolor en sumo grado
que el bando proseguir del sarraceno
siento un fiero Muley resucitado,
nuevo señor del mauritano seno;

procura, ¡oh rey!, tenerle sobornado
o que no pueda usar de brazo ajeno,
y si en contrario desto o dice o espera,
¡caiga el alto Babel, sus, muera, muera!

¡Venga el brazo español, venga la hacha,
córtese deste tronco vida y nombre,
deste que ver al sol la vista empacha,
antes que su gran sombra nos asombre!
Dar tiempo al tiempo es perjuicio y tacha
cuando con tiempo puede obrar el hombre,
pues suelen, de provechos o de daños,
en un momento consistir mil años.

Claro nos dice el tiempo que más yerta
el que más obra lento y con desmayo,
pues hace el tiempo al mismo tiempo guerra
con el veloz, de sí contrario, ensayo;
ábrese el ancho vientre de la tierra
al presto golpe de un pequeño rayo,
es flaca la pereza y nunca acierta
por ser tan parecida a cosa muerta.

Siempre las ocasiones van volando
acá y allá, sin darse al lerdo sueno,
y el que su condición fuere imitando
hácese dellas presto amigo y dueño,
siempre va junto el cómo con el cuándo,
y si desprecio el cuándo, aunque pequeño,
ambos me faltarán, que si no tomo
a tiempo el cuándo, falta el cuándo al cómo.

Así, tú, rey, primero que el gran perro,
tirano de Asia, baje a Berbería,
con gente armada de valor y hierro
que al ímpetu infernal cierre la vía,
el dudoso temor vaya en destierro,
despierte la española lozanía
que nunca tuvo la marcial fiereza
enemigo mayor que la tristeza.

Quiero decirte más: que si se atreve
bajar el turco a la africana arena,
verás la tierra mora, en tiempo breve,
de lirios de oro estar sembrada y llena,
digo el francés, verás cómo se mueve

a ser nuevo eslabón de esa cadena,
dando su promoción, su industria y mano
a la invasión del rico mar indiano.

No dudo que verás, los tres en uno,
tentar el crecimiento de su imperio
por los ondosos yermos de Neptuno
hacia el iberio antártico hemisferio
y, con discurso bélico importuno,
llegar a su segundo cautiverio,
que gran saber, gran fuerza y mucha gana
toda dificultad vence y allana.

Mas dado que del Indio el sitio extraño
haga al fiero enemigo irresoluto,
no viene a tu corona poco daño
poner impedimento a tu tributo,
de do naciese tanto desengaño
al desviado antípoda absoluto
que, proveída la marina orilla,
criáse nuevo cetro y nueva silla.

Mas quiero proponer que no suceda
(así lo quiera Dios) esto que digo;
harto trabajo de pasar nos queda
en que a nosotros baje el enemigo.
Para poder llegar ¿quién se lo veda?,
pues África le da seguro abrigo,
adonde trabarán, por mar y tierra,
con tus puertas de allá temprana guerra.

Entonces la morisma que está dentro
de nuestra España temo que a la clara
ha de salir con belicoso encuentro,
haciendo junta y pública algazara,
y al mismo punto el aquitáneo centro
volver, de Francia, la enemiga cara,
bajando el Pirineo, aunque no sea
a más que a divertir nuestra pelea.

Y tú sabes muy bien que el agua unida
del caudaloso Ginde fue, en trescientos
y sesenta caminos, dividida
por Ciro, que aún domó los elementos,
y la mujer, después, más encogida
puso los abismales fundamentos,

del río, con su vergüenza y menosprecio,
antes tenido en tanta estima y precio.

Así recelo yo que si conciertan
los hados a pasar tan adelante,
que por contrarias partes te diviertan
y dejen tu virtud menos bastante,
si a tantos Polifemos que despiertan,
con industria y valor perseverante
no te apercibes, rey, templo y columna
veo a los pies caer de la Fortuna.

Mas quiero dar que agora nadie venga
en daño de tu rica y, fértil miese:
¿qué te puede dañar que se prevenga
a la necesidad, cuando viniese?
El cauto labrador, para que tenga
del campesino afán rico interese,
lanza de sí la rica sementera
para la estéril hambre venidera.

Esta seguridad, según se entiende,
mal podemos creer, pues ya se apresta,
ya, contra tus decretos, se defiende
la flamenca región, que tanto cuesta;
ya de hereje furor toda se enciende,
alza de rebelión la fiera cresta,
muéstrase toda armada la campaña
que la Schelda y la Mosa riega y baña.

Ceñida está del galo y del germano
y del pirata inglés, que tres naciones
tan fieras son, de tan valuda mano,
cuan ricas de experiencia y de invenciones;
tiene al setentrión el oceano,
al austro el Rin, que cerca sus mojones,
fortísima de sitios y de bandos
frisonos, holandeses y gelandos.

Esta sola región es puerta y llave
de dos cercanos reinos y un imperio,
que, tuya siendo, es a los tres más grave
que a sabinos y a veyos fue Valerio,
pues, como nadie tenga por süave
el contino temor de cativerio,
los mismos, recelosos de tu fuerza,

de tu jurisdicción hará que tuerza.

Y como en todos ellos tan conforme
hace la vecindad de inteligencia,
así podrán juntarse en uniforme
voto revocador de tu sentencia,
por do entró la mentirosa, enorme,
desvergonzada, herética ciencia,
bebida con el vino y con la furia
de la brutal germánica lujuria.

Éstos no dudo yo que dura lanza
serán y aguda espuela a los ijares
de Flandes, por cortarse la esperanza
de los iberos ser sus familiares,
después, con ella misma, la venganza
harán por arrimarse a tus pilares,
para lo cual posible es que se valga
de Mahoma el francés, cuando acá salga.

Esta amistad, esta estrechez y trato
que pasa entre los dos, tengo por cierto
ser contra ti, por eso ten recato
que el golpe no te halle en descubierto.
Saldrá con madrugado desacato
el turco y tomará gálico puerto,
con fin de dar al rey francés ayuda
para de Flandes decidir la duda.

Parece que también yo doy gran salto
en hacer al francés tan confiado,
de razón militar tan pobre y falto
que al turco admita en medio a su reinado,
mas siempre vi que el repentino asalto
acomete al lugar más descuidado,
que la seguridad es una puerta
de par en par a la desgracia abierta.

Si el antártico polo, do se asienta
la nueva España, tiene entrada alguna
de perdición, por principal se cuenta
esta que aquí diré, que sola es una:
entran Flandes y Francia en una cuenta,
ambas común seguir causa y fortuna,
naves poniendo Belgia y marineros,
y Galia ferocísimos guerreros.

Tú sabes bien los belicosos leños
del marítimo Marte que pudiera
aquél y aqueste brazo, no pequeños,
juntar para el antípoda carrera.
¿Quién duda que los ánglicos isleños
también saldrán, cual águila altanera,
a discurrir con poderosa flota
por ésa y por la cántabra derrota?

De modo que, medido el gran progreso
que de aquí sale contra el cristianismo,
no di gran salto, y puede en razón deso
venir el tiempo a descubrir lo mismo.
Sáleme agora un nuevo humor avieso,
concitador de nuevo paroxismo,
que me hace torcer, con mucha furia,
los ojos a la vista de Liguria.

Ya sabes tú que esta provincia tiene
de un lado el mar, del otro el Apenino,
y en círculo pequeño la contiene
la sequedad del monte convecino;
su vida y ser del negociar le viene,
que no puede seguir otro camino
por remediar del cielo la inclemencia
sufrida en la paterna residencia.

Todo este beneficio le venía
de nuestra Iberia, mas agora veo
que en ella misma feneció su día,
y así, mudado el bien, muda el deseo;
quiero decir que a la francesa vía
el ligúrico mar tuerce el rodeo,
y tentará buscar nueva vereda
al usado interés de su moneda.

Es cosa de creer que mucho mueve
la pérdida, el desdén y la ganancia,
y de tu parte procurar se debe
que nunca llegue a dar su mano a Francia,
que si a poner en obra esto se atreve
despertará la itálica inconstancia,
pues toda una gran fábrica desmedra
en sólo el desencaje de una piedra.

Si canta un gallo, han de cantar, yo temo,
mil tras aquél por la moderna Esferia,
y pasarán del uno al otro extremo
contra el ave imperial de nuestra Iberia;
seráles la memoria del supremo
imperio antiguo, accidental materia
al fuego natural, que en cada pecho
arde de novedad y de despecho.

Y más del cuello viendo sacudirse
a los patrimoniales, tus vasallos,
el yugo hispano, y contra Dios erguirse
sin que tu brazo llegue a sujetallos;
ellos también querrán desconvenirse
y por ejemplo al mundo presentallos,
con argumento que el rigor desculpa,
de la culpa mayor, la menor culpa.

Antes la nombrarán debida suerte
a su valor, y en ver que desespera
de Brabancia domar la gente inerte
España, su legítima heredera,
Italia, tan armígera y tan fuerte,
de Césares Augustos madre fiera,
dirá: «¿Por qué estaré, cual bestia inmundada,
violentamente atada a la coyunda?»

Para que se desmande y se despida
de tu jurisdicción, las causas sobran:
de ver la Galia bélégica movida,
ver tantos contra ti que se zozobran,
y más de los que van por escondida
senda y en su labor tácitos obran,
para saltar después, cual agachada
tigre contra la res mal avisada.

Sabes muy bien que el árbol cuya cima
guardó contra los húmidos ñublados
su valiente tesón, su verde estima,
y resistió mil aires desmandados,
si acaso el duro hado le lastima
y le fuerza a inclinar sobre los prados,
hasta la vejezuela seca y triste
con débil brazo el fuerte tronco embiste.

Luego muy bien será que, si el tirano

hado procura al suelo algo inclinarte,
mandes, gran rey, la poderosa mano
armar de tu español, robusto Marte,
y si presume el bárbaro otomano
no sólo de tu imperio alguna parte
dañar, mas del ajeno, mueve luego
a su defensa el pie con hierro y fuego.

Malta y Corfú ya ves cuán ricas llaves
son de tu tierra y mar; por eso sientan
tu protección, sin que de ti destrabes
tales dos vigas que en tu muro asientan,
que las alzadas fábricas más graves
si por un lado vician y revientan,
la mayor ocasión de la rüina
es el gran peso que a su centro inclina.

Mas dudo, ¡ay triste!, a Belgia, cuyo suelo
quiero y puedo afirmar no vanamente
haber de sangre, yo, rebelde al cielo
teñido alguna vez, con ira ardiente;
otro después quedó mi frágil velo
tendido en él con húmida corriente
del mismo humor, según o mala o buena
voluntad del destino al hombre ordena.

Aquí, gran rey, es cosa conveniente
enderezar tus armas, no por tierra,
que será contrastar con lo imposible,
mas prevenirte con marina guerra;
ese gran nido herético insufrible
que entre Flandes y España el paso cierra,
Anglia digo, señor, venga a tus manos
para quietud y bien de los cristianos.

No dudes, yo lo sé, que con atento
ojo la contemplé, que apenas una
bandera nuestra allá darás al viento
que a ti no acuda luego su fortuna;
vernán de diez en diez, de ciento en ciento,
de mil en mil, sin resistencia alguna,
dicípulos de Cristo, que aguardando
están para de Dios pasarse al bando.

Con sólo el rey te basta lusitano,
junto cual os juntó natura propia,

aquel que enfrena y rige el oceano
hasta el quemado mundo de Etiopia:
gran Sebastián, que sobre el curso humano
nueva razón de méritos se apropia,
nuevo modo de ser, nuevo renombre,
que excede al hombre como al tronco el hombre.

(¡Oh si pudiese ser que a lo que excedes
en merecer los límites mortales
llegase, alma real, lo que acá puedes,
do el valor y el poder fuesen iguales,
del cielo tan altísimas mercedes
remediarían del todo nuestros males,
rica la gente, al fin, de tus despojos
cual de la luz del sol todos los ojos!)

Con éste, a quien estás por ñudo estrecho
de afinidad conjunto, en poderío
debes juntarte, publicado y hecho
contra el infierno un nuevo desafío,
que así no queda en pie bárbaro pecho
ni contra tu poder suelto albedrío.
De un mundo sólo habrá sola una llave,
puesta al yugo de Dios leve y süave.

Mira y verás, en sillas catedrales
y en púlpitos, de antigua pestilencia
enseñar sus mentiras desleales
el padre del engaño y la inclemencia;
despedazados van los tribunales
cristianos, sin cristiana resistencia,
aras, altares, cruces y memorias
de Dios, pisadas son del bruto escorias.

La fiera de la selva con esquiva,
destrozadora boca ofende y muerde
los cedros de la Iglesia primitiva,
al cielo erguidos con su cima verde;
el santuario, el ángel y la oliva
de Salomón cayó, todo se pierde,
todo es despojo ya del moabita,
del descreído y fiero amalequita.

Hacen los filisteos su junta y liga
contra Sansón, contra el real profeta,
Saúl, contra Moisés se aprieta y liga

de Datán y Abitón la impura seta;
la gente a Cristo incrédula, enemiga
de su carne especial, santa y perfeta,
no dividieron miembro, y sólo ha sido
ahora en cien mil partes dividido.

El germano Martín le despedaza;
Arrio, Sabelio, Helvidio y Joviniano
siguen de Cristo la, homicida caza;
Calvino, el de Pelagio y, Nestoriano
como tras fiera van tras él a caza:
quién toma pierna o pie, quién brazo o mano;
denuncia guerra Acab contra Miquea,
y Malco a Dios de nuevo abofetea.

La bondad eternal, cuando pasible
a reformar bajó lo dél formado,
no fue del hebraísmo irreducible
con áspero rigor tan maltratado
como el mismo Señor, siendo impasible,
ahora, y sobre el cielo inmortalado,
es ofendido, ¡ay, nuestra infamia y mengua!,
de mano hereje y serpentina lengua.

¡Oh miserable edad que contraponas
al primer siglo de oro este malino!
Tantos Dionisios das, tantos Nerones,
en vez de un Justiniano, un Constantino-,
las zarzas, los abrojos, los cambrones
frescos vergeles son del mundo indino.
¡Diestra, diestra de Dios, ay, cómo aguardas,
multiplicando en ira lo que tardas!

Toma, pues, tú, nuestro español Atlante,
los sagrados de Dios templos y altares,
sobre el hombro real, firme y bastante,
que son de tu grandeza los lugares;
la Iglesia que milita y la triunfante
serán tus amorosas tutelares
y cantarán las alabanzas tuyas,
delante Dios, con dulces aleluyas.

Tienen los reyes más que esa otra gente
don especial del cielo concedido,
que casi todos milagrosamente
han vivido o nacido o fenecido,

y así fue Ciro, en su niñez reciente,
de una perra criado y recogido,
y de una loba, Rómulo, benina
en la dorada arena tiberina.

Pues, siendo así que Dios al rey concede
tanto, de su bondad, más largo indicio,
vuelve al común Señor cuanto más puede
la gratitud llegar de tu servicio;
que el rey terreno al celestial remede,
pide la grata ley del beneficio,
pues no podrá vivir quien, si respira,
niega al aire volver cuanto dél tira.

Otaviano Augusto, en el destrito
del romano poder, dejó mandado,
en forma de imperial, público edito,
y, en pena de su ira amenazado,
que en reverencia de aquel niño, escrito
por la Sibila y dél tan respetado,
puesto que Augusto el mundo sujetase,
nadie señor del mundo le nombrase.

Pues un gentil tan alta cortesía,
término tan subido de crianza
usa con quien no vio ni dél tenía
la fe, la caridad, ni la esperanza,
¿con cuánta más razón el rey debería
que por su rey a Dios hecho hombre alcanza,
si lo llevase el temporal gobierno,
forzar que le adorase el mismo infierno?

Muévate, ¡oh rey!, el tierno y largo lloro
desta esposa gentil que ves presente;
mira ondear al aire el sutil oro,
mira el sereno cielo de esa frente:
preciado de las ánimas tesoro,
dulce licuor de la divina fuente,
sagrado memorial, corona y palma,
y paraíso y sol y bien del alma.

Suene la voz de la paloma nuestra
en tus orejas amorosa y pura;
mira cuán regalada se nos muestra,
cuán llena de piedad y de blandura;
no vi doncella ser tan gran maestra

como ésta, de quien goza la natura.
¡Oh bendígala Dios, que el alma encumbra
sobre sí misma y de su luz la alumbra!

Rey, las nevadas sierras no parieron
tu cuerpo en la infantil nueva terneza,
las fieras tigres leche no te dieron
cuando te alimentó naturaleza,
los escabrosos riscos no crecieron
en tu pecho real con su dureza,
para que no te mueva esta llorosa,
que en tu presencia está, de Cristo esposa;

también mis canas, mis servicios tantos,
mi ronca voz movida a tus loores,
mis destrozados miembros, mi quebranto,
mis cuidadosas ansias, mis dolores,
mi tuyo corazón libre de espanto,
mi reprimir de muerte los horrores,
mis huesos, y mi sangre, y cuanto digo,
sí que también podrán algo contigo.

Ea pues, que en premio desto, y más que todo
esto y esto otro, pido por postrera
merced gratificada sobremodo,
y por la santa esposa que en ti espera,
que, en tanto que a servirte me acomodo,
ordenes a la fama novelera
que diga al universo que ya tira,
ibero Jove, el rayo de su ira.

Forme tu brazo y forje tu martillo
el hierro expuñador de toda seta,
vuelve, como de Dios fiero caudillo,
tu cara al descarado masageta.
Pedro también se ciñe su cuchillo,
hiere también, mas manda que lo meta,
Dios, en la vaina y deje este cuidado
al rey para eso ungido y consagrado.

Las lágrimas que ves tan abundantes,
que el dulce rostro de la esposa riegan,
son sus validas armas militantes
que, sembradas en tierra, al cielo llegan,
do multitud de espíritus amantes,
como de alegre don, dellas se entregan

y hacen al Señor omnipotente,
dino de su piedad, rico presente.

A ti los Faraones, los Golías,
los Nembrotos vencer tan sólo toca.
¿No ves la rebelión, las herejías
amenazarte con torcida boca?
A la mesa de Dios van las arpías,
sigue el suelto desdén, la furia loca,
y el escogido pueblo, ¡ay dura suerte!,
está durmiendo en brazos de la muerte.

Curcios no faltarán, Mucios ni Decios,
y Régulos y Codros, que en ofensa
de tantos enemigos menosprecios
mueran, y del bautismo en la defensa,
de do se ordenan mil divinos precios
en rica de trabajo recompensa,
tanto que el mismo Dios abre su gremio
y, Dios siendo el servido, es Dios el premio.

Duerme el agricultor, duerme, y el trigo
confunde y mezcla de dañosa avena
el sin piedad, solícito enemigo,
gozoso de su culpa y de su pena,
Jonás durmiendo tuvo por abrigo
el vientre desigual de una ballena,
perdió Sansón la fuerza de su brazo
de Dalila durmiendo en el regazo.

Despierte, pues, la gente bautizada,
del de Holofernes grave sueño insano,
antes que corte la enemiga espada
el reclinado cuello del cristiano.
No padezcamos cruz mal aplicada
con el ladrón de la siniestra mano,
vamos a la derecha, y destos fríos
miembros corran a Dios sangrientos ríos.

¡Sus, que el guerrero Apóstol de Galicia
es tu soldado y va con fiera lanza,
siguiendo la católica milicia,
con banda de color de la venganza;
viva para en eterno la justicia
de Dios, que al descreído siempre alcanza,
y plántese en el cielo el estandarte,

no del gentil mas del cristiano Marte!

Vaya, que la virtud jamás reposa,
que de continuo es flojo y lerdo el vicio;
por eso con su rueda presurosa
vueltas da el cielo en su estrellado quicio.
Para tratar con Dios de toda cosa
Moisés, fue menester que el pueblo egicio
persiguiese a Israel, y así pasase
desiertos, ado más se ejercitase.

Así, para mostrar cuán sin segundo,
Felipe, eres en todo, es necesario
que te acometa con su peso el mundo,
que en ser un solo es débil adversario,
y dado que más ancho y más profundo
fuera, sintiera en ti mayor contrario,
como rayo del cielo, cuya fuerza
a mayor resistencia más se esfuerza.

Sólo que metas pido (y esto basta)
en obra, ¡oh rey!, en obra, lo que vales:
sacude el cetro, empuña y tercia el asta,
que temblarán los cercos infernales.
¡Afuera aquel Pitón que nos contrasta!
¡Ya huye de tus rayos celestiales,
ya, ya murió, sus, cante el docto Apolo
y pase el son del uno al otro polo!

Contempla el celestial ojo sereno
que llaman sol, cuál va corriendo suelto
por el alto de allá luciente seno,
cuán presto a todo el orbe da la vuelta
y deja verde y fértil el terreno
con sola su presencia desenvuelta,
que a no gozar el mundo de su día,
mortal enfermedad padecería;

así tú, ¡oh sol de los cristianos ojos!,
deja, déjate ver de tus amenas
regiones, y verás nuevos manojos
criarse de violetas y azucenas,
y la inmortalidad, con mil despojos,
enriquecer su templo a manos llenas,
para lo cual conviene que te obligue
esto que en brevedad ora se sigue.

Dos alas tengo con las cuales vuelo,
sin las cuales mover no me podría,
con estas dos bajé del alto cielo
tras la infernal del centro hierarquía;
los nombres que les puso el bajo suelo
son la reputación y la alegría;
si me hieren la una, tú me créé
que no puedo volar por más que alée,

Es la reputación aquel respeto,
aquel, con humildad, secreto miedo,
en que yo tengo al corazón sujeto
que esté delante mí, movido y quedo;
el alegría es aquel claro efeto,
aquella luz del militar denuedo,
con que me arrojó y sé del modo como
acometo, reparo, deajo y tomo.

Con estas dos, a tus progenitores
yo los imperios di, yo di los sillas,
los hice poseer mundos mayores
allá por las antárticas orillas,
y así podrán gozar tus sucesores
de nuevas de mis brazos maravillas
si tú con tu cuidado me regalas,
y no me tiras plumas de las alas.

De ti no quiero más de lo que es mío,
ni busco entretenerme en otra cuenta;
mira mi desnudez, mi hambre y frío,
que, tuyos siendo, mi vejez afrenta.
Quien dio de un nuevo mundo el señorío
a tu gran padre, al hijo se lamenta:
soy sierva miserable de mi enojo,
hecha del tiempo un trágico despojo.

También torna un remedio, que responde
al bien común de cuanto aquí se trata:
ármate luego y vuelve el rostro adonde
descubre Argel su frente de pirata,
que al entero valor que en ti se asconde
ser adversario el hado se recata,
y sacarás de allí mayores bienes
(estuve por decir) de cuanto tienes.

En fin, para que el pie tan cierto y llano
pongas que tú de ti jamás te olvides
usa de Juan, tu valeroso hermano,
nuevo de Jove producido Alcides;
él te hará del círculo mundano
absoluto señor, si bien lo mides,
que como su valor todo otro pasa,
sus vitorias serán todas sin tasa.»

Aquí dio fin la vieja a su querella
y puesta en pie, serena y reverente,
se despidió, tomando a la doncella
del brazo, con humilde y baja frente;
ella también, cual matutina estrella,
su rostro vuelto al rey, claro y ardiente,
hablóle con los ojos de manera
que al más helado risco enterneciera.

OCTAVAS PASTORALES

Mas ¿qué es aquesto? Yo ¿qué hago o digo?
¿A qué vine yo aquí? Tiro ¿a qué hito?
¿Pasáis por esto? ¡Doyme al enemigo
si más memoria tengo que un mosquito!
Como vía no me ver algún testigo,
de ronzas daba ya dentro el garlito,
tal que por modo alguno no podía
mentarme a qué hacienda yo venía.

Yo vengo aquí, si bien lo tengo en mientes,
por unos desposorios que se han hecho
de ciertos que me son medio parientes
y a charparles por siempre el buen provecho.
El mayoral, según dicen las gentes
de aquesta loma, es mi pariente estrecho
y, a lo que afirma su mujer, mi madre,
tiéneme un casi amor de hijo a padre.

Y del mismo sentir, me acuerdo un día
que su mujer es madre de mi hermana
y que otra hermana suya era mi tía,
de una cepa y raíz llamada Aldana;
deudos somos, al fin, y aun más diría,
sin recelo o temor de cosa vana,
que cuando por desdicha ellos no fueran,

los hijos de mis padres no nacieran.

Muy grande obligación, por cierto, tengo
a los que a mis hermanos vida han dado,
aunque no alcanzo yo cómo les vengo
a deudo ser, por dónde o cuál costado;
tal soy tenido, en fin, tal me sostengo,
y por tal quiero ser yo reputado,
y los terné por tales de contino,
pues abuelos serán de un mi sobrino.

Mas ¿a dó he divertido el pensamiento
tras esta parentela entretejida?;
muy fuera voy de mi primero intento
y del principio, que su fin olvida.
Torno a decir que fue mi fundamento,
venir, por cierta fama ya esparcida
que voces da que un hijo de mi padre
me dio cuñada a mí, nuera a su madre.

Cuñada tengo ya, presto ternemos
quien tío me llame y ponga yo en mi pecho,
pues es el garañón, según sabemos,
tan bueno que relincha tras el hecho;
jamás entre las yeguas le ponemos
que no se saque dél honra y provecho,
y es fuerza que el que en tantas se descarga
que a dejar venga en una alguna carga.

¿Qué es esto? ¿Adónde estoy? ¿Quién me ha escuchado?
¡Válasme, Dios! ¡Oh qué es!, ¡oh qué semeja!
¡Oh, de cuánto gentío me veo cercado!
¡Oh cuánto mozo, moza y buena vieja!
Vine con el sentido trasportado
tras esta mi golosa Bertoleja,
que me cegó, cuando aquí entré, la vista:
no hay fuerza, en fin, que un gran deseo resista.

¿Qué debo ora hacer, si me han oído?
No, que lejos están. Sea lo que fuere,
ternánme por zagal descomedido.
¡Viva yo sin mancilla y dé do diere!
Antes en todo soy tan bien cumplido
que cumpliré con todos, si cumpliere;
quiero meterme en orden, por si fuese
agora menester que yo cumpliese,

si acaso están aquí los desposados,
con quién será el cumplir más justa cosa.
Cuido que los que están allí sentados
deben de ser los suegros de la esposa.
Los dos que veo tan juntos y pegados,
¡pardiobre!, es el galán con la hermosa.
¡Adiós, la zagaleja y zagalillo:
cómo sabréis hacer buen guisadillo!

Que mala sarna os pegue en el cogote
a entrambos; ¿no pasáis por el gollete?
Mas ¡cuál debe de andar hecho almodrote,
asido acá y allá como corchete!
¡Hey, el garzón sin barbas!, ¿escocióte?
¡Pardiobre, parecéis saltagilete!
¿Andáis por vuestra vida en troche y moche?
Pues quedo, que más queda de una noche.

Pues la señora en buena fe que apuesto
un cuarto que le sabe el salmorejo,
mas como lucios tiene ojos y gesto,
paz que se ha dado con tocino añejo.
En fin, ir quiero allá, que estoy compuesto
con mi bragón de fiesta y mi aparejo,
a darles el buen pro y a saludarles
y un don que aquí les traigo a quillotrarles.

Mas será bien un poco antes erguirme
y con mañoso) brío todo estirarme.
¡Qué fuerte estoy, qué enhiesto, entero y firme!
Quiero aclarar la voz y encabronarme,
quiero espolvorearme y sacudirme;
greña y barba también quiero peinarme.
Sal acá, mi zurrón, mi peine amado,
que has Bertoleja mía también peinado.

Bésote, peine mío, mil y mil vueltas
y otro millón, pues has las hebras de oro,
que entre el blanco marfil volaban sueltas,
tocado de mi bien y mi tesoro.
¡Oh, cuán crespas las mías y cuán revueltas
están, triste de mí, que aun casi lloro!
¡Ay, paso! ¿No notáis cuán flaca estambre?
Cuido, que ya me viene la pelambre.

Mi espejo, ¡oh Dios!, me diera mil contentos
si cual estoy en él yo me espejara.
¿Espejos busco? Casi veo docientos
allí, pues un cristal me es cada cara.
Buenos deben de andar los mandamientos:
después os jurarán que es agua clara;
pues yo aquesto os porné si la más vieja
poco ha no se ha estirado la pelleja.

Bien me podría espejar en todas juntas,
hasta en el más sumido y crespo hocico,
mas tiene cada cual collar y puntas;
no me acudan a dar algún pellico.
¡Sus, venga el caramillo! ¡Ea, que barruntas,
según sonoro estás, que estoy bonico!
¡Oh, cuán süave y cuán sabroso toca,
dino de Bertoleja y de su boca!

Sálveos el Salvador, prudentes canas
a quien por padre y por señor elijo:
yo soy Robrusco Gil de los Aldanas;
la madre me parió de un vuestro hijo.
Si mis palabras son falsas o vanas,
so vuestra información yo las corrijo,
mas por cierto tened que esté informado,
que un vuestro yerno ha sido mi cuñado.

Bien sé que vos mi padre conocéis,
pues nieto os ha de ser un mi sobrino,
y es el mayor amigo que tenéis,
tal que doquier que estáis está contino;
yo os mostraré su imagen, si queréis,
dentro un luciente espejo cristalino,
la cual tan propia y natural se muestra
que digo que digáis que cierto es vuestra.

Véngome aquí a alegrar desde mi choza,
tanto en gasajo que aun no sé decillo,
en ver que tan gentil, tan sabia moza
crecido habéis a nuestro pobre hatillo;
antójaseme ver que ya retoza
por vuestra casa un nuevo zagalillo,
a quien mil besos dar y mil abrazos
os veo, siempre encajado en vuestros brazos.

¡Oh venturosa edad que os da en el suelo,

después de resistir tan largos daños,
venir a ser marido, padre, agüelo,
y honrado mayoral destes rebaños!
Contine vuestra paz, vuestra honra el cielo,
vuestro placer aumente y vuestros años;
después gocéis en la estrellada esfera
eterno abril y eterna primavera.

Manténgate el Señor, sabia señora,
dichosa, que no tray bien que en fin no os cuadre.
Sabréis que hijo soy de una pastora
que del vientre nació de vuestra madre,
la cual por hijo suyo ama y adora
al génito segundo de su padre,
tal que por línea sois recta obligada
ser a mí deuda y suegra a mi cuñada.

Quien me conozca yo no siento alguna
mujer mejor que vos, buena ni mala;
así yo conocer vuestra fortuna
pudiese, pues que no hay quien os iguala.
La que me dio en su vientre vida y cuna
y agora, ya crecido, me regala
bien debéis conocer, que así os parece
que de vos misma pizca no fallece.

En ciertos cartapacios, que a las leyes
se rinden de la edad destrozadora,
sus antiguos hallé que fueron reyes
de un isla que Cicilia es dicha agora;
mas, pues zagal yo soy de arado y bueyes,
no hay para qué la luz de nuestra aurora
mostrar aquí, más solamente basta
decir que yo también soy desa casta.

Querría también mentarme ora un tantito
de aquella que en sus pechos me tetaba,
mas parióme mi madre tan chiquito
y simple que aún no sé dónde me estaba,
y después de ya verme mayorcito,
sé que una vuestra negra me criaba.
¿Reís, señora? ¡En buena fe que es bueno
estar de sangre de mandingas lleno!

En fin, yo vengo a dar con gran contento
la enhorabuena: os haga el buen provecho

el santo, honrado y nuevo casamiento
que un mi carillo y vuestro hijo ha hecho.
Permita Dios que larga paz y aumento
de nuevo bien tranquile vuestro pecho;
después cojáis, allá do están los tales,
de humanas flores frutos celestiales.

Adiós, los mis graciosos mamelucos;
manténgaos, sálveos Dios, mis señoritos.
¿Cómo andan los abrazos y besucos;
son menester dos huevos de cabritos?
Ambos me parecéis, pardiobre, eunucos;
doos a la mona, y cómo sois bonitos.
En mi vida yo vi cosa tan buena:
clavel vos parecéis, y ella azucena.

En buena fe jurado, me semeja
esta gentil zagala desposada
a la mi blanca y rubia Bertoleja,
aunque ella nunca ve tan repicada;
los ojos negros, la encarnada ceja,
la frente de marfil, de oro cercada,
la igual nariz, la boca, mano y pecho,
por Bertoleja mía pazque se han hecho.

Tanto se le parece y se le entalla
cualquier su movimiento, risa y ceño,
que júrami que estoy para abrazalla:
¡ax, no me pegue un torniscón su dueño!
Por vuestra vida, ¿llegaré a tocalla?
Hey, ¿os apercebís? ¡Mal haya un leño!
Rogalde vos que quiera, oh zagaleja,
por vida de mi rubia Bertoleja.

¿Por ventura pensáis que so extranjero?
Pues vuestro padre es suegro de mi hermano,
y ése que está con vos es el primero
hijo de aquel por quien yo soy humano.
¿Parézcoos yo zagal torpe y grosero
que no me concedáis siquier la mano?
Pues más de una gentil y noble y clara
ha juntado su cara con mi cara.

Creo que pensáis que haberme leche dado,
cuando era tamañito, una guinea
que el rostro os dejaré todo tiznado

o que os he de parar la mano fea;
después acá mil veces me he lavado,
ni veréis cosa en mí que negra sea,
tan solamente es negra mi ventura,
que mal puede manchar vuestra hermosura [...]

CARTA PARA ARIAS MONTANO

Montano, cuyo nombre es la primera
estrellada señal por do camina
el sol el cerco oblicuo de la esfera,

nombrado así por voluntad divina,
para mostrar que en ti comienza Apolo
la luz de su celeste diciplina:

yo soy un hombre desvalido y solo,
expuesto al duro hado cual marchita
hoja al rigor del descortés Eolo;

mi vida temporal anda precita
dentro el infierno del común trafago
que siempre añade un mal y un bien nos quita.

Oficio militar profeso y hago,
baja condenación de mi ventura
que al alma dos infiernos da por pago.

Los huesos y la sangre que natura
me dio para vivir, no poca parte
dellos y della he dado a la locura,

mientras el pecho al desenvuelto Marte
tan libre di que sin mi daño puede,
hablando la verdad, ser muda el arte.

Y el rico galardón que se concede
a mi (llámola así) ciega porfía
es que por ciego y porfiado quede.

No digo más sobre esto, que podría
cosas decir que un mármol deshiciese
en el piadoso humor que el ojo envía,

y callaré las causas de interese,

no sé si justo o injusto, que en alguno
hubo porque mi mal más largo fuese.

Menos te quiero ser ora importuno
en declarar mi vida y nacimiento,
que tiempo dará Dios más oportuno:

basta decir que cuatro veces ciento
y dos cuarenta vueltas dadas miro
del planeta seteno al firmamento

que en el aire común vivo y respiro,
sin haber hecho más que andar haciendo
yo mismo a mí, crüel, doblado tiro

y con un trasgo a brazos debatiendo
que al cabo, al cabo, ¡ay Dios!, de tan gran rato
mi costoso sudor queda riendo.

Mas ya, ¡merced del cielo!, me desato,
ya rompo a la esperanza lisonjera
el lazo en que me asió con doble trato.

Pienso torcer de la común carrera
que sigue el vulgo y caminar derecho
jornada de mi patria verdadera;

entrarme en el secreto de mi pecho
y platicar en él mi interior hombre,
dó va, dó está, si vive, o qué se ha hecho.

Y porque vano error más no me asombre,
en algún alto y solitario nido
pienso enterrar mi ser, mi vida y nombre

y, como si no hubiera acá nacido,
estarme allá, cual Eco, replicando
al dulce son de Dios, del alma oído.

Y ¿qué debiera ser, bien contemplando,
el alma sino un eco resonante
a la eterna beldad que está llamando

y, desde el cavernoso y vacilante
cuerpo, volver mis réplicas de amores
al sobrecelestial Narciso amante;

rica de sus intrínsecos favores,
con un piadoso escarnio el bajo oficio
burlar de los mundanos amadores?

En tierra o en árbol hoja algún bullicio
no hace que, al moverse, ella no encuentra
en nuevo y para Dios grato ejercicio;

y como el fuego saca y desencentra
oloroso licor por alquitara
del cuerpo de la rosa que en ella entra,

así destilará, de la gran cara
del mundo, inmaterial varia belleza
con el fuego de amor que la prepara;

y pasará de vuelo a tanta alteza
que, volviéndose a ver tan sublimada,
su misma olvidará naturaleza,

cuya capacidad ya dilatada
allá verná do casi ser le toca
en su primera causa transformada.

Ojos, oídos, pies, manos y boca,
hablando, obrando, andando, oyendo y viendo,
serán del mar de Dios cubierta roca;

cual pece dentro el vaso alto, estupendo,
del oceano irá su pensamiento
desde Dios para Dios yendo y viniendo.

Serále allí quietud el movimiento,
cual círculo mental sobre el divino
centro, glorioso origen del contento,

que, pues el alto, esférico camino
del cielo causa en él vida y holganza,
sin que lugar adquiera peregrino,

llegada el alma al fin de la esperanza,
mejor se moverá para quietarse
dentro el lugar que sobre el mundo alcanza,

do llega en tanto extremo a mejorarse

(torno a decir) que en él se transfigura,
casi el velo mortal sin animarse.

No que del alma la especial natura,
dentro al divino piélago hundida,
cese en el hacedor de ser hechura,

o quede aniquilada y destrüida,
cual gota de licor, que el rostro enciende,
del altísimo mar toda absorbida,

mas como el aire, en quien en luz se extiende
el claro sol, que juntos aire y lumbre
ser una misma cosa el ojo entiende.

Es bien verdad que a tan sublime cumbre
suele impedir el venturoso vuelo
del cuerpo la terrena pesadumbre.

Pero, con todo, llega al bajo suelo
la escala de Jacob, por do podemos
al alcázar subir del alto cielo;

que, yendo allá, no dudo que encontremos
favor de más de un ángel diligente
con quien alegre tránsito llevemos.

Puede del sol pequeña fuerza ardiente
desde la tierra alzar graves vapores
a la región del aire allá eminente,

¿y tantos celestiales protectores,
para subir a Dios alma sencilla,
vernán a ejercitar fuerzas menores?

Mas pues, Montano, va mi navecilla
corriendo este gran mar con suelta vela,
hacia la infinidad buscando orilla,

quiero, para tejer tan rica tela,
muy desde atrás decir lo que podría
hacer el alma que a su causa vuela.

Paréceme, Montano, que debería
buscar lugar que al dulce pensamiento,
encaminando a Dios, abra la vía,

ado todo exterior derramamiento
cese, y en su secreto el alma entrada
comience a examinar, con modo atento,

antes que del Señor fuese criada
cómo no fue, ni pudo haber salido
de aquella privación que llaman nada;

ver aquel alto piélago de olvido,
aquel sin hacer pie luengo vacío,
tomado tan atrás del no haber sido,

y diga a Dios: «¡Oh causa del ser mío,
cuál me sacaste des de muerte oscura,
rica del don de vida y de albedrío!»

Allí, gozosa en la mayor natura,
déjese el alma andar suavemente
con leda admiración de su ventura.

Húndase toda en la divina fuente
y, del vital licor humedecida,
sálgase a ver del tiempo en la corriente:

veráse como línea producida
del punto eterno, en el mortal sujeto
bajada a gobernar la humana vida

dentro la cárcel del corpóreo afeto,
hecha horizonte allí deste alterable
mundo y del otro puro y sin defeto;

donde, a su fin únicamente amable
vuelta, conozca dél ser tan dichosa
forma gentil de vida indeclinable,

y sienta que la mano dadivosa
de Dios cosas crió tantas y tales,
hasta la más süez, mínima cosa,

sin que las calidades principales,
los cielos con su lúcida belleza,
los coros del Impíreo angelicales

consigan facultad de tanta alteza

que lo más bajo y vil que asconde el cieno
puedan criar, ni hay tal naturaleza.

Enamórese el alma en ver cuán bueno
es Dios, que un gusanillo le podría
llamar su criador de lleno en lleno,

y poco a poco le amanezca el día
de la contemplación, siempre cobrando
luz y calor que Dios de allá le envía.

Déjese descansar de cuando en cuando
sin procurar subir, porque no rompa
el hilo que el amor queda tramando,

y veráse colmar de alegre pompa,
de divino favor, tan ordenado
cuan libre de desmán que le interrompa.

Torno a decir que el pecho enamorado
la celestial, de allá, rica influencia
espere humilde, atento y reposado,

sin dar ni recibir propia sentencia,
que en tal lugar la lengua más despierta
es de natura error y balbucencia.

Abra de par en par la firme puerta
de su querer, pues no tan presto pasa
el sol por la región del aire abierta,

ni el agua universal con menos tasa
hinchió toda del suelo alta abertura,
bajando a la región de luz escasa,

como aquella mayor, suma natura
hinche de su divino sentimiento
el alma cuando abrir se le procura.

No que de allí le quede atrevimiento
para creer que en sí mérito encierra
con que al supremo obligue entendimiento,

pues la impotencia misma que la tierra
tiene para obligar que le dé el cielo
llovida ambrosia en valle, en llano, o en sierra,

o para producir flores el hielo
y plantas levantar de verde cima
desierto estéril y arenoso suelo,

tiene el alma mejor, de más estima,
para obligar que en ella gracia influya
el bien que a tanta alteza le sublima.

Es don de Dios, manifiencia suya,
divina autoridad que el ser abona,
de nuestra indinidad que no le arguya;

y cuando da de gloria la corona,
es último favor que los ya hechos,
como sus propios méritos, corona.

Así que el alma en los divinos pechos
beba infusión de gracia sin buscalla,
sin gana de sentir nuevos provechos,

que allí la diligencia menos halla
cuanto más busca, y suelen los favores
trocar en interior, nueva batalla.

No tiene que buscar los resplandores
del sol quien de su luz anda cercado,
ni el rico abril pedir hierbas y flores;

pues no mejor el húmido pescado
dentro el abismo está del oceano,
cubierto del humor grave y salado,

que el alma, alzada sobre el curso humano
queda, sin ser curiosa o diligente,
de aquel gran mar cubierta ultramundano;

no, como el Pece, sólo exteriormente,
mas dentro mucho más que esté en el fuego
el íntimo calor que en él se siente.

Digo que puesta el alma en su sosiego
espere a Dios, cual ojo que cayendo
se va sabrosamente al sueño ciego,

que al que trabaja por quedar durmiendo,

esa misma inquietud destrama el hilo
del sueño, que se da no le pidiendo.

Ella verá, con desusado estilo,
toda regarse, y regalarse junto,
de un salido de Dios sagrado Nilo;

recogida su luz toda en un punto,
aquella mirará de quien es ella
indinamente imagen y trasunto

y, cual de amor la matutina estrella
dentro el abismo del eterno día,
se cubrirá toda luciente y bella.

Como la hermosísima judía
que, llena de doncel, novicio espanto,
viendo Isaac que para sí venía,

dejó cubrir el rostro con el manto,
y decendida presto del camello
recoge humilde al novio casto y santo,

disponga el alma así con Dios hacello
y de su presunción decienda altiva,
cubierto el rostro y reclinado el cuello.

y aquella sacrosanta virtud viva,
única, criadora y redentora,
con profunda humildad en sí reciba.

Mas ¿quién dirá, mas quién decir agora
podrá los peregrinos sentimientos
que el alma en sus potencias atesora:

aquellos ricos amontonamientos
de sobrecelestiales influencias
dilatados de amor descubrimientos;

aquellas ilustradas advertencias
de las musas de Dios sobreesenciales,
destierro general de contingencias;

aquellos nutrimentos divinales,
de la inmortalidad fomentadores,
que exceden los posibles naturales;

aquellos (¡qué diré!) colmos favores,
privanzas nunca oídas, nunca vistas,
suma especialidad del bien de amores?

¡Oh grandes, oh riquísimas conquistas
de las Indias de Dios, de aquel gran mundo
tan escondido a las mundanas vistas!

Mas ¡ay de mí!, que voy hacia el profundo
do no se entiende suelo ni ribera,
y si no vuelvo atrás, me anego y hundo.

No más allá; ni puedo, aunque lo quiera.
Do la vista alcanzó, llegó la mano;
ya se les cierra a entrambos la carrera.

¿Notaste bien, dotísimo Montano,
notaste cuál salí, más atrevido
que del cretense padre el hijo insano?

Tratar en esto es sólo a ti debido,
en quien el cielo sus noticias llueve
para dejar el mundo enriquecido;

por quien de Pindo las hermanas nueve
dejan sus montes, dejan sus amadas
aguas, donde la sed se mata y bebe,

y en el santo Sion ya trasladadas,
al profético coro por tu boca
oyendo están, atentas y humilladas.

¡Dichosísimo aquél que estar le toca
contigo en bosque o en monte o en valle umbroso
o encima la más alta, áspera roca!

¡Oh tres y cuatro veces yo dichoso
si fuese Aldino aquél, si aquél yo fuese
que, en orden de vivir tan venturoso,

juntamente contigo estar pudiese,
lejos de error, de engaño y sobresalto,
como si el mundo en sí no me incluyese!

Un monte dicen que hay sublime y alto,

tanto que, al parecer, la excelsa cima
al cielo muestra dar glorioso asalto

y que el pastor, con su ganado, encima,
debajo de sus pies correr el trueno
ve dentro el nublado, helado clima,

y en el puro, vital aire sereno
va respirando allá, libre y exento,
casi nuevo lugar, del mundo ajeno,

sin que le impida el desmandado viento,
el trabado granizo, el suelto rayo,
ni el de la tierra grueso, húmido aliento.

Todo es tranquilidad de fértil mayo,
purísima del sol templada lumbre,
de hielo o de calor sin triste ensayo.

Pareces tú, Montano, a la gran cumbre
de este gran monte, pues vivir contigo
es muerte de la misma pesadumbre,

es un poner debajo a su enemigo:
de la soberbia el trueno estar mirando
cuál va descomponiendo al más amigo,

las nubes de la invidia descargando
ver, de murmuración duro granizo,
de vanagloria el viento andar soplando,

y de lujuria el rayo encontradizo,
de acidia el grueso aliento y de avaricia,
con lo demás que el padre antiguo hizo;

y desta turba vil que el mundo envicia
descargado, gozar cuanto ilustrare
el sol en ti de gloria y de justicia.

El alma que contigo se juntare
cierto reprimirá cualquier deseo
que contra el propio bien la vida encare;

podrá luchar con el terrestre Anteo
de su rebelde cuerpo, aunque le cueste
vencer la lid por fuerza y por rodeo,

y casi vuelta un Hércules celeste,
sompesará de tierra ese imperfeto,
porque el favor no pase della en éste,

tanto que el pie del sensitivo afeto
no la llegue a tocar y el enemigo
al hercúleo valor quede sujeto;

de sí le apartará, junto consigo
domándole, firmado en la potencia
del pecho ejecutor del gran castigo;

serán temor de Dios y penitencia
los brazos, coronada de diadema
la caridad, valor de toda esencia.

Mas para conclüir tan largo tema,
quiero el lugar pintar do, con Montano,
deseo llegar de vida al hora extrema.

No busco monte excelso y soberano,
de ventiscosa cumbre, en quien se halle
la triplicada nieve en el verano;

menos profundo, oscuro, húmido valle
donde las aguas bajan despeñadas
por entre desigual, torcida calle;

las partes medias son más aprobadas
de la natura, siempre frutüosas,
siempre de nuevas flores esmaltadas.

Quiero también, Montano, entre otras cosas,
no lejos descubrir de nuestro nido
el alto mar, con ondas bulliciosas:

dos elementos ver, uno movido
del aéreo desdén, otro fijado,
sobre su mismo peso establecido;

ver uno desigual, otro igualado,
de mil colores éste, aquél mostrando
el claro azul del cielo no añublado.

Bajaremos allá de cuando en cuando,

altas y ponderadas maravillas
en recíproco amor juntos tratando.

Verás por las marítimas orillas
la espumosa resaca entre el arena
bruñir mil blancas conchas y lucillas,

en quien hiriendo el sol con luz serena,
echan como de sí nuevos resoles
do el rayo visüal su curso enfrena.

Verás mil retorcidas caracoles,
mil bucios istriados, con señales
y pintas de lustrosos arreboles:

los unos del color de los corales,
los otros de la luz que el sol represa
en los pintados arcos celestiales,

de varia operación, de varia empresa,
despidiendo de sí como centellas,
en rica mezcla de oro y de turquesa.

Cualquiera especie producir de aquéllas
verás (lo que en la tierra no acontece)
pequeñas en extremo y grandes dellas,

donde el secreto, artificioso pece
pegado está, y en otros despegarse
suele y al mar salir, si le parece,

(por cierto, cosa dina de admirarse
tan menudo animal sin niervo y hueso
encima tan gran máquina arrastrarse,

criar el agua un cuerpo tan espeso
como la concha, casi fuerte muro
reparador de todo caso avieso,

todo de fuera peñascoso y duro,
liso de dentro, que al salir injuria
no haga a su señor tratable y puro),

el nácar, el almeja y la purpuria
venera, con matices luminosos
que acá y allá del mar siguen la furia.

¡Ver los marinos riscos cavernosos
por alto y bajo en varia forma abiertos,
do encuentran mil embates espumosos;

los peces acudir por sus inciertos
caminos con agalla purpurina,
de escamoso cristal todos cubiertos!

También verás correr por la marina,
con sus airosas tocas, sesga y presta,
la nave, a lejos climas peregrina.

Verás encaramar la comba cresta
del líquido elemento a los extremos
de la helada región, al fuego opuesta;

los salados abismos miraremos
entre dos sierras de agua abrir cañada,
que de temor Catón suelta sus remos.

Veráse luego mansa y reposada
la mar, que por sirena nos figura
la bien regida y sabia edad pasada,

la cual en tan gentil, blanda postura
vista del marinero, se adormece
casi a música voz, süave y pura,

y en tanto el fiero mar se arbola y crece
de modo que, aun despierto, ya cualquiera
remedio de vivir le desfallece.

En fin, Montano, el que temiendo espera
y velando ama, sólo éste prevale
en la estrecha, de Dios, cierta carrera.

Mas ya parece que mi pluma sale
del término de epístola, escribiendo
a ti, que eres de mí lo que más vale;

a mayor ocasión voy remitiendo,
de nuestra soledad contemplativa,
algún nuevo primor que della entiendo.

Tú, mi Montano, así tu Aldino viva

contigo, en paz dichosa, esto que queda
por consumir de vida fugitiva;

y el cielo, cuando pides, te conceda
que nunca de su todo se desmiembre
ésta tu parte y siempre serlo pueda.

Nuestro Señor en ti su gracia siembre
para coger la gloria que promete.
De Madrid, a los siete de septiembre,
mil y quinientos y setenta y siete.

SONETOS

1

Hase movido, dama, una pasión
entre Venus, Amor y la Natura
sobre vuestra hermosísima figura,
en la cual todos tres tienen razón;

buscan quien les absuelva esta questión
con viva diligencia y suma cura,
y es tan alta, tan honda y tan oscura
que no hay quien dalle pueda solución

Ponen estas querellas contra vos:
Venus, que le usurpáis su sacrificio,
Amor, que no lo conocéis por dios,

Natura dice, y jura por su oficio,
que de vuestra impresión nunca hizo dos
y que ingrata le sois del beneficio.

2

Es tanto el bien que derramó en mi seno,
piadoso de mi mal, vuestro cuidado,
que nunca fue tras mal bien tanpreciado
como este tal, por mí de bien tan lleno.

Mal que este bien causó jamás ajeno
sea de mí, ni de mí quede apartado,
antes, del cuerpo al alma trasladado,

se reserve de muerte un mal tan bueno.

Mas paréceme ver que el mortal velo,
no consintiendo al mal nuevo aposento,
lo guarda allá en su centro el más profundo;

sea, pues, así: que el cuerpo acá en el suelo
posea su mal, y al postrimero aliento
gócelo el alma y pase a nuevo mundo.

3

¿Cuál nunca osó mortal tan alto el vuelo
subir, o quién venció más su destino,
mi clara y nueva luz, mi sol divino,
que das y aumentas nuevo rayo al cielo,

cuanto el que pudo en este bajo suelo,
¡oh estrella amiga, oh hado peregrino!)
los ojos contemplar que de contino
engendran paz, quietud, guerra y recelo?

Bien lo sé yo, que Amor, viéndome puesto
do no sube a mirar con mucha parte
olmo, pino, ciprés, ni helado monte,

de sus ligeras alas diome presto
dos plumas y me dijo. «Amigo, ¡guarte
del mal suceso de Ícaro o Faetonte!»

4

Por un bofetón dado a una dama

¡Oh mano convertida en duro hielo,
turbadora mortal de mi alegría!,
¿podistes, mano, escurecer mi día,
turbar mi paz, robar su luz al cielo?

El rubio dios que nos alumbra el suelo
corre con más placer que antes solía,
cubierta viendo a quien su luz vencía
de un mal causado, indino y turbio velo.

¡Goza, invidiosa luz, goza de aquesto,
goza de aqueste daño, oh luz avara,
oh luz ante mi luz breve y escasa!;

que aún pienso ver, y créeme, luz, muy presto,
cual antes a mi luz serena y clara,
y entonces me dirás, luz, lo que pasa.

5

Si nunca, del umbroso y cavo seno
saliendo con tu Flora mano a mano,
Céfiro, viste en monte, en prado, en llano
gozar el campo, de tu nombre lleno,

desecha ya, por Dios, del mar Tirreno,
si tus orejas hiere el son humano,
un movimiento crudo y tan insano
que el Noto levantó por caso ajeno;

hinche las blancas velas con las ondas,
menos hinchadas ya, del favorable
y dulce soplo do mi bien consiste.

Razón es, santo dios, que al fin respondas,
pues mi plegaria justa y miserable
contiene la razón que en ella viste.

6

Alma Venus gentil, que al tierno arquero
hijo puedes llamar, y el niño amado
madre puede llamarte, encadenado
al cuello alabastrino el brazo fiero,

yo, tu siervo Damón, pobre cabrero,
más no pudiendo dar de mi ganado,
a tus aras y altar santo y sagrado
ofrezco el corazón deste cordero;

en memoria del cual, benina diosa,
por el Amor te pido, y juntamente
pedirte quiero, Amor, por Venus tuya,

que el pecho helado y frío de mi hermosa
pastora enciendas todo en llama ardiente,
tal que su curso enfrene y más no huya.

7

Crudas y heladas ondas fugitivas
que de mi bien la calidad hurtastes,
cuando el hermoso pie ledas bañastes
al mayor sol entre mil piedras vivas,

así tan alta suerte, ondas esquivas,
como ésta, que mi luz vistest y amastes,
nunca os deje de honrar, pues le abrazastes,
y siempre andéis de tal suceso altivas;

que, si de nuevo aquí volviere y ella
pisare algún peñasco helado y frío,
muy paso le digáis desta manera:

«A ti misma te pisas, ninfa bella,
pues yo la hierba en mis riberas crío,
y matas tú quien honra a mi ribera.»

8

Por vuestros ojos juro, Elisa mía,
(así, con larga paz, el cielo amigo
pueda volver de nuevo a ser testigo
de aquel morir do vida se incluía)

que así cesó del monte el alegría
desque cesaste vos de estar conmigo,
como vapor nocturno y sin abrigo
cuando alto siente el causador del día.

Y yo, por dar más fuerza a mi cuidado,
juré de siempre estar con baja frente
y a nunca ver mi cara me dispongo;

tal que, si alguna vez traigo el ganado
para abrevallo en clara y fresca fuente,
los ojos cierro y nuevo curso impongo.

9

¿Quién podrá sin un ¡ay! del alma enviado,
sin lágrimas echar de ciento en ciento,
sin tanto sospirar que pueda el viento
las ondas contrastar del mar airado,

quién podrá, digo, ¡ay miserable hado!,
sin dar de sí tan alto sentimiento,
las dudas declarar de aquel tormento
que oprimir nuestras almas no ha dudado?

Juntos llorar, mi Frónimo, el ausencia
de mi sol y tu luz, ya nos conviene
más que alma de infernal peso afligida,

que si consiste en sola la presencia,
nuestro vivir, de quien sin él nos tiene,
ausente, ¿quién sabrá qué cosa es vida?

10

Galanio, tú sabrás que esotro día,
bien lejos de la choza y del ganado,
en pacífico sueño trasportado
quedé junto a una haya alta y sombría,

cuando (¿quién tal pensó?) Flérída mía,
traída allí de amigo y cortés hado,
llegóse y un abrazo enamorado
me dio, cual otro agora tomaría.

No desperté, que el respirado aliento
della en mi boca entró, süave y, puro,
y allá en el alma dio del caso aviso,

la cual, - sin] su corpóreo impedimento,
por aquel paso en que me vi te juro
que el bien casi sintió del Paraíso.

11

Nuevo cielo mudar Niso quería

hacia los rayos de su luz primera
cuando, lloroso y triste, a la ribera
de Arno, Damón su amigo le decía:

«Sabe el ciclo, pastor, si juzgaría
por menor mal perder hatos y ternera,
y nunca ver sabrosa primavera
antes que ausente verte el alma mía.

Tus años goces, Niso, y sin cuidados
que descubran en ti vario accidente,
vivas alegre, venturoso y sano.»

Esto dijo Damón cuando abrazados
los pechos se bañaron, juntamente
diciendo: «Adiós, amigo, adiós, hermano.»

12

De sus hermosos ojos, dulcemente,
un tierno llanto Filis despedía
que, por el rostro amado, parecía
claro y precioso aljófar trasparente;

en brazos de Damón, con baja frente,
triste, rendida, muerta, helada y fría,
estas palabras breves le decía,
creciendo a su llorar nueva corriente:

« ¡Oh pecho duro, oh alma dura y llena
de mil durezas!, ¿dónde vas huyendo?,
¿do vas con ala tan ligera y presta?»

Y él, soltando de llanto amarga vena,
della las dulces lágrimas bebiendo,
besóla, y sólo un ¡ay! fue su respuesta.

13

«¿Cuál es la causa, mi Damón, que estando
en la lucha de amor juntos, trabados,
con lenguas, brazos, pies y encadenados
cual vid que entre el jazmín se va enredando,

y que el vital aliento ambos tomando
en nuestros labios, de chupar cansados,
en medio a tanto bien somos forzados
llorar y sospirar de cuando en cuando?»

«Amor, mi Filis bella que allá dentro
nuestras almas juntó, quiere en su fragua
los cuerpos ajuntar también, tan fuerte

que no pudiendo, como esponja el agua,
pasar del alma al dulce amado centro,
llora el velo mortal su avara suerte.»

14

«Solías tú, Galatea, tanto quererme,
con un deseo tan vivo y tan ardiente,
que estando un solo punto de mí ausente
de perdida temías luego perderme.

Agora, ya crüel, no puedes verme;
¿cuál nueva sinrazón, cuál accidente,
nueva tigre crüel, nueva serpiente,
te hacen contra mí sin defenderme?»

Tirsis dijo esto convertido en río,
y queriendo seguir: «El niño arquero
sabe, mi bien, cuán grave mal sostengo»,

responde ella llorando: «¡Ay Tirsis mío,
si más que estos dos ojos no te quiero,
que pierda yo la luz que en ellos tengo!»

15

Mil veces digo, entre los brazos puesto
de Galatea, que es más que el sol hermosa,
luego ella, en dulce vista desdeñosa,
me dice: «Tirsis mío, no digas esto.»

Yo lo quiero jurar, y ella de presto,
toda encendida de un color de rosa,
con un beso me impide y presurosa
busca atapar mi boca con su gesto.

Hágole blanda fuerza por soltarme,
y ella me aprieta más y dice luego:
«No lo jures, mi bien, que yo te creo.»

Con esto, de tal fuerza a encadenarme
viene que Amor, presente al dulce juego,
hace suplir con obras mi deseo.

16

«¿Ya te vas, Tirsis?» «Ya me voy, luz mía.»
«¡Ay muerte!» «¡Ay Galatea, qué mortal ida!»
«Tirsis, mi bien, ¿dó vas?» «Do la partida
halle el último fin de mi alegría.»

«¿Luego en saliendo el sol?» «Saliendo el día.»
«¿Te vas sin dilatar?» «Me voy sin vida.»
«¡Ay Tirsis mío!» «¡Ay, gloria mía perdida!»
«¡Mi Tirsis!» «¡Galatea, mi estrella y guía!»

«¿Quién tal podrá creer?» «No hay quien tal crea.»
«¡Oh muerte!» «Acabaré yo mis enojos.»
«¡Ay grave mal!» «¡Ay mal grave y profundo!»

«Tirsis, adiós.» «Adiós, mi Galatea.»
«¡Tirsis, adiós!» «Adiós, luz de mis ojos,»
«¡Oh lástima!» «¡Oh piedad, sola en el mundo!»

17

Así las ninfas del Sebeto ameno,
que envidia el Arno de su bien privado,
alma real, que al más dichoso estado
tienes de gozo y maravilla lleno,

en algún verde, umbroso y fértil seno
de flores te coronen, tal que el prado
y el monte, entre las nubes levantado,
tu nombre vean y al cielo más sereno.

Que escuches, nueva aurora, el nuevo intento
de mi zampona rústica y subida,
do no consiente y llega su destino,

y deme tu valor tan alto aliento
que la beldad al siglo tan crecida
vaya por mí volando al polo austrino.

18

Al Duque de Sessa, gobernador en Milán

No por Apolo y Marte un nuevo Marte
eres o un nuevo Apolo, mas Apolo
y Marte por ti son, pues de ti solo
una y otra deidad reciben parte;

¿quién luego dejará de consagrarte,
por cuanto ciñe el mar y alcanza Eolo,
su espada y lira, ¡oh luz de nuestro polo!,
y en mil arcos de glorias levantarte?

Gonzalo felicísimo, recibe
este cayado en don y esta mi flauta
y con ellos la vida juntamente,

porque si voluntad blanda concibe
en ti (¿qué mayor bien?) mi musa incauta,
mi musa sonará de gente en gente.

19

«Pues cabe tanto en vos del bien del cielo
que en vuestros ojos hay de su alegría,
cese el tierno dolor, señora mía,
que os da la privación de un mortal velo.

Aquel que amastes tanto acá en el suelo
goza la luz do nunca muere el día,
cuya clara visión no convernía
mostrar que escureció vuestro consuelo.»

Esto yo dije, y respondiome luego
ella: «Revuelve Amor con llama presta
los extremos y el medio en un instante;

yo gozo al resplandor del santo fuego

y peno al vivo ardor.» ¡ Ved qué respuesta
dina que de los ángeles se cante!

20

Marte en aspecto de Cáncer

Junto a su Venus, tierna y bella, estaba,
todo orgulloso, Marte, horrible y fiero,
cubierto de un templado y fino acero
que un claro espejo al sol de sí formaba,

y mientras ella, atenta, en él notaba
sangre y furor, con rostro lastimero
un beso encarecido al gran guerrero
fijó en la frente y dél todo colgaba.

Del precioso coral tan blando efeto
salió que al fiero dios del duro asunto
hizo olvidar con nuevo, ardiente celo.

¡Oh fuerza extraña, oh gran poder secreto,
que pueda un solo beso, en sólo un punto,
los dioses aplacar, dar ley al cielo!

21

Comunica su luz desde su altura
el gran planeta acusador de Marte
con tal porción, tal providencia y arte,
que vive y goza dello la natura;

mas del inmenso ardor la luz tan pura,
cuando al orbe inferior más se reparte,
más de sí mismo da a sí mismo parte,
y en sí la reflexión más se apresura.

Tal tú, mi nuevo Apolo, el ser perfeto
cobrando yo a tu luz, que así a menudo
de mi vivir la estambre va tejiendo;

el rayo reverbera en mí, sujeto
de tu alabanza, y quedo ciego y mudo,
por bien celeste un dulce mal sufriendo.

Al Capitán Escobar

Juro, Escobar, por aquel lazo eterno,
 nudo de amor, que entre los dos ha dado
 tras discreta elección fuerza de hado,
 en cuya luz la vuestra amo y discierno,

que ya, que ya del amoroso infierno
 el fugitivo pie libre he sacado,
 y en puerto de salud llevó el cuidado
 áspero temporal de helado invierno,

hecha su redención, vuelve a su gloria
 el alma, adonde por oficio tiene
 perpetuar la risa de su llanto,

¡muera Filis malvada en mi memorial
 Mas, ¡ay triste de mí!, ¿de dónde viene
 nombre tan duro enternecerme tanto?

A Cosme de Aldana, su hermano

Cual sin arrimo vid, cual planta umbrosa
 viuda del ruseñor que antes solía
 con dulce canto, al parecer del día,
 invocar de Titón la blanca esposa,

cual navecilla en noche tenebrosa
 do el gobierno faltó que la regía,
 cual caminante que perdió su guía
 en selva oscura, horrible y temerosa,

cual nube de mil vientos combatida,
 cual ave que atajó la red su vuelo,
 cual siervo fugitivo y cautivado,

cual de peso infernal alma afligida,
 o cual quedó tras el diluvio el suelo:
 tal quedé yo sin vos, hermano amado.

A Nuestra Señora

Hermosa más que el sol, antes nacida
que el sol, y al antes mismo delantera,
pues madre fuiste, antes que el tiempo fuera,
del que a los tiempos dio principio y vida.

¡Oh de la luz de Dios reina vestida,
do en carne se abrevió precedera
el que después, cual centro de su esfera,
salió, sin della ser línea ofendida!

Pluma no veo que tanto el vuelo rija
que llegue a ti, de Dios hija hermosa,
única esposa y madre de tu padre.

¡Alabe el Sumo Amor la madre esposa,
alabe el Hijo Dios la esposa hija,
y alabe el Padre Dios la hija madre!

Otro aquí no se ve que, frente a frente,
animoso escuadrón moverse guerra,
sangriento humor teñir la verde tierra,
y tras honroso fin correr la gente;

éste es el dulce son que acá se siente:
«¡España, Santiago, cierra, cierra!»,
y por süave olor, que el aire atierra,
humo de azufre dar con llama ardiente.

El gusto envuelto va tras corrompida
agua, y el tacto sólo apalpa y halla
duro trofeo de acero ensangrentado,

hueso en astilla, en él carne molida,
despedazado arnés, rasgada malla.
¡Oh sólo de hombres dino y noble estado!

¡Oh indino de la vida acá en el suelo,
oh del propio vivir ciego homicida,
quien al Supremo Autor de toda vida
no aspira con vital y ardiente celo!

Si nuestra humanidad vive en el cielo
colma de gloria, al Verbo Eterno unida,
como a su esfera en Dios puesta y subida,
do no sube el mortal caduco velo,

si los rayos del sol tiran tan alto
las nubes, y una estrella el duro acero,
tocado en piedra imán, llama y aplica,

¿cómo a tu Sol y Dios, Hombre Y Cordero,
hombre, no vas con presto y fácil salto,
pues nuestra en sí natura glorifica?

Al monte de Alverna

Dichoso monte en cuya altiva frente,
de pinos y altas hayas coronada,
hizo el santo varón nido y morada
que la pobreza amó tan ricamente.

Aire cual nuevo sol resplandeciente
que diste al serafín fácil entrada,
por do fue de las llagas trasladada
la imagen del Señor omnipotente.

¡Oh del eterno Amor nunca tan visto
amado amante!, pues unión tan alta
salió del Hacedor con su hechura;

que lo que en Él causó mi culpa y falta,
en vos, alma especial, nos muestra Cristo
ser privilegio y don, ser gracia pura.

*De cuál de los dos más goce en el cielo:
el entendimiento o la voluntad*

Si el sumo amor, la voluntad divina,
entre el Padre eternal y el Hijo eterno,
antes del tiempo, allá en su abismo interno,
forma en única esencia unidad trina,

si amando está por orden más vecina
a Dios el serafín luciente y tierno,
y arde el impíreo al más nevado invierno,
do más alto lugar se le destina,

si al Sol nos muestra el Rey del Paraíso
en medio a los planetas colocado
y el fuego en la región tan junta al cielo,

siendo fuego el amor, mostrarnos quiso
que tiene cerca dél más alto grado
quien con alas de amor más alza el vuelo.

29

Al templo del Rey Almanzor en Córdoba

Templo que larga edad fuiste ofrecido
al réprobo señor de la inclemencia,
do entró después, por alta providencia,
so la especie de pan, Dios escondido.

Si el mauritano bárbaro, atrevido,
que tanta paz te dio, noble apariencia
hiciera como tú, la diferencia
de posesión ¡cuán bien le hubiera sido!

Mira que Dios, para sí solo, habiendo
el edificio angélico formado,
cayó gran parte dél al bajo centro,

y tú, de un hombre vil fábrica siendo
hecha para demonios, te ha mudado
de infierno en cielo Aquel que escondes dentro.

30

Al Rey Don Felipe, nuestro señor

Desde la eternidad, antes que el cielo
amaneciese al mundo el primer día,
nombrado, ¡oh gran Felipe!, Dios te había
por rey universal de todo el suelo;

y así como esparció con tanto celo
Bautista la venida del Mesía,
así ora Juan de un polo al otro envía,
tras su fama inmortal, tu cetro a vuelo.

Ha seis mil años casi que camina
el mundo con el tiempo, a consagrarte
la grey diversa reducida en una.

¡Oh cómo en ti paró la edad más dina
bien dinamente, NI va tras tu estandarte
la gente, el mundo, el tiempo y la fortuna!

31

A la Reina Ana, nuestra señora

Puso el Señor del cielo en vuestra cara
tanto de lo admirable y peregrino,
que el mundo fuera acá de vos indino
si por señora dél Dios no os criara.

En veros, la razón distinta y clara
se ve, que fue decreto alto y divino
reina ser vos del ártico al austrino
y mucho más, si el sol más rodeara.

Nunca llegó deseo ni pensamiento
a descubrir de vista el bien que agora,
Ana real, goza por vos el suelo,

tanto que el estrellado firmamento
al suelo invidia, y más querría la aurora
ser vuestra luz que del que alumbra el cielo.

32

Mil veces callo que romper [deseo]
el cielo a gritos, y otras tantas tiento
dar a mi lengua voz y movimiento
que en silencio mortal yacer la veo.

Anda cual velocísimo correo,
por dentro al alma, el suelto pensamiento,
con alto y de dolor lloroso acento,
casi en sombra de muerte un nuevo Orfeo.

No halla la memoria o la esperanza
rastros de imagen dulce y deleitable
con que la voluntad viva segura.

Cuanto en mí hallo es maldición que alcanza,
muerte que tarda, llanto inconsolable,
desdén del cielo, error de la ventura.

33

¡Ay, que considerar el bajo punto
del estado mortal al alma hiera!,
mas del tal peso alienta y la requiere
alta contemplación de su trasunto;

pero con esto el gran rector conjunto
aquel tributo contrapuesto infiere
do, no con celo, tanto el bien se quiere
cuanto a la humana parte el mal va junto.

No sé si, al sostener la fatigosa
vida, fuera mejor falto juicio,
con que el dolor se engaña y no se siente,

o si sentir en todo toda cosa,
con tal daño del alma y perjuicio,
es más alivio a la pasión doliente.

34

El ímpetu crüel de mi destino,
¡cómo me arroja miserablemente
de tierra en tierra, de una en otra gente,

cerrando a mi quietud siempre el camino!

¡Oh, si tras tanto mal, grave y, contino,
roto su velo mísero y doliente,
el alma, con un vuelo diligente,
volviese a la región de donde vino!;

iríame por el cielo, en compañía
del alma de algún caro y dulce amigo,
con quien hice común acá mi suerte;

¡oh qué montón de cosas te diría,
cuáles y cuántas, sin temer castigo
de fortuna, de amor, de tiempo y muerte!

35

A Gabriel Lasso de la Vega, criado del Rey, nuestro señor

Tú que el furor francés cantar pudieras
como de quien alcanzas parte tanta,
por ser felice rama de la planta
de las flores de lises verdaderas,

y del héroe francés que sus banderas
junto de Santillana y Torre planta,
¿cómo esto callas, y tu musa canta
los españoles hechos tan de veras?

Tu propria causa dejas de prudente,
y no era de dejar la del Salado,
que dio a los Lassos dos perpetuo nombre,

ni el hecho entre los hechos excelente
del letrado glorioso, restaurado
por otro Lasso dino de renombre.

36

Reconocimiento de la vanidad del mundo

En fin, en fin, tras tanto andar muriendo,
tras tanto variar vida y destino,
tras tanto, de uno en otro desatino,

pensar todo apretar, nada cogiendo,

tras tanto acá y allá yendo y viniendo,
cual sin aliento inútil peregrino,
¡oh Dios!, tras tanto error del buen camino,
yo mismo de mi mal ministro siendo,

hallo, en fin, que ser muerto en la memoria
del mundo es lo mejor que en él se asconde,
pues es la paga dél muerte y olvido,

y en un rincón vivir con la vitoria
de sí, puesto el querer tan sólo adonde
es premio el mismo Dios de lo servido.

37

Al cielo

Clara fuente de luz, nuevo y hermoso,
rico de luminarias, patrio cielo,
casa de la verdad sin sombra o velo,
de inteligencias ledo, almo reposo.

¡Oh cómo allá te estás, cuerpo glorioso,
tan lejos del mortal caduco velo,
casi un Argos divino alzado a vuelo,
de nuestro humano error libre y piadoso!

¡Oh patria amada, a ti sospira y llora
ésta en su cárcel alma peregrina,
llevada errando de uno en otro instante;

esa cierta beldad que me enamora,
suerte y sazón me otorgue tan benina
que, do sube el amor, llegue el amante.

38

Señor, que allá de la estrellada cumbre
todo lo ves en un presente eterno,
mira tu hechura en mí, que al ciego infierno
la lleva su terrena pesadumbre.

Eterno Sol, ya la encendida lumbre
do esté mi alegre abril florido y tierno
muere, y ver pienso al más nevado invierno
más verde la raíz de su costumbre.

En mí tu imagen mira, ¡oh Rey Divino!,
con ojos de piedad, que al dulce encuentro
del rayo celestial verás volvella,

que a verse como en vidrio cristalino
la imagen mira el que se espeja dentro,
y está en su vista dél su mirar della.

39

Al Santísimo Sacramento

Sacrosanta, inmortal fuente que sales
de Dios, de quien manaste eternamente,
cuya llaneza es tal que, siendo fuente
de Dios, el mismo Dios eres y vales;

redentora verdad, que a los mortales
(¡oh bien dichoso aquel que bien te siente!)
tu cuerpo das velado en accidente
de pan, restaurador de nuestros males.

Señor, pues ya se encubre al mortal velo
la luz que en alto ardor de fe se mira,
que es proporción igual con tu gran llama;

¡oh palabra de Dios bajada al suelo,
sube la mía do estás, tu luz inspira
a quien por fe te busca, adora y ama!

40

Al sepulcro de Cristo

Yace en esta, que veis, cava cubierta,
un cuerpo de valor tan soberano
que cuando muerte en él puso la mano,
de la vida mayor fue muerte muerta.

Rompiendo el alma está la baja puerta
do habita el desleal ángel tirano,
dejando para el bien ultramundano
otra de libertad gloriosa abierta.

Cuando murió, cayó naturaleza
sobre sí misma, en torno le lloraron
los cielos, que de luto se cubrieron,

las piedras trasladaron su dureza
en el pecho del hombre y dél tomaron
la razón del dolor con que se abrieron.

41

¡Oh del inmenso Ser concebidora,
después de quien sois vos la más subida,
antes del tiempo amada y conocida
de la Mente inmortal que os enamora!

¡Oh dichosa la edad, bendita el hora
(flor de belleza en Hiericó nacida)
que en vos, por nuestro bien, quedó escondida
la encarnada Verdad que el alma adora!

Reina eres de los coros celestiales,
risa del serafín, gozo del mundo,
sol de la inmensa luz del paraíso,

honra, puerto y salud de los mortales,
terror, castigo y pena del profundo,
criada en Dios, de quien nacer Él quiso.